

Asesino en serio (1999)

Javier Valdés Abascal

Ciudad de México
Época actual

1

Martínez no tenía por qué haber acudido aquella mañana al lugar de los hechos. Mota podía haberse encargado del asunto —aparentemente de mera rutina—, pero a Martínez le habían cancelado una junta con el procurador y, como pensaba encontrarse con su amante a media mañana, decidió matar el tiempo hasta esa hora, acompañando a su subalterno.

Mota era algo menor que Martínez. Tendría unos cuarenta y cinco años y era un secreto a voces que practicaba la necrofilia, pero dentro de la corporación Martínez lo consideraba de confianza. Desde luego que no se trataba de una hermana de la caridad; de hecho, era un hijo de puta de tiempo completo, sin embargo, tampoco había mucho de dónde escoger.

Debido al tráfico llegaron al sitio a las diez y media, a pesar de que —aunque no se trataba de una emergencia— habían efectuado el viaje con la sirena y la torreta encendidas.

Se trataba de un apartamento de lujo, en una zona muy cara. La sirvienta había encontrado el cadáver y bajó a la recepción a pedir auxilio. Después, el encargado de seguridad

llamó a la policía y en homicidios le asignaron el caso a Mota.

Cuando el elevador abrió sus puertas en el piso veintiuno había una buena cantidad de curiosos en el pasillo. Martínez y Mota se tropezaron con sirvientas de uniforme, señoras y señores en bata y tres miembros del equipo de seguridad del lujoso edificio, quienes lucían exagerados uniformes de corte más bien nazi.

En la puerta del apartamento en cuestión, el oficial de seguridad que había llamado a la policía tomó la palabra, muy seguro de sí mismo:

—Buenos días, comandantes. ¡Pasen, por favor! Desde luego, he estado de guardia todo el tiempo y no se ha tocado nada.

—Eso espero —dijo Martínez, ácidamente.

—No, de veras, Jefe, desde que llamé por teléfono yo...

Martínez se volvió a verlo y lanzándole una de sus miradas, ordenó:

—Lárgate y cierra la puerta.

—¿No quiere que le enseñe dónde está?

—Sólo lárgate —intervino Mota.

—Sí, señor. Con su permiso.

Martínez y Mota se dedicaron a divagar por el apartamento, sin prisas. Eran verdaderos profesionales; en el mejor sentido de la palabra, auténticos perros. Siempre comenzaban su labor olfateando el ambiente, pues habían aprendido a identificar los olores propios de la escena de un homicidio: adrenalina, orines, hierro, miedo, horror. Cada uno tomó por su lado y lo primero que ambos notaron fue la ausencia total de violencia. Martínez revisó tranquilamente la cocina, un baño, y estaba olfateando la sala cuando Mota lo llamó:

—Ven a ver esto, maestro. ¡No te la vas a acabar!

Martínez no se apresuró en absoluto. Hacía tiempo que se tomaba la profesión con calma. Aunque por su aspecto físico daba la impresión de ser un hombre de unos sesenta

años, en realidad sólo tenía cuarenta y ocho y, de éstos, veintinueve sirviendo en la corporación. Dos veces había sido herido de bala; una, gravemente acuchillado. El veterano policía había sido testigo de prácticamente todas las atrocidades de que es capaz el contradictorio animal humano: homicidios en todas sus modalidades, violaciones, increíbles torturas y mutilaciones; en fin, de todo y de todas las maneras posibles.

A diferencia de muchos de sus colegas, Martínez se había manejado con prudencia y discreción, así que ahora poseía una pequeña fortuna, pero su mujer —de quien estaba separado— y su hija —a quien casi nunca veía y ya tenía veinte años— seguían viviendo en la modesta casa de interés social que años atrás le otorgara el Instituto de la Vivienda para los Trabajadores del Estado. Jamás hacía alarde de riquezas o prepotencia y era tan discreto que ni su esposa o su hija conocían el monto de sus posesiones. Así que no trabajaba por dinero, lo hacía por una razón que sólo él podía entender: todo aquello lo fascinaba. Lo embelesaba el olor a sangre en los lugares de los crímenes, la vibración de la violencia empapada en los muebles, en las ropas de las víctimas. Solía imaginarse lo que habrían sentido en el último momento de su vida. Más de una vez se sorprendió a sí mismo tan concentrado que imaginaba hasta el sabor de la saliva en el último instante de auténtico terror.

Martínez podía resistir cualquier espectáculo, sin importar el grado de violencia que envolviera. Durante su larguísima carrera había hecho todo tipo de descubrimientos macabros, espeluznantes; verdaderas pesadillas convertidas en realidad y no sólo había aprendido a vivir con eso, sino que lo gozaba sobremanera. Analizaba los acontecimientos y a menudo se preguntaba cómo era posible que un ser humano fuera capaz de realizar las carnicerías que él había visto. Más aún, ¿era posible que una bestia salvaje —la más feroz, la más hambrienta, la más desesperada— fuera capaz de matar como

lo habían hecho muchos de los asesinos que él conocía?

Martínez siempre dejaba las conclusiones para el final. El principio de cualquier investigación lo llevaba a cabo sintiendo. Nunca adelantaba conclusiones si sus vísceras estaban inquietas ante alguna cosa.

Aparte de todo, el detective era un bicho raro en la corporación. Por regla general, no aplicaba la crueldad o la tortura. Si se veía en la necesidad de deshacerse de alguien, llevaba a cabo el trabajo con rapidez y —salvo en contadas excepciones— tratando de que la víctima no sufriera. A su manera, trataba la profesión como a una dama; la respetaba, a diferencia de muchos malos elementos que se habían encargado de desprestigiarla y prostituirla al máximo.

Cuando finalmente se le dio la gana de llegar a la habitación desde donde lo había llamado Mota, percibió de inmediato el aroma inconfundible de una noche de farra: tabaco, alcohol, sexo.

—¡Ve nomás, maestro! —sugirió Mota, señalando el cadáver.

A pesar de su profesionalismo, Martínez se quedó de una pieza ante la perfección de la muerta. Estaba tendida sobre una gran cama, boca abajo, abrazando fuertemente una almohada contra su pecho, con las piernas bien abiertas. Un par de cojines colocados bajo el vientre hacían que levantara exageradamente las perfectas nalgas, destilando sensualidad aun *post mortem*.

Pero Martínez se recuperó rápidamente de la sorpresa ante tanta belleza y procedió a analizar de cerca el cadáver. Lentamente, oliéndolo, buscando... Al llegar al rostro de la muerta, se sorprendió aún más que ante la belleza del cuerpo, pero por una causa diferente.

Desde hacía mucho tiempo, lo que más llamaba la atención de Martínez era la expresión en los rostros de las víctimas; ya que había aprendido a leer a la muerte en ellos. Por esta razón, lo que tanto había sorprendido al

experimentado policía era la expresión de la bella muerta: revelaba una enorme sonrisa y sus ojos se encontraban muy abiertos. Pero no con el horror propio de quien ve venir la muerte, sino que la mujer había fabricado una mueca muy extraña, como entre un gozo muy grande y la sorpresa absoluta.

Aparentemente, el cuerpo estaba intacto. Se trataba de una mujer entre los veinticinco y treinta años, rubia, de ojos azules. Martínez calculó que llevaría muerta unas diez o doce horas. Por supuesto que no era forense, pero con los años había aprendido a calcular la frescura de un cadáver con la misma certeza de aquellos que saben reconocer la frescura de un pescado: la rigidez del cuerpo, lo turbio de los ojos y — desde luego— el aroma.

Ambos policías notaron de inmediato que había estado allí otra persona; encontraron varias colillas en el cenicero y un par de vasos medio vacíos. Pero aparte del desorden natural de la juerga, nada parecía encontrarse fuera de lugar. No había huellas de robo, el bolso de la muerta estaba sobre una silla. La cartera contenía poco más de tres mil pesos en efectivo y una colección multicolor de tarjetas de crédito. Aprovechando que Mota fantaseaba observando el cadáver, Martínez se guardó la carterita de piel en el bolsillo de su saco. A continuación, fue descartando posibilidades. Al no encontrar rastro alguno de violencia: marcas, golpes, sangre; ni siquiera *olor a violencia*, podía entonces tratarse de infarto, un «pasón» de drogas o bien suicidio. Pero no encontraron marcas de pinchazos en los brazos, en las piernas ni entre los dedos de las manos o los pies de aquella fría belleza, con lo cual descartaron una sobredosis de heroína, lo único que conocía que —más o menos— podía dejar una sonrisa como aquélla en la cara de un muerto. Además, el apartamento estaba bien ordenado, no parecía para nada el hogar de un drogadicto. Podía haber sufrido un ataque al corazón, pero aquella enigmática sonrisa no era precisamente la de un

infartado. Tal vez le podían haber administrado algún veneno, sin embargo, los labios y las uñas de la muerta no mostraban los cambios de coloración propios de un envenenado. Pero lo más sobresaliente era que, por la posición en que se encontraba, no parecía que la mujer se hubiera encogido ante la muerte, sino muy por el contrario, con las esbeltas nalgas al aire, más bien daba la impresión de estar dando la bienvenida a la parca. Por otro lado, no encontraron botellas o frascos de medicamentos que indicaran que la rubia nalgonona había ingerido algo para quitarse la vida. No había nota de suicida. En fin, nada, sólo la enigmática expresión en el rostro de la muerta. Mota comentó:

—Parece que se meó. —Y a continuación probó con un dedo en la lengua la húmeda sábana bajo la vulva de la muerta.

—¡Ah chingao!, ino es chis! Y es como transparente, parece moco de ella misma.

—Pues si es, se vació por completo.

Mota acercó la nariz a la vulva de la muerta.

—Por favor, ésta no la toques, Mota.

—No la iba a tocar, Jefe, sólo estoy oliendo si es venida de ella.

Pasaron unos segundos más, hasta que Mota dijo:

—No parece homicidio... ni suicidio... ni drogas...

—Ni nada —concluyó Martínez.

La forma en que el veterano detective pronunció estas palabras desconcertó a Mota, pues no recordaba haber escuchado ese tono en los diez años que llevaba como subalterno de Martínez.

—¿Qué opinas, Jefe?

Martínez no contestó y, después de unos segundos, Mota comentó:

—Parece como si se hubiera muerto... viniéndose... ¿no, Jefe?

En silencio, Martínez volvió a observar el rostro del

cadáver y unos segundos después salieron de la alcoba. El comandante fue a instalarse en un sillón de la sala, pensativo, mientras Mota iba en busca de la sirvienta que había encontrado el fiambre. El subalterno volvió un minuto después, acompañado de una aterrada muchachita de unos veinte años, quien no dejaba de frotarse las manos.

—¿Le damos un chupe, Jefe?, ¿para que se calme?

Ignorando el doble sentido en las palabras de Mota, Martínez observó unos segundos a la muchacha, luego le dijo en tono paternal:

—Siéntate, ¿cómo te llamas?

—Antonia, señor... Pero yo no hice nada. ¡Se lo juro, señor! —Luego hizo la señal de la cruz con los dedos y la besó exageradamente varias veces, mientras decía, sollozando—: ¡Se lo juro por mi madrecita santa!

Martínez le acarició el dorso de una callosa mano y le dijo paternalmente:

—¡Tranquila, m'hijita...! No te va a pasar nada. Sólo quiero que me contestes unas preguntas. Eso es todo.

—¡Pero si yo no vi nada!, ¡ide veras, señor!, ¡por mi madrecita! Cuando llegué a trabajar ya estaba bien muerta. Ni toqué nada. ¡Se lo juro! Salí corriendo bien espantada...

Martínez la interrumpió:

—Ya sé que tú no hiciste nada. Trata de calmarte y acabamos más pronto.

Dejó transcurrir unos segundos, ante la mirada impaciente de Mota, y luego preguntó:

—¿Cuánto hace que trabajas aquí?

Voy a cumplir el año, señor.

—¿Quién es la muerta?

—Mi patrona señor. Se llama... digo, se llamaba Huila Güilson, pero pus todos le decían la Güila.

—¿A qué se dedicaba?

—¡Ay, señor! ¡No me haga esas preguntas tan comprometidas...!

—¿Cómo que comprometidas?

—Pus es que... pa' mí que la seño...

—¿Qué?

—Pus, digo... pa' mí, bueno, ino!, no quiere decir que sea cierto, ¿no?, además, pus usté' me está preguntando, pero pus... pa' mí que...

—Pa' ti ¿qué?, icon una chingada! —terció Mota, sin delicadeza alguna.

—¡Ay! pus pa' mí que la seño era... pus... pus como puta.

—¿Por qué? —cuestionó Martínez, sin abandonar el tono paternal.

—Pus, porque recibía hartos señores y unos hasta a veces se quedaban a dormir y luego pus yo siempre tenía que cambiar las sábanas y pus no es que una se fije, pero siempre como que se ensucian, ¿no?

—¿Sabes si estaba enferma de algo o le daban ataques?

—Pus no que yo sepa, señor. Siempre se veía rete bien y hacía harto ejercicio; hasta hacía sus «aerobis»y todo.

—¿Le llegaba a las drogas?

—Pus a veces en la mañana sí olía como a petate quemado, medio raro, pero pus, ¿yo qué voy a saber de esas cosas, señor?

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—¿Viva?

—¡A güevo, pendeja! —terció Mota.

—Pus ayer... en la tarde.

—¿Estaba sola? —preguntó Martínez.

—Sí. Pero yo creo que estaba esperando a alguien, porque me dijo que pusiera dos botellas de la «champán» en el refri.

—¿No oíste o viste nada raro?

—No, señor. Nada.

—Ya puedes irte.

La muchacha se mostró muy sorprendida ante la orden y preguntó:

—¿Tons' no me van a llevar detenida?

—¡Claro que no! ¿Por qué lo preguntas?

—Pus porque el de seguridá' me dijo que seguro me iban a llevar detenida los pinches judiciales y que m'iban a llevar quesque a unos separaderos y pus... pus... que m'iban a violar pa' que dijera que yo había matado a la seño' quesque pa' chingarme sus cosas.

Martínez esbozó una ligera sonrisa y dijo:

—¡Claro que no! Puedes irte, y ya no te preocupes.

Una vez solos, volvieron de nuevo a la alcoba y Martínez se pasó un buen rato estudiando el rostro de la muerta, mientras Mota se deleitaba contemplando las esbeltas nalgas.

Finalmente, Martínez dijo:

—No creo que sea homicidio. De cualquier manera, pídele al forense que empiece con ella lo más pronto posible.

Martínez consultó su reloj y anunció:

—Tengo que irme. Sólo por no dejar, averigua con los cabrones de seguridad si conocían al hombre que estuvo con la rubia. Tal vez era cliente habitual y pueda darnos alguna información.

—Hecho, Jefe.

—Te dejo la patrulla. Quédate un rato a checar los detalles y cuando llegue el Ministerio Público dile que no joda a la pobre sirvienta; no sabe nada y está demasiado nerviosa.

—De acuerdo, ¿algo más?

—Sí, un favor especial: no toques este fiambre.

Mota asintió, visiblemente decepcionado.

Al salir, Martínez se acercó al oficial de seguridad que los había recibido y tomándolo del hombro fraternalmente, lo llevó hasta un rincón y le dijo suavemente:

—Ten cuidado con mi cuate. Ya nos contó la sirvienta las pendejadas que dijiste de los pinches judiciales...

—Yo...

—¡Cállate, puto! ¡No conoces a este cabrón! Este güey seguro te lleva a los separos y te mete bien la verga.

El remedo de nazi abrió los ojos desmesuradamente y Martínez añadió:

Pero eso no es lo peor, ojete; ¿sabes qué es lo peor?

El nazito negó con la cabeza, impotente.

—Lo peor es que te va a gustar, culero.

Sin soltar el brazo del aterrado uniformado, Martínez sentenció:

—Y que no se te ocurra meterte con la chenta, porque te enfrío, hijo de tu perra madre, ¿está claro?

La mirada y el tono de voz de Martínez aclaraban cualquier posible duda. El tipo se deshizo del brazo del comandante como si se tratara de una serpiente venenosa y huyó despavorido por el pasillo.

2

Martínez tomó un coche de alquiler y se dirigió al centro. Se bajó cerca de la estación Allende del metro y —por mera desviación profesional— después de cerciorarse de que no lo seguían, se metió a un edificio en la calle de Tacuba.

Se trataba de una construcción de cinco niveles, de aspecto bastante deteriorado. En la planta baja había una zapatería que ocupaba como bodega el primer piso. En el segundo había una escuela de Tai Chi y el tercero y cuarto niveles —cancelado el acceso con una reja, cadena y candado— daban la impresión de encontrarse abandonados, pero sólo en apariencia, pues al cruzar el umbral había un apartamento dúplex perfectamente reconstruido: la guarida de Martínez, dividida en dos partes. En el tercer piso tenía un baño completo, una alcoba austeramente amueblada, pero con una cama enorme; una especie de cuarto de televisión, que prácticamente nunca utilizaba, y una cocineta muy bien surtida con una gran cantidad de botellas de tequila Herradura blanco —muchas, como si se fueran a acabar— así

como jugo de limón en polvo, jugo de limón en frasco y jugo de limón dentro del limón. Nada más. Al cuarto piso se accedía por unas escaleras del tercero, y se encontraba custodiado por tres gatos que se encargaban de la limpieza de ratas, ratones y cucarachas, a cambio de comida segura y casa. Martínez les había instalado una puertita especial y podían entrar y salir cuando quisieran. En este piso guardaba sus propios archivos, meticulosamente ordenados y clasificados en archiveros de metal, tenía una extensa biblioteca sobre criminalidad, en especial homicidios, y también todo tipo de libros sobre venganzas, preparación de bombas, venenos, golpes mortales. Poseía uno, fotocopiado, que se llamaba *Bic no sabe fallar* y mostraba cómo asesinar a una persona en ocho puntos de cabeza y cuello con un bolígrafo.

Tenía también un laboratorio, perfectamente equipado. Allí, por ejemplo, les hacía una ligera adaptación a las balas de su *Mágnam .357*: perforaba más profundamente el agujero de los proyectiles expansivos, ayudado por un fino torno de los que usan los joyeros y los dentistas. Después, simplemente rellenaba la cavidad con un par de gotas de mercurio. La punta de la bala, la sellaba con un trocito de cera de vela. Esta pequeña adaptación equivalía a multiplicar el poder de la bala por mil. Si alguien ha visto cómo se deshace una gota de mercurio al estrellarse contra el piso, no se necesita mucha imaginación para darse cuenta del efecto de un par de gotas entrando en un cuerpo a una velocidad de quinientos metros por segundo.

Poseía toda la literatura y la información para fabricar casi cualquier cosa. Era increíble lo que se podía fabricar en casa: bombas, granadas, balas explosivas, venenos, ácidos, lo que fuera. En aquel laboratorio —muy lejos de la imaginación de los alumnos de Tai Chi, dos pisos abajo— entre otras cosas, el comandante había elaborado el veneno con el que asesinó a un diputado que había tenido la mala fortuna de meterse con él y de criticar sus métodos de investigación, y una pequeña

bomba con la que se deshizo de un tipo de derechos humanos, que siempre andaba fastidiándolo.

También en el cuarto piso, Martínez tenía un interceptor para radio y telefonía móvil, una sofisticada fotocopiadora y una colección inaudita de papelería oficial y no oficial y una cantidad respetable de sellos oficiales falsos, que iban desde los de la propia Presidencia de la República hasta los del Registro Civil.

Tal era la guarida de Martínez. Había adquirido todo el edificio nueve años atrás, como una verdadera ganga, lo había registrado con un nombre falso y poco a poco —para no llamar la atención— había ido reconstruyendo los dos pisos de arriba hasta dejarlos impecables. Tanto su mujer como su hija —al igual que todo el mundo— ignoraban la existencia de aquella finca. Por fuera, nadie se imaginaría que existía un lugar así y, debido a lo céntrico de su ubicación, resultaba perfecto para guardar el anonimato. Todas sus reuniones sociales o sexuales eran en restaurantes, cantinas y hoteles de paso.

Martínez sacó tres limones del refrigerador y los exprimió en un vaso alto, a continuación llenó el recipiente con Herradura blanco y se sentó a esperar a Yolanda.

Mientras bebía el tequila y fumaba un cigarrillo tras otro, su mente jugaba una y otra vez con la imagen de aquella mañana. La misteriosa sonrisa lo tenía obsesionado e inquieto. Se sintió tentado de buscar en su biblioteca y archivos para ver si existía algún caso similar o paralelo, pero Yolanda no tardaría en llegar. Una de las cosas que más lo inquietaba eran sus vísceras, que habían permanecido incólumes en presencia de las peores carnicerías humanas, y aquella mañana se habían alterado descomunadamente debido a la sonrisa en el rostro de la difunta rubia. Martínez nunca se había encontrado con algo parecido a aquella sonrisa, ni siquiera en cadáveres que habían muerto a causa de un exceso de hongos o algún potente enervante.

En eso estaba cuando sonaron unos toquidos en la puerta: primero tres, luego dos y al final uno. Aquélla era la clave que le había otorgado a Yolanda. Abrió la puerta y una vez más la belleza exuberante de la chica lo cautivó por completo, haciéndole olvidar momentáneamente sus preocupaciones.

Después de cerrar la puerta, se enlazaron en un abrazo enorme, acompañado de un prolongado y erótico beso. Finalmente, ella habló:

—¿Cómo está mi marciano favorito?

—Muy bien, chiquita, ¿y tú?

—Bien, pero eso de tener que venir hasta acá cada día me cansa más. El tráfico es un pinche desmadre a todas horas.

—Hubieras tomado el metro.

—¿Para llegar toda apestosa y manoseada?

Diciendo esto, Yolanda se dirigió al cuarto de baño, mientras Martínez admiraba el voluptuoso trasero de la mujer, enfundado en unos tejanos que causaban la impresión de que se los había pintado sobre la piel de las sensuales y firmes nalgas. Martínez encendió un cigarrillo, lleno de lujuria, y cuando Yolanda salió del baño sólo llevaba encima una playerita que revelaba sus enormes tetas y unas bragas de encaje negro que parecían varias tallas más pequeñas que la suya.

Sin decir nada, la hermosa hembra se dirigió a la alcoba, seguida por un hipnotizado y caliente comandante Martínez.

3

La había conocido por accidente unos meses atrás. Ella trabajaba en un almacén en Polanco y Martínez había llegado allí para comprarse una loción. Desde que la vio detrás del mostrador, no pudo quitarle la vista de encima, ya que estaba *extraordinariamente* buena. Por si esto fuera poco, al

acercarse Martínez a ella, percibió su delicioso aroma — deliciosa peste, pensaría después— a *hembra* y el aliento que despedía al hablar a través de su formidable sonrisa era dulcísimo y húmedo, como una caricia sexual. Aparte, en un movimiento que Yolanda hiciera al sacar un perfume de una vitrina cercana al piso, Martínez observó extasiado los mejores muslos que había visto en vivo a lo largo de toda su violenta y fúnebre vida. En un momento determinado, el férreo comandante se sintió como un niño pequeño e indefenso y pensó que se había vuelto loco. Yolanda era demasiado hermosa como para existir fuera de las fantasías sexuales más descabelladas.

Cuando el pulso de Martínez indicaba que ya había sido demasiado para un solo día, Yolandita se había inclinado más aún, mostrándole al teniente un par de nalgas que en realidad eran cuatro —muy sensuales todas—, pues se encontraban bellamente partidas por un fino liguero de encaje negro, puestas al descubierto —más que tapadas— por unas raquílicas bragas del mismo material. Debió contenerse para no brincar el mostrador y poseerla allí mismo.

A pesar de las balas, las cuchilladas y emboscadas, el comandante nunca había estado tan cerca de morir como aquel día.

¡Y de puro deseo!

Al final, Yolanda le vendió un perfume, después de casi quince minutos de mostrarle todas las fragancias disponibles —ella incluida— y Martínez había salido del almacén como si lo hubieran tocado con una varita mágica. Hacía muchos años que no se excitaba tanto por el simple hecho de mirar a una mujer. Normalmente lograr una erección le llevaba su tiempo, se calentaba ya en la cama —como los motores a diesel, pensaba a veces, que arrancan después de unos minutos de haberlos encendido. Pero con Yolanda era diferente. Como los perros: en cuanto la olfateó, sintió cómo se le llenaba el pene de sangre, mientras experimentaba un dolorcillo exquisito,

largamente olvidado. Al salir del almacén no había podido evitar sentirse como un colegial, pues hubo de ocultar con el saco de su traje la escandalosa erección que le deformaba los pantalones.

A partir de entonces, cada vez que podía —lo cual era casi todos los días— visitaba el almacén para admirar y platicar con la erótica Yolanda. Desde luego que no le dijo que trabajaba en la judicial. La sola mención de esa palabra aterraba a cualquiera y lo que menos deseaba era asustar a la chica. En cambio, le contó que era agente de ventas foráneo y que vendía muebles en provincia; que era viudo y sin hijos. Conocedor de las mujeres, sabía que en caso de llegar a algo con la bella Yolanda, esta mentirilla le ayudaría a desaparecerse durante temporadas prolongadas sin llamar la atención.

Rápidamente, Martínez se fue obsesionando con ella, y cuando quiso darse cuenta, ya estaba perdidamente enamorado —o tal vez enulado, como diría Mota.

Comenzó caballerosamente a invitarla a cenar y tomar una copa y a veces se sorprendía al entrar a un lugar al lado de tal belleza.

No se la creía.

A pesar de la diferencia de edades, los momentos que pasaban juntos eran muy felices. Sobre todo él, ya que veía en Yolanda una compensación en su vida; una suerte de indemnización por su desperdiciada juventud, al lado de matones y guardaespaldas. Rodeado de la muerte que tanto lo había llegado a fascinar. Al estar cerca de la joven, Martínez sentía que absorbía su energía, que inhalaba su juventud. Y podría ser cierto, ya que después de esos meses con Yolanda, Martínez había rejuvenecido. Ahora tenía una buena razón para no comerse veinte tacos o tomarse una docena de cervezas al hilo, como solía hacerlo con frecuencia antes de conocer a la frondosa mujer.

Yolanda tenía veinticuatro años y pertenecía a la

generación baja en calorías. Se alimentaba a base de ensaladas y comida ligera; por lo menos, había que ponerse un poco a su nivel. Por otro lado, como no era tonto, sabía que había caído dentro de la casilla de los viejitos ridículos que se pasean con hembras mucho más jóvenes que ellos. Varias veces en el pasado había criticado a los hombres que hacían lo que él estaba haciendo. Sin embargo, ahora ya no le importaba. Su autoestima y su instinto de conservación lo llevaban a pensar que su caso era diferente, único. Disculpaba su conducta con el atenuante del factor tiempo: aunque viviera muchos años más —cosa que dudaba, debido al tipo de vida que había llevado, el trabajo, el cigarrillo, el tequila—, no encontraría muchas Yolandas en su camino.

Y un día hasta amaneció pensando que le gustaría preñar a Yolanda un par de veces; formar una nueva familia y volver a empezar, lejos de todo. Tal vez en Puerto Arista o en Guatemala, pues, al final de cuentas, sólo era cuestión de tiempo —cada vez menos— antes de que la chingada pasara a reclamarlo. Por eso se llevaría la satisfacción de haber disfrutado como un loco de la mujer que más le había gustado en toda su vida. Otra mañana se despertó pensando que no le importaría gastarse hasta el último centavo de su dinero en Yolanda. Para nada. ¿Locura senil?, tal vez, pero tampoco le importaba.

Con el tiempo, ella fue llenando todos los intersticios de la personalidad de Martínez. No sólo era lo meramente físico, sino que él empezó a sentir un apoyo que jamás había experimentado. Y era una sensación por demás agradable. Aparte del mero gozo de la novedad, Yolanda era algo más, mucho más. Cuando estaba con Yolanda, el comandante se sentía como si estuviera dentro de una poza de agua azufrosa. Como que le picaba deliciosamente todo el cuerpo; parecía que al contacto con ella se le abrían todos los poros y el aroma natural de ella —su peste— lo embriagaba, pero a diferencia del alcohol, aquí Martínez no podía dominar la intensidad de

la borrachera.

La voz de la chica era una delicia y el veterano detective gozaba cada instante con aquella mujer como si estuviera ya muerto y muy bien colocado en el cielo. Gracias a Yola, una buena parte de Martínez había vuelto a nacer. Ella representaba un oasis en el macabro desierto que era la vida de Martínez. En el amplio catálogo de sus recuerdos, no encontraba una sola imagen que pudiera compararse con la felicidad que le producía contemplar casi pasmado la brillante sonrisa o las enormes tetas de Yolanda y su carita de niña traviesa. El macho que llevaba dentro no cabía en sí de gozo y satisfacción; se sentía sumamente halagado por haber podido conquistar un monumento como Yola y —sobre todo— a su edad y con su facha.

Después de algunas citas, una noche habían salido a cenar y habían terminado en un hotel, donde Martínez aprendió que aunque digan que el diablo sabe más por viejo que por diablo, la muchachita aquella a sus veinticuatro años, de cierto sabía más de sexo que el mismísimo diablo y aquello que no alcanzaba a poner en práctica —no por falta de entusiasmo— lo ejecutaba con palabras. Palabras dulces y cálidas, húmedas. Pronunciadas muy cerca de los oídos del enloquecido detective.

Aquella Venus no podía estar al alcance de cualquiera —de cualquier Martínez— en el almacén, así que con el ego crecido, la sacó de trabajar, ofreciéndole de entrada darle mensualmente los seis mil pesos que ganaba. Para no dejarla en la nada en caso de que él desapareciera, se comprometió a sacarse un seguro de vida con Yolanda como beneficiaria —porque según el cuento de los muebles, andaba mucho en carretera— y además le regaló un Volkswagen nuevito, sólo que fabricó una factura y tarjeta de circulación falsas a nombre de Yola, y él conservó los originales. Estaba enclavado, pero no era pendejo.

Rompió la regla y llevó a la mujer a su guarida más de

una vez. Muchas. Y cada sesión era una auténtica orgía. La muchachita era una fiera en la cama y le decía cosas que harían sonrojar a cualquier hombre.

No a Martínez. Él siempre estaba tranquilo. Caliente, sí, pero tranquilo. La manejaba como un padrote experto a una puta consumada. En dos ocasiones le había propinado de nalgadas, fuertes, en serio, por rezongona, y al tratarla de aquella manera, lo único que había conseguido el teniente fueron dos ostensibles orgasmos de parte de la chica. Ella, en ambas ocasiones, juró solemnemente nunca más faltarle el respeto a su padrote.

Martínez vivía aquella pasión como un loco y lo sabía, pero no le importaba. Tal vez ya hacía tiempo que había perdido la razón y apenas se estaba dando cuenta. Pero descubrir la locura de aquella manera, era una doble locura, o más aún, la demencia misma vista en dos espejos de frente, infinita.

A pesar de ser tan conservador con el dinero, poco a poco fue entregándole cantidades diversas, aparte de la mensualidad.

Por su parte, ella parecía encantada con su «Marciano favorito», lo único que la fastidiaba era tener que ir hasta el centro para entrevistarse con él.

Morena, alta y dolorosamente sensual —aunque algo vulgar— había despertado en Martínez al hombre que había estado hibernando durante años dentro de él.

A partir de aquel día en el hotel de paso, Martínez perdió la cabeza por la muchachita caliente. Más que hacer el amor, Martínez llevaba a cabo una especie de rito sexual: le chupaba los pezones, casi negros y enormes, dulcísimos. Los saboreaba como un niño se deleita con la más deliciosa de las golosinas. Como si se los fueran a quitar. Le besaba todo y la lamía toda. A ratos quería comérsela, masticarla, digerirla, para llevarla siempre consigo. Dentro de sí. Le fascinaba meter la boca en la joven y carnosa entrepierna y disfrutar sus exquisitos

aromas y sabores. No se cansaba de ella. Al contrario, era una adicción. Peor, mucho peor que cualquier otra, pues mientras más la amaba, más se enamoraba de ella.

Pero aquella mañana todo salió mal. A cada momento Martínez recordaba la sonrisa de la muerta de Las Lomas y al final terminó perdiendo la erección y extraviando la lujuria por completo, a pesar de las expertas caricias de Yolanda y su voz húmeda y sensual murmurando barrabasadas al oído del detective.

Martínez volvió a la Procuraduría en metro. Le gustaba esa especie de juego de perderse en los vagones atestados de gente de todas clases, la cantidad de olores y colores que podían apreciarse dentro de cada vagón; las caras, los cuerpos, las voces, la vida.

Cuando era más joven y hacía lo mismo, a veces soñaba que era un agente secreto que venían siguiendo, pero tantos años de ver la realidad de la vida habían segado todas las ilusiones de Martínez. Todas menos una: Yolandita. Y habría que conservarla.

En el metro, la vida seguía su curso aunque una prostituta de Las Lomas hubiera muerto unas horas atrás con el rostro lleno de la sonrisa más desconcertante del mundo.

Llegó a su despacho y se sirvió una buena dosis de Herradura con jugo de limón. Irónicamente, era lo único que le evitaba la acidez estomacal. Después de meditar su siguiente movimiento unos minutos —y mientras esperaba los resultados del forense—, pidió todas las fotografías de las mujeres jóvenes encontradas muertas en los últimos seis meses.

Al escuchar la orden, la secretaria hizo un gesto de mal humor y advirtió que tenía el ensayo de una boda a las seis. No podía faltar, pues era la madrina de lazo.

Por mera corazonada, Martínez limitó la búsqueda a víctimas entre los diecisiete y veintisiete años de edad, sin huellas aparentes de violencia y ninguna muerta en accidente.

La obesa secretaria se marchó, mientras Martínez se imaginaba a la tipa disfrazada de madrina. Descolgó el teléfono para comunicarse con Vivanco, el forense.

—Forense.

—¿Vivanco?

—No está ahorita, ¿quién lo llama?

—Martínez.

—¿Qué tal, mi com?, habla Sampedro, ¿en qué puedo servirle?

Sampedro era uno de los yernos de Vivanco, pasante en la facultad de derecho, pero tomaba las guardias del forense cuando éste tenía resaca, torneos de dominó o bien se encontraba en algún otro de sus múltiples trabajos.

Siendo un tipo por demás tenaz, con el tiempo, Sampedro se convirtió en un excelente forense y efectuaba una autopsia con la misma facilidad que un niño desenvuelve un caramelo. Aunque excesivamente cuadrado, sus diagnósticos y comentarios eran generalmente acertados. Debido a su falta de imaginación, a su lealtad a ultranza y a su excepcional capacidad de aprendizaje, Martínez pensaba que lo tenía todo para llegar a ser secretario de Estado.

—¿Ya te llegó un fiambre de Las Lomas?

—¡Cómo no!

—¿Ya tienes el diagnóstico?

—Sí, mi com. Se le tronó el corazón y se le reventó el cerebro; *in other words my com*: infarto masivo al miocardio por aumento excesivo de presión sanguínea, con estallamiento múltiple de vasos cerebrales, debido a la misma causa. Parece, mi com, que le subió de pronto la presión como loca y literalmente se reventó. ¡Lástima!, hacía mucho que no veía una mujer tan bella.

—¿Se reventó? ¿Así nomás?

—Hay más de mil causas para un infarto, mi com.

Aunque sabía la respuesta, Martínez demandó:

—¿Drogas?, ¿veneno?

—En este caso, nada de eso, mi comandante. Tenía algo de alcohol en la sangre y tal vez un par de churros encima, pero nada como para matarla.

—¿Entonces?

El cuasi abogado se aclaró la garganta y dijo:

—Mi com, va usted a pensar que estoy ebrio o drogado, pero...

—¿Sí? —urgió Martínez.

—...pero tengo la impresión de que el infarto le dio mientras se corría. Da la impresión de que murió en pleno orgasmo. De hecho, venía inundada de flujos.

—¿De hombre?

—No mi com, de ella misma. Parece que tuvo un megaorgasmo, le falló el corazón y falleció.

—¿Habías visto esa sonrisa alguna vez en un cadáver?

—No, mi comandante. Ni siquiera algo parecido.

—Al rato bajo. ¿Crees que se pueda localizar a Vivanco?

—Lo dudo. Tenía torneo de dominó.

—Si te llama dile que quiero hablar con él.

—Sí, señor.

—Oye, algo más. No comentes con nadie este caso.

—Sí, señor —se limitó a contestar Sampedro, sin preguntar nada. Esa era otra de sus virtudes.

Martínez colgó el auricular y se le ocurrió que así mismo sería Sampedro como secretario de Estado. Hecho a la medida.

En eso apareció la futura madrina de lazo, cargando una buena cantidad de expedientes y los depositó solemne sobre el escritorio de Martínez mientras anunciaba:

—Hasta mañana.

—Adiós, Elvira. Suerte con el ensayo.

Martínez revisó entonces cuidadosamente pero a gran velocidad las fotografías que venían en los expedientes que había pedido.

En los últimos seis meses, en la ciudad más grande del

planeta habían aparecido muertas —sin señales de mucha violencia, ni accidente— cuarenta y nueve mujeres jóvenes, entre los diecisiete y veintisiete años de edad. Sin embargo, sólo había veintiocho fotografías. En el último fólder había una hojita amarilla escrita a mano, agarrada con un clip. Martínez leyó:

Comandante:

Las fotos están incompletas porque se descompuso la cámara y, como es gabacha, tuvieron que esperar casi dos meses por las refacciones. Como no había presupuesto, las estuvieron tomando con una Polaroid, pero varias parece que se las clavaron unos cuates que vinieron de Guadalajara de visita. Por eso faltan algunas. No es mi bronca. Bai.

ELVIE

Martínez descubrió que tres de las occisas tenían de alguna manera la misma clase de sonrisa que había visto aquella mañana. Las tres eran prostitutas y habían sido encontradas en el transcurso de las cuatro últimas semanas, todas en hoteles de paso. Intactas. El diagnóstico final de las autopsias estaba firmado por Vivanco y en los tres casos era el mismo: infarto múltiple al miocardio, debido a bajo nivel de potasio en la sangre. Nada de cerebros o corazones reventados por presión alta. Nada de gran cantidad de flujo vaginal.

Habría que aclarar el asunto con Vivanco.

Martínez observó una vez más las tres fotografías. Todas habían sido encontradas en la misma posición, con la enorme sonrisa llenándoles el rostro.

De pronto, el comandante sintió que la espalda se le ponía en carne de gallina y todas sus vísceras le indicaron que una suerte de apocalipsis estaba a punto de llegar.

Aparte de ir a dormir, siempre que podía se daba sus vueltas por su guarida y se quedaba allí un buen rato. Por lo regular, revisaba archivos, tomaba tequila con limón y fumaba un cigarrillo tras otro mientras interceptaba llamadas de radio y teléfonos móviles con un sofisticado aparato que había adquirido durante un viaje de trabajo a Nueva York. En Manhattan, uno de los asistentes al seminario policiaco era un teniente del servicio secreto colombiano, quien conocía absolutamente todas las novedades en artículos para detectives. Martínez no era fácil para hacer amistades, pero el colombiano era extraordinariamente simpático y dicharachero, así que Martínez cayó encantado con él.

El sudamericano lo llevó una tarde a la calle Madison, nada menos que a una sofisticada y completísima tienda de avíos para espías. En un principio, le había parecido una aberración comprar un interceptor de llamadas de veintisiete mil dólares, pero cuando lo ensartaron con treinta y cinco mil más en equipo adicional, se imaginó el monto en billetes de a veinte, nuevecitos, deslizándosele lentamente por el culo. Sin lubricante. Hasta se había sonrojado frente al satisfecho árabe que lo había atendido. Tenía la impresión de que lo habían violado.

Sin embargo, cuando fueron llegando las piezas a México, el teniente fue descubriendo con auténtico deleite que había adquirido una maravilla. Martínez las había hecho enviar por partes para despistar a cualquiera. No deseaba que nadie supiera que poseía tal equipo.

Rápidamente había aprendido a manejar la máquina y sus accesorios. Al principio, interceptando la onda de las radio patrullas y la de Homicidios. Con el tiempo, los teléfonos celulares de todo mundo, entre otros, los del gobernador del Banco Central y sus cuates. Los teléfonos de varios secretarios

de Estado y sus amantes —hombres y mujeres—, los equipos de comunicación de las casas de bolsa y otros más.

El aparato resultó valer mucho más que su peso en oro. Le había proporcionado a Martínez conversaciones muy interesantes, como la de una amante de un subsecretario de Hacienda que le recomendaba a su prima de Monterrey que cambiara todo su dinero por dólares porque «Toy» decía que se iba a devaluar el peso.

Martínez había seguido los consejos de «Toy» y había duplicado su fortuna en unos días. Poco tiempo después, interceptó el teléfono del amante de «Toy»—esta vez un hombrecito, de voz dulce y conversación agradable, todo una dama— mientras anunciaba a su hermano una insólita alza en las acciones de la telefónica —porque «Toy» decía.

Martínez invirtió casi todo su dinero en dichas acciones y volvió a ganar, pero decidió no jugar más. Ahora, gracias a «Toy», a sus amantes y a los teléfonos celulares de éstos —seguramente a cargo del erario—, Martínez se había convertido en un hombre muy rico. E igualmente austero y discreto.

Pero en esos momentos su interés era otro. Tenía su artefacto sintonizado en la onda de radio del departamento de homicidios de la Procuraduría. Gracias a esta práctica, muchas veces había podido llegar a la escena donde se había cometido algún asesinato antes que cualquier otro policía, lo cual había facilitado la investigación, pues nada había sido tocado. Después de casi cuatro años, Martínez había educado su oído a los casos que le incumbían, lo demás pasaba por sus tímpanos sin registro alguno. De esta manera, podía dedicarse a otra cosa, como leer, revisar expedientes o, en este caso, a observar —por enésima vez— los rostros de las mujeres tomados con la cámara gabacha.

Mientras el interceptor despejaba de estática las llamadas, Martínez imaginaba la vida de aquellas pobres infelices. Aparentemente eran mujeres rudas, hechas a fuerza,

pero en el fondo siempre eran mujeres y el comandante sabía que se desmoronaban con un poco de afecto y ternura. El mundo de la prostitución le era bien conocido.

Varios años atrás, cuando llevaba unos cuantos en la procu, le exigían que cumpliera guardias gratuitas —servicio social decían ellos— una noche, cada tres, cuidando la integridad de las prostitutas de la calle frente a la compañía telefónica. La integridad de ellas y, junto con patrulleros de uniforme y otros guaruras, el orden y el buen funcionamiento del negocio propiedad de un alto funcionario público. A diferencia de la mayoría de los asignados, Martínez no molestaba a las putas, no les exigía dinero o favores carnales; no hacía desfiguros, nunca se drogaba o bebía durante sus guardias y siempre trataba a las mujeres de la calle con respeto, como auténticas damas, así que muy pronto se hizo de buenas amigas y todas lo consideraban un buen hombre. Debido a su forma de conducirse, nadie sospechaba que el presunto buen hombre había salido huyendo de su pueblo natal —cerca de Acapulco— cuando tenía apenas dieciocho años, tras haber asesinado a balazos a un par de cabrones durante una riña. El joven Martínez, hijo de un rancharo venido a menos, practicaba el tiro casi todos los días y la pistola se había llegado a convertir en una extensión de su cuerpo. Por eso, cuando se presentó la necesidad de disparar, lo había hecho con certeza. Ambos tipos estaban borrachos y Martínez, aparte de todo, aprendió una buena lección: a partir de entonces, aunque bebía abundantemente, jamás se emborrachaba.

Unos días más tarde, ya en la gran ciudad, había trabado amistad con un policía judicial que lo convenció sin dificultad alguna para que engrosara las filas de la corporación, y allí fue puliendo poco a poco al hijo de puta que llevaba dentro. Quien había tratado con Martínez a nivel de hijo de la chingada, sabía que el tipo poseía el doctorado y varios *honoris causa* en la materia. Sólo con la mirada o la voz —o ambas—, podía

controlar casi cualquier situación, pero si esto fallaba —como algunas veces sucedía—, para eso traía la Magnum o podía regresar más tarde equipado con una bomba casera o un frasco con nitroglicerina, fabricada en su cocina, con productos adquiridos en el supermercado. Llegado el momento —y se lo había demostrado a sí mismo en varias ocasiones—, no se tentaba el corazón para eliminar a algún ojete. Básicamente, era como los tiburones: a la horade la hora, no se andaba con mamadas.

Desde niño se había curtido en estas artes. Un tipo de su pueblo, un degenerado de unos sesenta años abusó de él sexualmente una noche, cuando el futuro comandante tenía sólo once. Se sabía que el gusano era abusador de menores, pero los afectados no decían nada, ya que en un pueblo como aquél, el hecho significaba que la víctima era un putito y quedaba marcado para siempre. El niño Martínez también guardó el infame secreto, pero se dedicó a cultivar y madurar la venganza. Cada vez que podía, practicaba el tiro al blanco con una vieja Colt que había en el rancho, hasta que llegó a dominar la técnica, y el mismo día que cumplió los doce años, agazapado tras una lápida, esperó a que el abusador pasara por allí como lo hacía cada noche. Sin vacilar, apuntó a la cabeza del cochino y disparó con gran puntería. A continuación, con la mirada perdida en la penumbra del odio, haciendo alarde de una sangre fría insospechada en un niño de esa edad, extrajo el pene del cadáver y lo amputó con un afilado cuchillo que su padre utilizaba para destazar puercos. Para terminar, metió el ensangrentado órgano dentro de la boca del difunto degenerado.

Cuando encontraron el cadáver al día siguiente, todos comentaron que se trataba de una venganza, pero nunca nadie se imaginó que podía ser obra de un niño.

Con ese mismo espíritu había ingresado Martínez a la policía judicial: para tener a su alcance —enmedio del caos creado por la corrupción imperante— el bastón del mando, sin

medida ni clemencia; para lograr la desaparición de por lo menos una parte del mal que corroía por todos lados a la ciudad más densamente poblada del planeta.

Cuando lo asignaron a cuidar el negocio callejero de la prostitución, no se imaginaba la cantidad de cosas que aprendería. Para empezar, muy pronto descubrió en las prostitutas una calidad de virtudes poco comunes en mujeres de otra clase. Eran solidarias y generosas. Pocas veces vio el comandante actos de mezquindad entre ellas, y descubrió que todas tenían una doble personalidad: aquella fría y a veces temible cuando estaban trabajando y otra muy distinta en su vida privada.

Si bien Martínez no exigía favores, varias de ellas se acostaban con él, pero no como putas, sino en su personalidad de mujeres. De ellas aprendió el judicial enormidades. De hecho, no sólo le habían enseñado a coger en serio y de todas las maneras, sino que le habían enseñado algo mucho más importante: le habían enseñado a ser Hombre.

Martínez se había vuelto un especialista gracias a ellas. A cambio, les brindaba cierta protección o les conseguía mariguana y, una que otra vez, coca.

No se cobraban, pues formaban parte de una comunidad bien integrada. No obstante, dentro de esta comunidad había, por aquellos años, varios padrotes desalmados, solapados por un ministro de Gobernación. Estos desgraciados hacían lo que querían con las putas y, entre ellos, uno apodado el Foca era el peor de todos. Corría la voz de que era protegido del ministro y esto lo volvía prácticamente intocable.

Cuando Martínez contaba con veinticinco años, el Foca tenía apenas veintidós, una respetable colección de cicatrices cruzándole el rostro y un par de kilos de folios de historia criminal archivados en delegaciones de policía, correccionales y reclusorios; una adicción severa por la cocaína y —para completar sus gracias— el pasatiempo de violar con lujo de brutalidad a los hijos de sus putas; niñas o niños, sin importar

sexo o edad.

Tan bien apadrinado en aquel inframundo, nadie se metía con el Foca o sus secuaces. Pero una noche, el maldito cometió un grave error de cálculo: le cortó salvajemente la cara a una joven prostituta de dieciséis años, buena amiga de Martínez.

El judicial le consiguió a la pobre niña una ambulancia y, por medio de algunas relaciones, que la atendieran de emergencia en el Centro Médico e incluso les dio dinero a la hermana y a otra colega de la herida para que la acompañaran al nosocomio.

El incidente había sucedido a la una de la mañana. Martínez decidió terminar su turno, lo cual era alas cinco de la madrugada. Más que por otra cosa, para dar tiempo a que se le enfriara la sangre y permitir que su estómago le aconsejara qué hacer.

Terminó como de costumbre, hizo su reporte y a continuación se dirigió al antro que el Foca frecuentaba en compañía de sus amigotes.

Ya para entonces, Martínez se manejaba guiado principalmente por sus vísceras. No pensaría nada. Actuaría exclusivamente por instinto. El cubil en cuestión estaba prácticamente desierto a esa hora, pero el cruel padrote y tres de sus secuaces estaban instalados en una mesa, jugando cartas, bebiendo ron y aspirando cocaína. Las pistolas de los cuatro estaban sobre la mesa.

Al ver entrar a Martínez, el Foca dijo:

—Aquí no es para tiras. Este es un club privado. Los amigos del Foca rieron como buenos cocainómanos.

—Sólo quiero tomarme un trago.

—¡Ni madres, cabrón! —gritó amenazante uno de los villanos, mientras el Foca aspiraba droga directamente de una de las cartas de juego, con la que había cortado la droga previamente. Masajeándose la nariz, levantando sus otras cartas y dando por concluido el asunto, el Foca sentenció:

—Mejor te largas... —¡snif!—, ...o te reporto... ¡culero!

Martínez levantó las manos en son de paz e hizo como que se marchaba, pero cerca de la puerta —como en las películas del viejo oeste— sacó ágilmente la Magnum de la sobaquera y asesinó a los cuatro de certeros balazos en la cabeza. Después de cerciorarse de que estaban bien muertos, sacó una navaja de resorte y destazó lo que quedaba de la cara del otrora padrote. Completada la operación, limpió la navaja en las ropas de uno de los muertos y la guardó en su bolsillo, recogió las pistolas y salió del bar.

La noticia de la ejecución se extendió en el medio como reguero de pólvora, y tanto las prostitutas como algunos colegas de Martínez le aconsejaron que pusiera pies en polvorosa, pero él se negó a huir. Decía que se le hacía un rasgo de justicia elemental. Bastante aguantaban ya las pobres putas como para tener además que soportar lacras de la magnitud del Foca y sus cuates. Como si nada, permaneció en su puesto en la procu, aguardando las consecuencias.

Un par de días después —quién sabe cómo—, un coronel del Estado Mayor Presidencial se enteró del incidente, se entrevistó con Martínez y lo contrató como guardaespaldas de una bella amante del señor presidente en turno. Con cargo a la procu, por supuesto.

Con el tiempo el coronel se convertiría en general y en amigo del comandante.

Reviviendo estas aventuras, Martínez se quedó dormido con las fotografías en la mano.

A la mañana siguiente, Martínez devolvió los expedientes a su secretaria, quien los regresó al archivo sin sospechar que el teniente los había fotocopiado y conservado tres de las fotografías en su guarida.

Durante la noche, llegó a la conclusión de que, independientemente de la técnica utilizada, había un responsable tras estos casos, un asesino, y, si era el mismo autor de los cuatro homicidios, se trataba de un asesino en serie. Y muy sofisticado. Único.

Irónicamente, no era violento. No mutilaba a sus víctimas ni se llevaba trozos del cuerpo como fetiches. Aparentemente ni las tocaba. A juzgar por las sonrisas, no las torturaba sino al contrario, la sonrisa revelaba un gran placer y una total sorpresa, perfectamente entretejidos. En caso de haberlas torturado, lo había hecho a través de un inmenso placer.

Un asesino en serie *sui generis* había sido el sueño de Martínez como policía durante muchos años. Podía ser el caso que Martínez había esperado toda su vida profesional. *El caso.*

Se aprendió los expedientes de memoria, que en verdad no eran gran cosa. En una metrópoli de veinte millones de habitantes, con uno de los índices de criminalidad más altos del mundo, a una prostituta muerta nadie le prestaba atención. Sobre todo si no había sangre de por medio. Cada expediente tenía seis páginas: el reporte del policía asignado al caso, el propio del Ministerio Público sobre el levantamiento del cadáver y por último el del forense, quien muy a menudo era el doctor Vivanco, ya que por cada acta firmada cobraba seiscientos pesos de honorarios.

En su guarida, Martínez tenía un enorme mapa de la ciudad —de su coto de caza— y en él ya había marcado con alfileres rojos los sitios donde se habían encontrado los cuatro cadáveres —la rubia de Las Lomas incluida. Con tinta verde, había trazado una figura entre los cuatro puntos y resultó que el área era pequeña y bastante bien delimitada. Esto podía facilitar la investigación. Desafortunadamente, la zona marcada presentaba un gran problema de logística, ya que era el área con mayor cantidad de prostitutas de toda la ciudad.

Por otro lado, tantos años de experiencia del policía ya habían iniciado automáticamente la elaboración del perfil de actitud del supuesto asesino. Aparentemente, sólo había actuado durante el último mes, cuando apareció la primera víctima. Pasaron dos semanas y volvió a atacar. Diez días después, de nuevo. Al final, cinco días después, con una frecuencia aritmética exacta. Un patrón. Si seguía este patrón podría ser cada dos o tres días, así que si ésta era la norma, no tardaría en aparecer otra sonriente muerta.

Por otro lado, lo único que no seguía un patrón era la rubia. Esta era una prostituta cara, fuera de la zona de las otras tres, y la única que no había sido encontrada en un hotelucho. En cuanto al *modus operandi*, Martínez estaba perdido por el momento, pero los avances no estaban mal para un día y pico de trabajo.

Aunque era temprano, se preparó una bebida grande y se la bebió de dos tragos. Luego bajó a la morgue.

Desde luego, el doctor Vivanco no se encontraba allí, pero su industrioso yerno ya estaba trabajando en una autopsia. Sampedro exclamó al verlo:

—¡Mi com! ¿Qué lo trae por el humilde negocio de las carnes frías?

—¿Estás muy ocupado?

—Para usted nunca, comandante —dijo el futuro abogado, dejando sobre la plancha de acero sus instrumentos de trabajo.

—Salgamos un momento. Te invito un café.

Acatando la orden sin chistar, como era su costumbre, Sampedro se deshizo de los guantes de goma, colgó su bata y fue a lavarse las manos. Después se dirigieron en silencio a un bar más o menos alejado de la Procuraduría. Sampedro se limitó a acompañar al comandante sin comentar nada.

A esa hora de la mañana el lugar se encontraba desierto y se instalaron en una mesa alejada de la barra. Sampedro pidió un expreso y el comandante un Herradura gigante con mucho

jugo de limón.

Una vez servidos y cuando el mesero se alejó, el comandante encendió un cigarrillo y comenzó a hablar:

—Antes que nada, ¿puedo contar con tu absoluta discreción?

El yerno de Vivanco contestó automáticamente, asintiendo:

—Soy una tumba, comandante.

Martínez lo observó unos segundos y previno:

—Completo secreto, ¿está claro?

—Clarísimo, mi com.

—Al último cabrón que me traicionó un secreto le metí una pistola de bengalas en el culo y disparé, ¿está claro?

—Más claro ni el agua clara, comandante.

—¿Qué te parece la rubia de ayer?

—Buenísima, yo creo que es la muerta más guapa que he visto en mi vida.

—No me refiero a eso, no te hagas pendejo.

—¿Se refiere a la sonrisa?

Martínez asintió.

—De lo más raro, mi com, pero aquí entre nos, no es la primera que veo. Con ésta ya van cuatro.

—¿Tú hiciste las autopsias de las otras tres?

—Sólo de dos, la otra la hizo mi suegro, pero vi el cadáver.

—¿Murieron en forma similar?

—Idéntica. Todas tenían el mismo tipo de sonrisa dibujada en el rostro; todas tenían estallamiento de vasos cerebrales y, por supuesto, infarto al miocardio.

—¿No encontraste huellas de nada?

—De nada, mi com. Déjeme decirle algo: desde que vi a la primera, hace como un mes, quedé muy intrigado y me dije: bueno, trabajo con policías, ¿no?, pues a aprovechar, a ser policía, a investigar. Porque también déjeme decirle que...

—Al grano.

—¿Eh? Sí, claro, mi com, le decía que me obsesioné con el asunto y me clavé en los libros de medicina forense, pero no encontré nada parecido. En un principio pensé que podía tratarse de óxido nitroso, el gas de la risa, pero en ningún caso de muerte por exceso de éste se encontraron megaorgasmos ni esa clase de sonrisa.

—¿Estaban intactas? ¿No les chuparon las tetas? ¿No hay semen? ¿Huellas de un vibrador? ¿Nada?

—Mi com, en los dos años que llevo efectuando autopsias no he visto nada ni siquiera parecido. La sorpresa, sí, a un pobre tipo que lo atropelló un junior en Polanco. El rostro indicaba absoluta sorpresa, pero no había megaor...

—¿En qué estábamos?

—¡Ah! Sí, le decía que si normalmente me tardo un par de horas en una autopsia, con éstas me tardé como seis; les recorrí cada milímetro del cuerpo, en busca de pinchazos, de una descarga eléctrica, hice cortes de los clítoris. Intactos, no hay saliva ni flujo alguno, ni drogas en dosis letal, ni síntomas de intoxicación, ni nada, mi com.

—¿Y qué opinas?

—Bueno... es un poco prematuro. Tendría que empaparme bien en el asunto y consultar mis libros de patología, porque...

—Sin mamadas —cortó Martínez—, ¿qué opinas?

—Ya lo dije: de lo más extraño.

—¿Comentaste los casos con Vivanco?

—Lo intenté, pero no quiso decirme nada. Sólo me pidió lo mismo que usted, que guardara absoluta discreción.

—¿Tienes alguna teoría?

—Una, mi com, pero preferiría elaborarla bien primero, usted sabe...

—¿Cuál es?

—No hay pinchazos ni marcas de nada, ningún veneno conocido, pero en las pruebas que hacemos no incluimos hongos o bacterias que son peligrosísimos. Eso, sin hablar de

los virus.

—¿Una bacteria puede ocasionar una de esas sonrisas?

—Bueno, podría ser. Le dije que mi teoría aún no estaba bien elaborada.

—Sigue pensándolo y si concluyes algo comunícamelo. ¿Has sabido de tu suegro?

—Parece que se fue a Oaxaca a cerrar unos *bisnes* con un funcionario de la Secretaría de Salud. Debe regresar mañana en la noche.

—Si hablas con él, dile que me urge verlo.

—Claro que sí mi com. ¿Algo más?

—Si alguien llegara a preguntarte algo o te hacen algún comentario sobre el caso, tú no sabes nada.

—¡Claro que sí! Cuente conmigo, mi com.

—¿Alguna pregunta?

—Ahora que lo menciona, sí, mi com, sólo por curiosidad, ¿por qué tanta discreción?

—Porque no sabemos de qué se trata. Es como cuando ves un alacrán muy gordo. Antes de pisarlo hay que revisar si no es hembra y viene cargando otros alacrancitos.

—No entiendo, mi com.

—No importa. Tu suegro omitió en las autopsias toda la información que tú me has dado, ¿sabes por qué razón?

—Me imagino que por la misma razón por la que usted me pidió discreción. —¿Vivanco sabe algo?

—No me ha dicho nada.

—Bueno. Escucha bien lo que voy a decirte. En los próximos días quiero que sólo tú y Vivanco estén de guardia las veinticuatro horas. Seguramente mañana aparecerá otra prostituta asesinada.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya veremos.

Martínez sabía que, por el momento, lo único que había que hacer era esperar. En estos casos, todo sucedía como si fuera una cruenta partida de ajedrez: se tenían que perder muchas piezas —muchas mujeres— para lograr capturar al asesino. Sabía que eso era inevitable y el comandante no se inquietaba ante la idea. En este negocio había que ser muy frío, de otra manera no se resolvía nada. No se podía hacer una tortilla sin romper unos cuantos huevos.

Martínez en ningún momento dudaba de su capacidad para capturar al asesino. Después de todo, como buen perro de caza, ya había descubierto y olfateado a su presa. Lo más probable era que a esas alturas el causante de aquellas sonrisas y megaorgasmos todavía no se imaginara que ya lo andaban cazando.

Esto ya era una gran ventaja. Le llevaba la delantera. Pero Martínez estaba consciente de otro peligro. Los asesinos en serie que respetan los ciclos y los patrones tienen un alto índice de desaparición de escena, pues también en eso siguen un ciclo y a veces dejan de matar durante años, volviendo a actuar tiempo después —en ocasiones lustros y hasta décadas—, siguiendo normalmente un patrón de conducta similar al de antaño. Martínez deseaba que éste no fuera de éstos. Si se le escapaba en el tiempo, sería como haber visto al pez merodear la carnada y luego, sin picar, alejarse en la oscuridad de lo inatrapable.

Después de volver del bar, atendió algunos asuntillos sin importancia y llamó a Yolanda. Estaba muy tenso y deseaba ver unas buenas nalgas. Quedaron de encontrarse en la guarida a las cuatro. No tenía demasiadas ganas de coger, pero su instinto le decía que no la descuidara demasiado. Había en el mundo un chingo de garañones sueltos, listos para cogerse una hembra como aquélla.

Sin embargo, antes del placer, tenía un deber pendiente: tuvo que asistir a una junta de comandantes, con el

procurador —que era un gran pendejo—y la reunión se tornó en mitin político, donde el licenciado se aventó un discurso sobre la honestidad policiaca que duró quince minutos. Al minuto doce, Martínez ya estaba pensando seriamente en desenfundar la Magnum y acabar con ese imbécil incompetente a quien lo único que le preocupaba era su ascenso político y la procuración de justicia le importaba una chingada.

«¿Este cabrón hablando de honestidad? —pensó Martínez—. Para empezar, aparte de ser bien puto, está en la nómina de los narcos. No sabe un carajo de la corporación ni de cómo funcionan las cosas.»

Cuando finalmente terminó la aburrida reunión, Martínez pasó a su oficina a recoger unas cosas y ya iba de salida cuando se apareció Mota.

—¿Puedo pasar?

—¡Claro!, siéntate.

—Sólo un momento, comanche.

—Tú dirás.

—Los de seguridad no vieron a nadie entrar en el edificio de la güera de Las Lomas. Dicen los culeros que lo que pudo haber pasado —y que, de hecho, sucedía con frecuencia— era que la nalgona les proporcionaba a sus clientes la clave para pasar la puerta eléctrica del estacionamiento, asignándoles de antemano un lugar para el automóvil. Luego ya nomás les mandaba el elevador al sótano y asunto arreglado, no tenían que pasar por la recepción ni registrarse y los clientes de la puta pasaban desapercibidos. Un burdel discreto y de lujo, con servicio de estacionamiento y todo.

Martínez fingió poco interés. Lo que menos deseaba era involucrar a Mota en el caso. Poniéndose de pie dijo:

—¿Algo más?, tengo una cita.

—Pues no. Hay una cámara de video en el estacionamiento, pero no sirve. Dicen que está descompuesta desde hace dos meses.

—Bueno. Entonces nos vemos mañana.

—Bai, comanche.

En el trayecto al centro, a bordo de un pequeño taxi, Martínez meditaba sobre Mota, acompañado de un buen ritmo tropical que el taxista tenía sintonizado en la radio.

Sabía que era necrófilo porque lo había visto en acción y desde entonces desconfiaba de él. No por otra razón más allá de lo meramente elemental: ¿qué se podía esperar de un monstruo así?

Unos cuatro años atrás, los habían asignado junto con otros elementos, en forma por completo ilegal y fuera de su jurisdicción, a un pueblito cercano a Cuautla. Ordenes superiores. Una banda de narcos había tomado el control del pueblo y el cacique local era amigo de *alguien* en Gobernación y montaron un operativo sin registro, con agentes de confianza.

Encontraron a los hampones sobre aviso y se armó una balacera. En la confusión, una bala perdida alcanzó a una niña de unos quince años, quien cayó muerta dentro de su propia casa.

Media hora después, cuando terminó todo y el ambiente todavía apestaba al acre aroma de la pólvora quemada, con un saldo de catorce muertos y varios heridos, Martínez había entrado sigilosamente a la casa, en busca de maleantes, y entonces contempló la escena.

Al principio no alcanzaba a distinguir lo que estaba sucediendo. Su primer pensamiento fue que Mota le daba respiración de boca a boca a la pobre niña.

Pero al irse acercando, sin hacer ruido —porque sus vísceras así se lo ordenaban— descubrió que Mota se había bajado los pantalones y los calzoncillos y se movía rítmicamente sobre el cadáver.

Si es que algo impresionó a Martínez aquel día, no fueron las tripas y huesos y sangre y locura que quedaron como resultado del operativo, sino la mirada perdida de aquel

demente que Mota llevaba dentro.

8

Entre la música tropical del taxi, los recuerdos de Mota y una manifestación de estudiantes, Martínez llegó bastante tarde al edificio de Tacuba. Eran las cinco y media y había quedado de verse con Yolanda a las cinco. Era la primera vez que no llegaba a tiempo. Nunca le había dado las llaves del lugar, por obvias razones, y no le gustaba la idea de que la chica anduviera por allí esperándolo. Las nalgas y las tetas de Yolanda y en general, toda ella, no eran lo ideal para conservar el anonimato en la zona.

La esperó un minuto en la puerta del edificio y como no la veía, entró. En cuanto abrió la puerta del tercer piso, comenzó a sonar el teléfono:

—¿Sí?

—¿Marciano?

—¿Qué pasó, chiquita?, ¿dónde andas?

—Pues seguí tu consejo del otro día y tomé el metro, pero se descompuso un cabrón convoy y se fregó el asunto, luego tomé un taxi pero hay una pinche manifestación y me bajé a hablarte. Yo creo que en una media hora estoy allí.

—Aquí te espero, bonita.

—Bai.

El marciano agradeció la tardanza. Rápidamente se preparó un enorme tequila con limón y subió al cuarto piso a empaparse más en el caso.

Entre su extensa bibliografía consultó un libro exclusivamente con fotografías de rostros de asesinados; dos publicaciones *snuff* y también revisó una colección de revistas de fotografía forense. Todo con iguales resultados: nada.

Martínez se quedó pensativo, mientras daba sorbitos a su bebida, alternándolos con fumadas ausentes de un

cigarrillo tras otro, con la mirada perdida en las tres fotografías desplegadas sobre su escritorio.

¿Qué les habían hecho? ¿Qué habían podido sentir? Al grado de poner aquella cara, vaciarse literalmente por dentro y finalmente... *ireventar!*

Las cuatro mujeres presentaban la misma expresión en el rostro, mezcla exacta de satisfacción total y sorpresa absoluta. El descomunal orgasmo podía indicar que la satisfacción se debía a algún tipo de placer sexual. La expresión de sorpresa podía deberse a la llegada de la muerte. Sobre todo de aquella forma. Y había algo más: las cuatro eran prostitutas y éstas, por regla general, nunca se vienen en horas de trabajo, mucho menos sienten placer y es muy difícil hacer algo que las sorprenda en su propio campo. Cuando trabajan son como muertos vivientes. Conseguir que una ramera lograra un orgasmo ya era como sacarse la lotería; ¿sorprenderla?, ¡vamos!, ¿cómo?, pero ambas cosas y al grado de matarlas, sin tocarlas prácticamente, sin drogas, sin vibradores, sin...

Martínez vació de un trago todo el contenido de su vaso y sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca. El interior de su cerebro se iluminó de pronto con otro pensamiento: independientemente de la técnica, si el asesino era capaz de lograr esos resultados con prostitutas, ¿qué no podría hacer con una mujer común? Por otro lado, Martínez no descartaba que el asesino pudiera ser una mujer, ya que sólo ellas saben *exactamente* cómo y dónde acariciarse, con qué intensidad y frecuencia, a qué ritmo...

La cabeza de Martínez se fue llenando de hipótesis y posibilidades, y volvió a sentir aquella sensación que sólo experimentaba al comienzo de una investigación verdaderamente importante; una extraña y agradable sensación, casi metafísica, como si todas sus células se fueran llenando lentamente de electricidad. De pronto, la clave acordada con Yolanda sonó en la puerta del tercer piso y

devolvió a Martínez rápidamente a la realidad. Apagó las luces, cerró con llave la puerta y bajó a abrirle a la chiquita.

9

La tarde con Yolanda distó mucho de convertirse en una orgía. Si bien se desnudaron y se echaron en la cama como de costumbre, la obsesión del caso terminó metiéndosele a Martínez en todo el cuerpo cual si fuera un chamuco y perdió por completo la erección.

—¿Qué te pasa, papito? ¿Estás preocupado por algo?

—No, mi vida, es que estuve leyendo un libro sobre sexualidad y creo que no te estoy haciendo lo suficientemente feliz.

—¡Cómo crees!

—Estoy seguro de que te puedo procurar más orgasmos.

—Marcianito, todo lo que me haces me encanta.

—Pero quiero que te encante más. Dime dónde te gusta exactamente que te toque y qué quieres que te haga.

—Lo que me haces me gusta mucho, mi vida.

—Ya te dije que quiero hacerte más dichosa. Yolanda se quedó pensativa unos cuantos segundos y terminó diciendo:

—Bueno, a ver, ábreme las piernas y levántamelas, que se me salga bien todo el clítoris.

Martínez obedeció.

—Así, papacito. Ahora pégame con la verga en el clítoris, no muy duro. Eso me gusta muchísimo.

Sin quererlo, Martínez se imaginó cuántas veces tendría que haberlo hecho, la muy puta, como para ya tenerlo catalogado como uno de sus favoritos.

Desganado, el comandante soltó las piernas de Yolanda y se echó junto a ella:

—Perdóname mi vida, la verdad es que sí estoy preocupado. Me cancelaron varios pedidos de muebles y era

un dinerito al que ya le tenía echado el ojo.

—No te preocupes, mi rey. Mañana te echas unos ostiones y unos viagras y ya verás que te compones.

—Muéstrame una cosa, chiquita.

—Sí, mi vida.

—Nomás no preguntes nada, sólo me obedeces.

—Sí, mi amor, ¿es un juego?

—Sí, pero no puedes preguntar nada. Es un juego sexual. Viene en el libro ese que estoy leyendo.

—¿Cómo se llama?

—Shhh. Señálate el punto que más te gusta que te toquen.

—¿Con la lengua?

—No, sin la lengua y sin la verga, sólo que te toquen o que te toques tú misma. Lo que más te gusta. Tus zonas más erógenas. Tocadas.

Gracias al tono de Martínez —que no fue el apropiado de un vendedorcito de muebles—, Yolanda colaboró. Se puso boca abajo y abrió las piernas, señalándose con uno de sus dedos un punto bastante lejos del clítoris, como a la mitad del camino entre éste y el ano. El comandante no podía ver con claridad el sitio y con sus manos abrió las amplias nalgas de Yolanda.

—Es aquí, marcianito.

—¿Y qué te gusta que te hagan allí?

—Sóbame allí, mi nene.

El nene hizo lo que se le pedía y en unos minutos consiguió un buen orgasmo de Yolanda, luego otro y otro más, hasta que llegó el momento en que toda ella estaba en carne de gallina y no se le podía tocar nada.

Parecía una loca.

—Pocas veces me había calentado tanto, amorcito —le dijo a Martínez, una hora después, con palabras envueltas en cálida saliva, al oído, mientras se despedían en la puerta del tercer piso. Le había llamado un taxi y debían aprovechar que

era la hora en que salían los alumnos del Tai Chi. De esta manera, Yolanda se confundía entre ellos y el comandante no dejaba nada al azar en su afán de celar el anonimato. Aquella noche deseaba que Yola se marchara lo antes posible. Estaba prácticamente seguro de que el asesino atacaría en cualquier momento, y deseaba estar en su puesto, junto al interceptor conectado en la onda de Homicidios. Tal vez nada sucediera, pero si algo pasaba, quería ser el primero en llegar al lugar de los hechos. Ahora menos que nunca podía permitir que los hechos rebasaran su capacidad de respuesta.

Como un perro, ya estaba en muestra.

Al tiempo que manipulaba su magnífico aparato, en compañía del infalible tequila, a algún otro desusos, muy dentro de sí, se le ocurrió sugerir que después de haber visto la reacción sexual de Yolanda de aquella tarde, parecía que todos los orgasmos anteriores —todos, que no eran pocos— no tenían nada que ver. Como si los pasados hubieran sido... un poco... ¿forzados?

«*Fingidos*, no te hagas pendejo», se contestó a sí mismo el confundido marciano, mientras sintonizaba la banda de transmisión de Homicidios, la música autoimpuesta de su perra vida.

La joven mujer escudriñó en la semioscuridad de la calle. Si seguía la noche como hasta ese momento, se iría en blanco. Había muy pocos clientes y demasiada competencia. A últimas fechas la prostitución había proliferado al mismo ritmo que los vendedores ambulantes en las esquinas.

Arketa en realidad no era prostituta. Tampoco se llamaba Arketa. Había adoptado la profesión y el nombre por mera necesidad. Su verdadera profesión era secretaria, y su nombre real: María Angélica de los Milagros, el cual —desde

luego— no cuadraba para nombre de batalla de una puta. Por eso había adoptado el otro, que le parecía muy sensual.

Había terminado la secundaria y luego estudió para ser secretaria. Al terminar se consiguió un trabajo y duró allí un par de años. Durante ese tiempo —y como no hablaba inglés— trabajó como una burra a cambio de un salario de hambre. Al mismo tiempo, tuvo que soportar los acosos sexuales de muchos hombres, y al final de cuentas algunos habían podido disfrutar de sus bonitas nalgas y de sus firmes tetas.

¡Y de gratis!

Un día sacó cuentas y llegó a la conclusión de que con la miseria que ganaba no le alcanzaba para nada, pues además, como secretaria, debía vestirse más o menos bien y andar bien arreglada, lo cual costaba bastante. Ganaba en la práctica menos que una obrera de maquiladora. Pidió un aumento y se lo negaron, utilizando el consabido argumento de la crisis económica, reducto de todos los males. Renunció y se fue a la frontera soñando que mataría dos pájaros de un tiro. Había escuchado que en las maquiladoras se pagaba muy bien, así que podría trabajar, ahorrar y estando tan cerca de Estados Unidos, hasta aprender algo de inglés.

Un ramalazo de realidad fue suficiente para poner a la futura Arketa de vuelta en la tierra. Para empezar, no había trabajo. La miseria del país era tal que las maquiladoras tenían lista de espera para varios meses y en verdad no le llamaba mucho la atención irse de ilegal al otro lado, a trabajar como sirvienta. Bien o mal, ella era secretaria, ¡qué!

En la frontera no encontró nada y de regreso a la capital encontró menos aún. Ni siquiera había trabajo de secretaria, y cuando después de muchas penurias por fin la aceptaron en un despacho, le pagarían menos de lo que ganaba meses atrás.

Sería ignorante, pero era una mujer práctica. No podía seguir así. Ganaba en promedio ciento treinta pesos diarios trabajando ocho horas: tomando dictados, pasándolos a máquina, haciendo mandados, yendo al banco, arreglando

broncas de todo tipo y, al final del día —no pocas veces—, cogiendo con el jefe.

De esta manera las cosas, no le costó mucho trabajo decidirse cuando una amiga le platicó del éxito rotundo que le esperaba como prostituta.

Arketa pensaba que *ya* era una especie de prostituta. No le gustaba ninguna de sus actividades —empezando por los palos con el jefe. Todo lo hacía por dinero y lo peor de todo era que se estaba vendiendo muy barata. Si podía sacrificarse haciendo todo eso por ciento treinta pesos al día, por qué no aceptar la oferta de un amigo de su amiga y pararse en una esquina. El amigo de la amiga proveería vigilancia, protección y hasta bienestar, a cambio de un módico cincuenta por ciento de lo recaudado diariamente.

Sentados los tres en una oficinita cerca del Ángel, la amiga había dicho:

—¡Imagínate!, si te echas tres palos diarios, te puedes meter trescientos libres, es más del doble de lo que ganas ahorita.

La bondadosa amiga dejó que sus palabras surtieran efecto en Arketa —hasta entonces, todavía María Angélica de los Milagros— y concluyó contundente:

—Además, éste es un trabajo fácil. Yo he sido secretaria, tú lo sabes, y es una súper chinga. Además, siempre terminas abriendo las patas. Ya ves, a mí hasta un hijo me clavaron cuando trabajaba en la Ford y nadie dijo: aquí estoy. Aunque eso sí, el seguro médico de la Ford es una chingonería. Pude escoger hospital y todo. Además...

El amigo de la amiga intervino, antes de que el negocio se convirtiera en plática de viejas argüenderas:

—Cada palo es cosa de veinte minutos. Siempre con condón. No tienes que andar buscando esquina ni quién te cuide. Yo mismo te asigno un sitio seguro para que sólo te dediques a chambear.

—De veras mana, es un trabajo fácil y con nosotros no

tienes pierde.

Y había resultado cierto. Como trabajo en sí. Pero las pinches horas de espera eran una larga agonía: le dolían los talones y todas las piernas, debido a los tacones altos. Se le congelaban los tobillos; los muslos y las nalgas se le entumían de frío con el uso eterno de la minifalda y muchas veces le dolían hasta las muelas, de tanto frotar una contra otra mientras esperaba al siguiente cliente de la noche.

Si es que éste llegaba.

La amiga y su amigo le dictaron rápidamente las lecciones básicas de su nuevo trabajo y un cierto protocolo a seguir: saludas al cliente coquetamente y le ofreces el servicio completo, o sea: un rato de francés —una mamada— un palo y toda encuerada. Tú hazte pendeja y nunca te encueres toda. Normalmente vienen bien pedos o muy cansados y ni cuenta se dan. En fin, no los provoques demasiado pero siempre finge que el cliente te encanta y jamás te involucres *para nada* con ninguno. Caliéntalo rápido. Sólo un palo por sesión. Si se trata de un tipo raro o con facha de policía, evítalo. Nunca vayas al domicilio de ninguno ni cojas en sus automóviles. Recuerda, solamente en ciertos hoteles de paso cuyos nombres te proporcionamos. Son gente conocida. Sólo así podemos garantizar tu seguridad y además te quedan cerca, ¡apréndetelos! Al llegar al hotel, le pides al cliente dinero para pagar la habitación; pasas a la administración y pagas el cuarto. Te van a dar una ficha. Es para nuestro control, la guardas y luego nos la das. También te van a dar dos condones. Muchos clientes románticos o hijos de la chingada quieren coger sin condón. ¡Jamás! Ya puedes imaginar dónde puede encontrar trabajo una ramera con sida, ¿verdad? Una vez en la habitación, cobra por adelantado invariablemente. Consíguate en Tepito o en La Lagunilla una pistola chica, de preferencia calibre veintidós y sin número de serie. Siempre lleva bolsa contigo y dentro, la fusca. Aprende a usarla. ¿Cómo?, ése es tu pedo. Nosotros no nos metemos en

eso porque si un día hay alguna bronca, preferimos no involucrarnos. Tú me entiendes. No dejes que te besen ni que te laman o te toquen demasiado. Muchas veces vienen infectados de algo o apestan bien feo; límitate a coger y mamar siempre con el condón en su sitio. Como estás bastante buena, vas a empezar cobrando doscientos sesenta y el cuarto, pide trescientos e incluye el cuarto, así suena menos. Si te regatean y no hay mucha chamba, puedes cobrar hasta doscientos y el cuarto.

¿Alguna pregunta? ¿Ninguna?, adelante, a trabajar.

La primera noche, con su primer cliente —un muchachito de unos diecisiete años, pletórico de acné y libido— la debutante Arketa temía que se sonrojaría con el trámite y posteriormente al tener que desnudarse frente a un extraño. Sin embargo, a la hora de los hechos descubrió que no le importaba nada lo que estaba sucediendo. Mientras el jovencito entusiasta la penetraba alocadamente, pronunciando una incoherencia tras otra, Arketa hacía cuentas e imaginaba todas las cosas que podría comprar a crédito en los almacenes Elektra, con el producto de cada palo. Esta anécdota le dio la clave, y a partir de entonces, mientras trabajaba podía pensar en eso u otra cosa, como las charamuscas que pensaba comerse en San Cosme el domingo. Todas las que quisiera, de las grandes. Estos detalles la hacían gemir de placer y los clientes quedaban muy satisfechos, sin poder imaginarse que la simple idea de saborear un retorcido caramelo de leche pudiera ser más satisfactorio para Arketa que aquella interminable colección de candentes penes envueltos en látex, entrando y saliendo anónimamente de su cuerpo.

Por otra parte, en las mañanas se ponía a aprender inglés, pues esta etapa de su vida era sólo un tránsito, un peldaño en su existencia. Ella era secretaria y volvería triunfante después de unos años, como heroína de telenovela, hablando inglés y todo.

Aunque el camino al éxito era algo más difícil que en la televisión. Si bien había tenido días que trabajaba hasta siete u ocho sesiones, también había padecido rachas de dos o tres días sin un solo cliente.

—'Ta bien que te pase de vez en cuando, preciosa —le dijo el amigo de la amiga, la segunda vez que no reportó ganancias—, pero la próxima tú pagas tu cuota, ya es tu pedo si trabajas o no. Además, esa pinche esquina es buena, si no la quieres, se la damos a otra. Lo que sobra son putas.

Y en esa esquina estaba. Eran casi las doce de la noche y nada. Si se tratara de un viernes o sábado, habría expectativas de trabajo, pero en martes, ya prácticamente se había agotado la velada. Hubiera encendido un cigarrillo, pero no traía y se perdió un momento en el tiempo y el espacio hasta que la volvió a la realidad un automóvil negro parado justo frente a ella.

Se asomó por la ventanilla abierta y automáticamente interrogó al conductor:

—¿Qué pasó, mi rey? ¿Vas a ir?

El tipo la observó unos segundos y luego asintió, sin pronunciar palabra.

—Son doscientos y el cuarto, mi vida. Toda encuerada, con condón, me lo haces por adelante y te hago el francés... Todo el servicio, mi nene.

El hombre volvió a asentir y Arketa montó al automóvil.

Ella escogió un hotelucho cercano, conocido, todo había que hacerlo con gente conocida, para garantizar la seguridad.

Arketa siguió el protocolo al pie de la letra. Durante el corto trayecto al hotel, como su compañero no se dignó hablar, ella tampoco. Esa era la regla. Se concretó a darle instrucciones de cómo llegar y a observarlo a hurtadillas. Era

un hombre maduro, de unos cincuenta años. Seguramente un padre de familia como había tantos. Pero había algo en su persona que le llamó de inmediato la atención a Arketa. El olor. El interior del automóvil tenía cierto olorcillo... No del todo desagradable, pero raro... como a madera húmeda... como a cuero viejo... Aunque no sabría decir qué, aquel aroma le recordaba alguna cosa a Arketa.

En eso llegaron, y la mujer actuó automáticamente:

—¿Me das para el cuarto, papi?

Pagó en la administración, recibió su ficha de control y los dos condones y le hizo una seña a su efímero amante para que la siguiera. Unos instantes después, se encontraban en una diminuta y deprimente habitación.

—¿Me das mi lana, papi?

El hombre sacó una buena cantidad de billetes y le entregó dos de a cien. Arketa tomó el dinero y lo guardó en su bolso, debajo de una pequeña automática de quince tiros y de inmediato puso manos a la obra. Fingiendo un enorme deseo, comenzó a manipular el pene del cliente a través del pantalón, pero el hombre le retiró la mano delicadamente.

—No quiero coger.

—¿Entonces, mi rey?

—Sólo quiero tocarte.

—¡Huy! no, precioso. Eso lo tenemos prohibidísimo. Pero déjame darte una mamadita. Orita se te para y me la metes —dijo Arketa, con voz sensual, mientras buscaba nuevamente la verga del hombre. Por toda respuesta, el hombre sacó su fajo de billetes y extrajo tres de a cien y los echó sobre la cama. Arketa vio el dinero y luego al hombre, con una mezcla de curiosidad y codicia en la mirada.

—¡Ándale! —urgió el tipo con suavidad—. Con éstos ya son quinientos, idéjame tocarte!

Aunque no parecía un degenerado, tanto su aspecto como su olor no le gustaban a Arketa. Pero aquellos papeles sobre la cama podían ser el primer pago para una televisión

Sony. Además, sólo reportaría los doscientos del palo. Por una tocada, no estaba mal. De cualquier manera, discutió, como buena prostituta:

—De veras no puedo, mi vida. Si mi padrote se entera que me andan tocando me parte la madre. Pero por los quinientos te la voy a mamar un buen rato sin condón y te puedes venir en mis tetas si quieres.

Sin perder la calma o el estilo, el hombre recogió los trescientos pesos de la cama y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches. Gracias de todas maneras.

Arketa no veía salir al hombre sino a la televisión Sony, así que rápidamente lo alcanzó y lo abrazó:

—Bueno mi rey, sólo porque me gustaste un chingo te voy a dejar que me acaricies, pero prométeme que no me vas a lastimar. Luego hay cabrones que pellizcan y a una colega hasta le arrancaron un pezón una vez...

—Te lo juro.

—¿Qué me quieres tocar?

—Todo, de la cintura para abajo.

—¿El ano?

—Todo.

—Ay mi vida, es que esas cosas no me gustan. ¿Por qué no nada más me la metes y ya?

—Haz lo que te digo y te ganas tus billetes.

—Dámelos de una vez papito, así me porto mejor.

El hombre le entregó los trescientos pesos al tiempo que ordenaba:

—Encuérate.

Mientras se deshacía de la escasa ropa, la mente de Arketa se iluminó de pronto. Recordó cuál era el aroma que le traía a la memoria aquel hombre. Aparte del acentuado aroma a alcohol, olía *como a iglesia*.

—Acuéstate boca abajo, con las piernas abiertas.

Ella obedeció mientras decía.

—Con cuidadito, además ya apúrate, ya sólo te quedan

diez minutos. Ya ves que luego nos miden el tiempo y vienen a tocar...

—No te preocupes por el tiempo. Ponte dos almohadas debajo del ombligo, para que levantes bien las nalgas.

Una vez ejecutada la orden, añadió:

—Abre bien las piernas.

El tono era muy suave, no parecía un hombre violento ni nada por el estilo, pero la exactitud y frialdad de las órdenes le resultaban chocantes a la chica. No obstante, abrió bien las piernas.

—Relájate.

Se sentó en la cama junto a la puta y suavemente comenzó a acariciarle los muslos. Mientras esto sucedía, Arketa escogía la televisión en su catálogo mental. Una con videocasetera integrada. Para ver películas de Pedro Infante mientras se deleitaba con charamuscas y otras exquisiteces.

El hombre localizó el clítoris de Arketa y lo acarició levemente con uno de sus dedos. Separó luego las bonitas y morenas nalgas y presionó un punto del muslo izquierdo, donde empezaba la nalga.

No le había dolido, pero Arketa sintió muy raro y dijo:

—Parece masaje chino.

Sin dejar de presionar cerca de la nalga, el hombre colocó los dedos pulgar e índice en un punto medio entre el clítoris y el ano de la mujer y empezó a rotarlos delicadamente, siguiendo una determinada frecuencia.

La imaginación y el cuerpo de Arketa suspendieron todas sus fantasías y se concentraron en lo que estaba sucediendo. Unas ondas de puro placer irradiaban todo su cuerpo desde el punto estimulado, causándole auténticas explosiones de gozo por todas partes.

A aquellas alturas, ya ningún aparato ni caramelo podían tener importancia. Arketa sentía que se iba, que se estaba volviendo loca de puro placer y se aferró instintivamente a una almohada.

Unos instantes después, que a ella le parecieron siglos, Arketa sintió que le abrían un grifo justo debajo del ombligo y empezó a tener el mejor orgasmo de su vida.

Segundos después, se puso completamente rígida, se contrajo toda y empezó a sonreírle a la vida de una manera demencial.

Lo último que sintió en medio de aquel océano de placer fue un ligero tronidito dentro de su cabeza, como si alguien hubiera reventado un diminuto globo en el interior de su excitadísimo cerebro.

12

Martínez volvió de pronto a la realidad. Su interceptor había captado con suma claridad una llamada a Homicidios. Se trataba de una joven prostituta encontrada muerta en un hotelucho del centro. Martínez conocía bien la zona y podría llegar antes que otros judiciales y los preventivos, con lo cual se ahorraría el desorden característico de su presencia y la pérdida de evidencias —y otros valores— cuando aquéllos llegaban primero.

Encontró fácilmente el sitio. El gerente vio la placa y, sin pensárselo dos veces, dijo, con marcado acento español:

—Mire usted', comandante, éste es un sitio *dezente*. Puede usted' revisar el historial de este hotel y sabrá que aquí no *suzeden* estas cosas.

—¿Dónde está?

—Con calma, comandante, la muerta no se va a ir a ningún *lao*. Antes que nada me gustaría que arreglásemos el problemita entre nosotros, ya ve, luego llegan los uniformaos y bueno... entre menos burros...

—¿Dónde está? —Esta vez el tono de Martínez surtió efecto inmediato en el gerente del cubil.

—¡Venga!, se la mostraré, se trata sólo de una putilla

barata. Venía aquí con *frecuencia*, usté' sabe, el giro...

—¿Con quién venía esta noche?

—Hombre, comandante, yo qué voy a saber, con un cliente.

—¿Cómo era?

Imposible *dezirlo*. Entran por el garaje y nunca les vemos las caras. La puta entra, paga la *habitación* y hasta allí, mi comandante. Lo demás tiene uno que imaginárselo.

—¿No estaban ocupados los cuartos vecinos?

—Pues si lo estaban, sólo Dios lo sabe, comandante.

Figúrese que es usté' *casao*, viene aquí con una putilla, pasa lo que pasó, ¿se quedaría a declarar, comandante? En cuanto oyeron el borlote que armó la chica de la *limpieza*, todo mundo salió pitando. *Empezando* por ella, no he podido encontrarla.

En eso se detuvieron frente a una de las habitaciones y el español abrió la puerta mientras decía:

—Allí la tiene, comandante.

—Muy bien, ahora déjeme solo y, por cierto...

—¿Sí?

—...Allí de donde usted es, ¿no hay putillas baratas?

—¡Claro, hombre!, como en todas partes.

—¿Y burros?

—¿Burros? ¿Burros, burros? —preguntó sorprendido el pintoresco ibérico.

—Sí.

—Pues sí mi comandante, pero no veo qué *relación* pueda tener eso con...

—Ninguna —cortó Martínez—. Sólo quería saber de dónde podía haber salido un cabrón como usted.

Dicho esto, le cerró la puerta en las narices.

La habitación olía a lo que huelen esos lugares: a pecado. Aparte del denso aroma combinado con perfume barato, Martínez no pudo descubrir nada más con el olfato.

La joven ramera se encontraba boca abajo, con el culo al

aire, las piernas bien abiertas y un par de almohadas bajo el abdomen. Al igual que en las tres fotografías y el cadáver de Las Lomas, revelaba una enorme sonrisa y tenía la mirada extraviada. Llevaría muerta una hora, dos, cuando mucho.

Desde luego, no era una putilla barata. A pesar de la posición, era una joven de aspecto humilde e inocente. Martínez la imaginó inducida a la prostitución por la miseria y la inmundicia. A la drogadicción, a la esclavitud, para terminar allí, como una putilla barata —como la madre del gerente del hotel.

Se sentó en la única silla, donde aún yacían las pertenencias de la joven. Distraídamente, el comandante abrió la bolsa de la mujer, tomó los quinientos pesos, la pistola y una carterita de vinil que contenía una identificación de la mujer y una foto de Pedro Infante, seguramente recortada de alguna revista. Metió los objetos en su saco y se quedó unos minutos como hipnotizado, contemplando la mirada de la muerta, como si quisiera que le dijera algo, como si los extraviados ojos pudieran revelarle la media filiación del responsable de aquella masacre orgásmica.

»¡Qué pinche sonrisa! —exclamó de pronto, y siguió hablando solo, en voz baja:

»¿Qué sentiste, muñequita?

»¿Qué te hicieron?

—Por lo menos no te moriste con cara de horror, como he visto muchas, mamita.

—Más bien parece que hasta te moriste con gusto —*de* gusto.

—Tal vez y hasta la sonrisa te compense en algo toda una vida de carencias y miserias.

Martínez siguió divagando, sentado en la sillita junto a la barata ropa de la difunta Arketa y sin advertirlo, comenzó a manejar la idea de que si morían de aquella forma —durante un megaorgasmo, como bien lo había definido el buen Sampedro— no podía ser tan malo, ¿o sí? Tuvo de pronto una

rara visión: se imaginó claramente, durante una fracción de segundo, el alma de las mujeres muertas de aquella manera. En la visión de Martínez, las víctimas se iban directo al cielo, pues él mismo —gracias a su relación con Yolanda— había llegado a la sabia conclusión de que era durante el orgasmo cuando uno más se acercaba al creador, a la luz.

Por mera rutina, Martínez examinó el cuerpo, aunque sabía perfectamente bien que no encontraría nada fuera de lugar. Observó a conciencia las nalgas, el monte de venus, los labios mayores y menores y el clítoris, sin encontrar nada.

Con ésta llegaban a cinco las víctimas conocidas. Exactamente con el mismo *modus operandi* y la frecuencia profetizada por el comandante. Este era el momento que se temía, pues a partir de ahora, si sus conocimientos no fallaban, podían suceder tres cosas: que el éxtasis de la muerte llevara al asesino al paroxismo: dos, tres, cuatro mujeres diarias; o bien, podía volver a la rutina anterior o en forma inversa: la siguiente dentro de cinco días, luego, diez, quince... Pero también podía suceder otra cosa: que el asesino suspendiera la práctica. Que hubiera cumplido con una especie de rito y desapareciera indefinidamente.

En eso sonó la puerta y se apersonó nada menos que el mismísimo doctor Vivanco y sacó de cuajo a Martínez de sus conjeturas.

Trabajar con Vivanco tenía sus pros y sus contras. Por un lado, tenía varias chambas de tiempo completo: catedrático de cuarenta y ocho horas a la semana en la Universidad; cobraba cuarenta semanales en el Instituto de Protección a la Infancia y catorce más en una guardería de la Secretaría de Educación. Aparte de esto, había ocasiones en que cobraba guardias corridas de veinticuatro horas en la procu, sin haberse aparecido por allí en semanas.

Siempre usaba elegantes batas blancas, luciendo logos de

hospitales privados —en donde no trabajaba, ni cobraba siquiera.

No obstante, se daba tiempo para hacer algunos negocitos en la Secretaría de Salud. Tomaba periodos de vacaciones cuando se le antojaba y aun para un sabueso como Martínez, Vivanco era imposible de encontrar. Tenía más o menos la edad de Martínez y el aspecto exacto de una iguana.

Por otro lado, poseía dos raras virtudes: era más noble que un perro y discreto a toda prueba. Además, tenía una memoria increíble.

A raíz de los terremotos de 1985, los archivos de la Procuraduría quedaron severamente mutilados y se perdieron gran cantidad de expedientes e información general. A partir de entonces, en el área forense, Vivanco era literalmente el archivo móvil de aquélla.

Podía recordar con facilidad sorprendente los detalles de casos sucedidos diez o veinte años atrás. Para enriquecer sus recuerdos, siempre añadía detalles del caso que mencionaba, para que no hubiera pierde:

«...Me acuerdo muy bien. Era una chava de unos veinte años, en la Colonia Roma. Iba saliendo de una taquería y la balaceó su novio. Cuando la abrí todavía traía bien calientitos sus taquitos al pastor, pobrecita, los había pedido con todo...»
O bien: «... Me acuerdo perfecto, fue un caso de envenenamiento por gas propano. El cuate había aspirado tanto que cuando lo abrí, su corazón parecía una rana. Sí, una rana: verde, con patitas y todo...»

Cuando se aparecía, Vivanco era de los pocos elementos confiables de la procu y tenía buenos suplentes en todas sus chambas —Sampedro era un ejemplo— así que allí la llevaba, ganando buena lana y viviendo tranquilo, participando en sus torneos de dominó y comiéndose sus tortas de pierna mientras realizaba una que otra autopsia.

Martínez lo conocía desde hacía catorce años y nunca le había fallado. Con él comentaba sus casos más importantes y

sabía de sobra que contaba con su discreción incondicional. Era una lástima que fuera tan pinche huevón e irresponsable, pero algún defecto debía tener el doctorcito.

Recuperado de la sorpresa, Martínez saludó amigablemente:

—¡No puede ser! ¿Estoy soñando?

—¿Qué onda, mi com?

—¡Vivanco en persona! ¡Increíble! Y además, justo a tiempo. ¡Esto es un milagro!

—No será para tanto. Lo que pasa es que me compré un bíper y les di una lana a las chavas de Asignaciones. Me reporto con ellas, les digo dónde voy a andar y cuando hay algo cerca me bipean y me ahorro la bronca de trasladarme de un lugar a otro de esta locura de ciudad. Y no hay tal milagro, me estaba echando unos tacos acá a la vuelta, en El Jalón de Oreja, ¿no los ha probado?, se los recomiendo en serio, están *de pelos*, mi querido comanche; bueno, pero como le decía, entonces recibí el «bipazo» y aquí estoy. Así aprovecho, cierro el turno de dos días, porque ya es más de media noche, y me voy a descansar a la casa.

Vivanco se dirigió, sin decir más, a la muerta, mientras Martínez observaba al forense en silencio.

No obstante el peso específico de la mirada del comandante, Vivanco no se amilanó. Con mano firme abrió su maletín, sacó dos revistas pornográficas y un par de casetes de videocentro y luego algunos de sus instrumentos para explorar el cadáver. Hizo un análisis rápido y de pronto, sacando una hojita de papel se puso a escribir algo:

—¿Es el reporte? —quiso saber el comandante.

—¿Perdón?

—¿El reporte de este caso?

—No, mi comanche —dijo Vivanco, sonriendo—, lo que pasa es que me acabo de acordar de que tengo que pasar a buscar unos tamales a casa de mi hermana y lo estoy anotando, si no, todo se me olvida.

Martínez encendió un cigarrillo y aventuró, señalando con un gesto el cadáver:

—¿Qué le parece?

—Estaba buena, pobrecita.

—La sonrisa.

—Muy impresionante.

Sin dejar de observar a Vivanco, Martínez lanzó:

—A usted no parece impresionarlo mucho, mi doc, ha firmado ya varias autopsias de mujeres con sonrisas similares.

—Hablando de sonrisas... —Vivanco deformó la cara de la mujer, eliminando la sonrisa por completo y le cerró los ojos.

En eso estaban cuando se abrió la puerta y —comandados por el español— entraron en escena los *uniformaos*.

13

Martínez y Vivanco dejaron todo el asunto del hotel en manos de los otros policías, una vez que hubo firmado el doctor el acta correspondiente —por la cual pasaría además un recibo de honorarios por doscientos pesos. El diagnóstico era sencillo: infarto de la víctima durante el coito.

Al escuchar esto, el español exclamó:

—¡Hombre!, y seguramente el tío se acojonó y puso pies en polvorosa. Está muy claro, aquí no hay delito que perseguir, *ofiziales*.

Los uniformados no parecían entender bien la castiza verborrea, pero tampoco les importaba, el español ya les había embarrado las manos con billetes de cien pesos.

Martínez y el doctor salieron del hotel y se metieron a una cantina cercana. Ordenaron una botella de Herradura, mucho jugo de limón y Coca-Colas para el doc. Vivanco podía beber cualquier cosa, siempre y cuando el contenido de

grados de alcohol en la bebida fuera alto. Desde un horroroso aguardiente hasta el más caro champaña, vodka, ron, mezcal, anís; en un momento de extrema necesidad, tal vez hasta gasolina —con y sin plomo.

Les llevaron el servicio y en silencio Vivanco hizo los honores, sirviendo con abundancia en vasos altos, y al final propuso un brindis:

—Por nuestra amistad, comanche.

—Salud, mi querido doctor.

Después de beber un par de minutos sin decir nada, Martínez abrió fuego:

—¿Cómo la ve, mi doc?

—¿Qué cosa, Martínez?

—Con todo el respeto que se merece, no se haga pendejo, mi doc.

—Nomás estaba probando línea, comandante. La cosa está de la chingada. Ni más, ni menos.

—¿Por qué?

—Usted sabe por qué, si no, no estaríamos aquí. Yo estaría comiendo tamales.

—¿No sabe nada? ¿No tiene nada que decir?

—Yo casi no sé nada, pero estoy seguro de que es algo sexual. Es lo más impresionante que he visto en mi vida, comanche y eso que llevo más de veinticinco años en el negocio de las carnes frías.

—No menciona usted en sus autopsias una gran cantidad de flujos, ni nada de eso.

—¿Lo hubiera mencionado usted?

Martínez levantó ligeramente las cejas, pensativo, mientras Vivanco decía:

—Usted es mi amigo y uno de los pocos profesionales que he conocido. Sólo por eso puedo tener esta conversación con usted. Si hago público que una mujer puede morir prácticamente de un derrame orgásmico, no sólo la procu, sino la prensa y el país entero se van a enloquecer con la

noticia, por eso no lo mencioné, si no me equivoco y usted está tan al tanto de esto como yo, debido al número de muertas, a que todas son prostitutas jóvenes y como todas murieron en forma similar, sólo quedan dos opciones: o se trata de un virus que ataca a prostitutas de esa edad y las mata digamos... a *orgasmazos* —lo cual puede ser, habiendo tanto cabrón virus suelto... O bien...

—¿O bien? —urgió el comandante.

—Un asesino en serie.

Martínez se ahorró palabrería inútil y preguntó:

—¿Quién más sabe de esto?

—De mi parte, Sampedro y nadie más.

—De la mía Mota, pero no pienso dejarlo en el caso.

Como usted bien dijo, este asunto tiene características definitivamente sexuales y Mota no puede manejar esas cosas. Mota es necrófilo.

—Ya lo sé.

Se miraron unos segundos.

—Tiene usted mucha razón en ser tan precavido doctor.

Yo pienso de la misma forma. Ahora, pasando a los hechos: si es un virus, ni modo, habrá que chingarse. Pero si se trata de un asesino en serie, debemos detenerlo lo antes posible.

—¿Debemos?, ¿quiénes?

—Nosotros y Sampedro. Por el momento, nadie más.

Este caso no puede salir de un círculo pequeño. Si vamos con el procurador, pueden pasar dos cosas: o nos manda a la chingada y nos dice que vayamos a capturar delincuentes de a de veras o bien se la cree y mañana mismo forma una comisión que estudie la formación de un consejo consultivo preparatorio de las reuniones pertinentes para una investigación al respecto. Se va a publicitar el asunto —tal y como usted lo dijo— y allí terminará la posibilidad de una investigación seria; de inmediato aparecerán decenas de responsables, las delegaciones se van a llenar. Cualquier tipo que en su vida ha deseado llamar la atención, lo va a hacer

ahora. Además, los sicópatas, los violadores que intentarán igualar las mismas hazañas... en fin... Por otro lado, este caso no lo puede manejar un solo hombre. Eso nos deja a nosotros tres por el momento, mi doc.

Vivanco levantó su vaso, demostrando su anuencia, y dijo, solemne:

—Garantizo la lealtad de Sampedro. Aparte de responsable y trabajador, es un buen yerno y un tipo de toda mi confianza. A veces se le suelta la verborrea, pero no es mala gente.

Martínez sugirió que se reunieran al día siguiente los tres, para ver detalles y establecer un plan de ataque.

Brindó una vez más con Vivanco, terminó su bebida de un largo trago y se levantó, después de que el doctor insistió en pagar la cuenta, ya que podía meter el consumo en alguna de sus cuentas de viáticos.

—Me voy a dormir, fue un día muy largo. Mañana paso a verlos.

—Provecho, comanche.

—Por favor doctor, en estos días no se me desaparezca.

—Pus ni que fuera «jodini».

Martínez salió de la cantina reanimado, en parte por la buena cantidad de alcohol que acababa de ingerir y por otro lado —y no sabría decir si debido a este caso en especial o a Yolanda— se sentía con un brío de juventud increíble. Como si lo hubieran dopado.

Al acostarse, Martínez se había imaginado que pasaría la noche con el sueño vuelto una continua pesadilla, entrecortado por lapsos de vigilia sudorosa, obsesionado con el asesino en serie.

Pero no. En unos minutos estaba profundamente

dormido. Y no tuvo pesadillas. No obstante, a la mañana siguiente no veía las cosas a través del cristal de la noche anterior sino de otro más claro y, mientras más lo pensaba, más se le hacía que este caso estaba de la chingada. Pero Martínez era antes que nada un auténtico profesional, actuaba aún mejor bajo presión. Desde que se despertó dedicó toda su atención al asunto. Llegó temprano a su despacho para sacar adelante su trabajo habitual y así poder dedicarle al caso todo el tiempo restante. Sin límites.

Aniquiló una buena parte de la mañana rellorando actas y formas múltiples: el mismo montón de pendejadas que no resolvían los casos policiacos, pero dejaban más o menos satisfecha a la burocracia que manejaba la procu.

A las doce del día, Martínez ya había llamado a la oficina del forense cuatro veces y Vivanco aún no llegaba. Fue Sampedro quien contestó. Había hecho guardia toda la noche *just in case, my com*, aprovechando el tiempo estudiando para sus exámenes de la facultad de derecho y repasando un poco la anatomía de los huesos de la cabeza.

Martínez llamó también a Asignaciones y le pidió a la secretaria en turno que le mandara un «bipazo» a Vivanco: que lo estaban esperando en la procu. Vivanco apareció en la morgue a las doce y media. Había tenido que ir a un desayuno con el secretario particular de un picudo del Seguro Social.

Martínez, más impaciente que la chingada, se molestó con el impuntual médico y decidió que habría que aclararle la seriedad del asunto a la brevedad posible. Si iban a trabajar juntos —quién sabe cuánto tiempo—, estrechamente, tendría que existir una cierta disciplina.

Se encerraron en la oficinita de Vivanco, apestosa a formol y tacos. Martínez tomó la palabra:

—Estamos tratando con un caso bastante raro, como pueden haberse dado cuenta. Tanto desde el punto de vista policiaco como médico. Por esta razón les pido puntualidad y disciplina. Si deciden participar conmigo en la investigación,

tendrán que atenerse a un orden.

Vivanco se movió incómodo en su asiento, mientras Sampedro, como el niño bueno de la clase, se enderezó en el suyo. Martínez insistió varias veces en la necesidad de conservar en secreto el caso. Nadie aparte de ellos podría enterarse de qué se trataban sus investigaciones. Nadie. Comportándose los tres discretamente, no habría gran problema en conservar el hermetismo. Si estuvieran investigando un caso que involucrara muchos billetes sería otra cosa; pero tratándose de unas cuantas rameras que no le importaban a nadie, guardar el secreto resultaba factible.

Martínez terminó de darle una idea general del caso a Sampedro y aprovechó para actualizar a Vivanco y al final preguntó:

—¿Está todo claro?

Sampedro levantó la mano, como si estuviera en la escuela, y una vez que Martínez le hizo una señal para que hablara, preguntó:

—¿Ya saben cómo las mata?

—No todavía, ¿tú?, ¿tienes ya alguna teoría? —preguntó Martínez.

—No exactamente. Pero verán: a partir de nuestra conversación de hace unos días, hice un experimento, mi com.

—¿Sí?, ¿cuál?

—Dejé de pensar en el caso, en vez de obsesionarme con él, para ver si me venían ideas frescas y ¿qué creen que soñé el otro día?

—¿Qué? —preguntó Vivanco, entre impaciente y despectivo.

—Que yo mismo era el asesino. Bueno, el sueño era muy raro, porque era el asesino, pero las mataba aquí en el depósito, ya muertas...

—¿Y?

—...Bueno... las mataba... acariciándoles el ano, de una manera especial.

—¿Con papel higiénico? —intervino jocoso Vivanco.

—No, al natural.

—Perdona que te interrumpa, Sampetro, pero ¿qué tiene que ver con el caso? —preguntó suavemente el comandante.

—¿Con el caso? ¡Ah!, isí!, mi com, bueno, la cuestión es que puede tratarse de algo que les hacen.

—¡No me digas! —intervino Vivanco. Ignorándolo feamente, Sampetro continuó:

—Aunque no he llegado a una conclusión definitiva, todavía, me inclino a pensar que se mueren debido a la excitación que *algo* les hace en las zonas erógenas; ese *algo* es de tal potencia que debido a la excitación sexual, el corazón comienza a funcionar como si le hubieran inyectado una especie de adrenalina. Se acelera demasiado, manda la sangre con excesiva presión al cerebro, lo revienta todo y luego truena el propio corazón.

Sampetro se aclaró la garganta y concluyó:

—Repito que es sólo una conclusión no definitiva.

Martínez intervino:

—Me parece muy sabia tu conclusión —dijo, convencido. Luego, reviró:

—Profesionalmente hablando, Sampetro, ¿descartas, por ejemplo, que esa clase de adrenalina o cualquier otra sustancia pudiera haber sido inyectada o embarrada, o lo que fuera, en las víctimas?

—Definitivamente, comandante. Esto es algo mecánico, no hay químicos involucrados. Podemos garantizarlo — mientras terminaba la frase, Sampetro se volvió a mirar a Vivanco en busca de su aval.

—Vivanco asintió ligeramente.

Martínez se dirigió entonces a Vivanco:

—¿Usted que nos dice, doc?

—Tiene razón mi yerno. Además, debo subrayar que es una conclusión muy sabia, tal y como usted lo dijo, comandante...

Sampedro se irguió aún más en su silla, orgulloso. No estaba mal para un pasante de derecho, ¿verdad? Pero el gusto no le duró mucho, pues Vivanco añadió:

—... pero...

Martínez preguntó:

—Pero... ¿qué, doc?

—En primer lugar, no solamente están involucradas ciertas zonas erógenas...

Sampedro clavó la mirada en Vivanco, como si éste poseyera la respuesta al misterio mismo de la vida.

—... también hay una ligerísima marca en el muslo izquierdo, justo donde empieza la nalga.

—Pero ésa no es una zona ciento por ciento erógena — reclamó Sampedro.

—¿Ya terminé? —interrogó irónico Vivanco.

—Usted perdone, suegro. ¿Decía?

—Y diré, si me lo permites. Esta marca es muy ligera, como si se hubiera hecho presionando un dedo contra la piel durante un buen rato. Ni siquiera hay moretón o ámpula; no es gran cosa. Pero *todas* la presentan.

—¿Y qué piensa al respecto, doc? —demandó Martínez, muy interesado.

Vivanco se mordisqueó el pellejo de una uña y luego lo masticó un momentito, antes de tragárselo; al final respondió, dándose visible importancia:

—Me tomé la molestia de consultar con un par de amigos: un acupunturista y otro que aplica masajes a señoras. Sin mencionar el caso concreto, por supuesto. Deseaba saber si el punto marcado produce placer o algo parecido. Ambos negaron la existencia de tal punto, pero el masajista dijo que por allí pasaba un nervio o algo, porque cuando él toca esa zona, no es raro que las damas se alteren. Mi primera idea fue consultar mis libros de anatomía humana, pero me dio mucha hueva, así que mejor me fui de putas.

Martínez y Sampedro miraron sorprendidos a Vivanco,

quien feliz por haber captado tal atención, continuó diciendo:

—Sí señores, de putas. No están ustedes para saberlo, pero me aventé tres encerrones.

—Tenga cuidado suegro —intervino mañosamente Sampedro— a su edad ya es peligroso.

Sin prestarle atención al marido de su hija, Vivanco continuó:

—Desde luego que me cogí a las tres. Nomás eso faltaba..., pero antes estuve toqueteándoles esa parte del muslo y observando sus reacciones: si mueves el dedo, les causa una especie de cosquilla y, como todas las cosquillas, se vuelve una sensación incómoda. Pero si sólo se presiona, sin mover el dedo, sienten un ligero adormecimiento en la zona.

—Eso no nos aclara nada, doc, excepto que sigue usted siendo un garañón.

—O que el viagra hace milagros —puntualizó Sampedro.

—Se equivocan. Si se aplica la presión y la zona se adormece, puede uno excitar a la chava y de pronto quitar la presión. Al recuperar la zona la sensibilidad, el placer puede ser más intenso, ¿o no?

—Es verdad —dijo el yerno, convencido.

Martínez tomó nota mental y dijo:

—Vaya mi doc, parece que la arteriosclerosis no lo ha afectado demasiado todavía.

—No deseando quedarse atrás, Sampedro dijo de pronto:

—¿Qué tal si las hipnotiza?

—Mi querido licenciado, por norma, ninguna puta se deja hipnotizar, no les gusta despertarse a cachetadas con el padrote frente a ellas, preguntándoles dónde chingaos están los billetes del palo.

—No sé, era una probabilidad, ¿no?

—¿No tienes alguna otra?

—Pues no.

—¿Alguna otra idea? ¿Alguna duda?

—Muchas —dijo Vivanco, casi antes de que terminara de

hablar el comandante.

—¿Por ejemplo?

—Yo prácticamente no tengo ninguna, pero estoy seguro de que mi yerno sí, comandante.

Martínez se volvió a mirar a Sampedro y éste asintió varias veces.

—¡Adelante! —sugirió Martínez.

—¿Cómo saben que es un solo asesino? De acuerdo con los reportes todas han sido encontradas en hoteles de paso, excepto la nalgona de Las Lomas. Lo cual rompe el esquema, ¿no es así, comandante?

—¡Vaya! —exclamó Vivanco—. Tenemos un genio en la familia.

—Tienes razón —aceptó Martínez—. Puede ser que haya roto el esquema o bien que se trate de dos asesinos. Sin embargo, no hay una sola discrepancia en el *modus operandi*. En ninguno de los casos ha habido mutilación de los cuerpos; las ropas de las víctimas estaban completas, en otras palabras, en ninguno de los casos se llevaron «trofeos», que es lo que la mayoría de los asesinos en serie hacen. De hecho, a diferencia de que la mujer de Las Lomas se salió de un área delimitada, todo hace pensar en un solo asesino.

—¿Podría ser mujer? —demandó Sampedro.

—En un principio lo pensé así. Si se tratara de pocos casos, muy aislados, podríamos tomar en cuenta esa probabilidad, pero en tantos casos, tan frecuentes, llamaría mucho la atención una mujer recogiendo putas, entrando y saliendo de hoteles de paso. Supondremos que el asesino es hombre y que conoce bien una técnica para matar a las mujeres, nada menos que de placer. Debido a lo extraño del caso, sin antecedentes parecidos, debemos suponer que este tipo descubrió su técnica hace poco. Tal vez está probándola, por eso utiliza prostitutas.

Martínez se tomó el tiempo para encender un cigarrillo y continuó:

—Salvo la mejor opinión de ustedes y debido a lo pequeño del grupo, creo que la única manera viable de dar con el asesino es poniéndole carnada.

—¿Putas? —preguntó Vivanco, y agregó, entusiasmado—: si quiere yo me encargo de hacer la selección y el examen de admisión, mi comanche.

Martínez ignoró el comentario del caliente Vivanco y continuó:

—Habrá que alertar a algunas, no a muchas, tienen que ser de absoluta confianza y, además, platicándoles una versión completamente diferente a la que conocemos.

—¿Hay putas de absoluta confianza? —preguntó Sampedro.

—Más de las que te imaginas —contestó Vivanco, y luego susurró entre dientes—: en tu familia materna hay varias.

Sampedro tomó la palabra:

—Debe de haber más de veinticinco mil putas en el área metropolitana, si no es que más, ¿cómo vamos a poder con todas?

Martínez respondió:

—Todos los asesinatos se han llevado a cabo dentro de un área bien demarcada. En dicho perímetro, yo calculo que habrá aproximadamente unas cinco mil prostitutas, pero de éstas podemos descartar a las de más bajo nivel, que pueden ser tres mil. El asesino sólo emplea mujeres de doscientos pesos para arriba.

—Hasta ahorita —interrumpió Vivanco— deja que se le empiece a terminar el dinero al hijo de puta y ya veremos...

Martínez continuó como si nada:

—Eso nos deja aproximadamente dos mil mujeres, de las cuales tal vez mil no juntan los requisitos del asesino, la edad, sobre todo, así que nuestro problema real se reducirá en principio a unas mil prostitutas, más o menos.

—Menos mal —terció Vivanco.

—Si podemos conseguirnos unas doce o quince putas de

confianza y prevenirlas, creo que nuestras probabilidades de éxito aumentarían considerablemente.

Sampedro interrumpió:

—Disculpe que vuelva a lo mismo, comandante, pero en serio que me parece importante lo de tenerle confianza a una puta.

—¿No le tienes confianza a tu madre, pendejo? —volvió a susurrar Vivanco.

Martínez dijo, convencido:

—Las putas son mujeres que se cuecen aparte. Si me fuera a quedar solo en una isla desierta, dado a la chingada, escogería a una puta entre cualquier otra mujer. Son bien completas. Poseen virtudes insospechadas. La confianza es una de ellas, puedo garantizártelo. Cuando encuentras una puta de confianza, no hay nada más allá, es la confianza misma.

—¿Solamente asesina prostitutas?

—Hasta donde sabemos, sí.

—¡Claro!, es más seguro con putas. Cuando invitas a salir a una niña bien, mucha gente se entera. Con una puta no hay problema.

Vivanco intervino:

—Déjame decirte, mi querido yerno, que en esta bendita ciudad hay decenas de bares donde puedes conocer a las niñas bien más putas del mundo. Si fueras el asesino, podrías ligar allí, con la seguridad de guardar el más completo anonimato. Después de unos tragos, unos churros y unos cuantos pericos, cogen con cualquiera.

Martínez preguntó:

—¿Puedo continuar?

Suegro y yerno guardaron silencio y cruzaron los brazos, atentos a lo que Martínez diría a continuación.

—Creo que hay algo muy importante en este caso y es que, aunque parezca de risa, no es un maniático sexual. No las tortura, ni las mutila. ¡Vamos!, ni siquiera se las coge. Ni les

lame los pezones. Ni nada. Así que no creo que estemos tratando con un loco común. Más bien me parece un tipo inteligente por la forma en la que deja el escenario del crimen. No deja pistas, ni se lleva nada. Rarísimo. No colecciona. Sólo las mata y, por lo que se puede apreciar, con una maestría inaudita.

—No por nada, pero yo he matado una que otra de puro placer, mi com, ora que lo menciona —terció Vivanco con buen tino, rompiendo la densa tensión que se estaba formando en la apestosa oficinita.

—¿Tiene alguna idea sobre la técnica, mi com? —quiso saber Sampedro.

Martínez no se tomó ni un segundo en responder:

—No habiendo encontrado venenos, drogas, pinchazos, quemaduras por descarga eléctrica, o vibrador atómico, en fin, cero huellas de violencia, pequeñas o grandes, en mi opinión y salvo que el doc digalo contrario, el tipo posee algún secreto y lo aplica con los dedos.

—Con todo respeto, mi comanche, eso ya lo dije y tampoco se trata de eternizar la juntita —dijo Vivanco, consultando su reloj—. Otros deberes me reclaman. Además, trabajamos juntos, ¿no?, en el mismo lugar y todo, así que no creo que sea tan difícil ponernos en contacto, ¿o sí?

—¡Nooooo! —exclamaron Sampedro y Martínez al mismo tiempo.

El comandante increpó a Vivanco:

—Mire doc, con todo el respeto que usted bien sabe que le tengo, no se jale la verga. Sus otros deberes son torneos de dominó y sus *table dancers*. ¿O no? Si acaso, pasar a cobrar un cheque de alguna de sus chambas. En cambio, mi doc, este caso seguramente será el más importante de su vida y si esto no fuera razón suficiente para posponer sus otros deberes, mi querido Vivanco, entonces, como médico, tome en cuenta el grado de peligrosidad de nuestro asesino.

—¡Yaaaaa! No será para tanto. Allá afuera está plagado

de narcos, de secuestradores y de chavos banda que asesinan prácticamente por nada. ¿Qué tan peligroso puede ser un tipo que las mata a *orgasmazos*, mi com?

Martínez estaba empezando a impacientarse en serio. Encendió un cigarrillo y guardó silencio. Sampedro se conservaba neutral, mirándolos alternativamente. Por fin, el comandante habló:

—Imagínese, por ejemplo, que el asesino tiene una computadora. Si tiene ese ordenador, puede fácilmente conectarse al internet. Una vez en la red, podrá con la misma sencillez abrir una llamativa página web, digamos en una sección de adultos, especializada en técnicas sexuales. Debe de haber cientos.

Martínez hizo una pausa y fumó. Luego de un par de bocanadas, agregó:

—La página puede rezar, por ejemplo: «Haga que su mujer consiga múltiples orgasmos en pocos minutos. Hoy en día es fácil lograr la armonía y la felicidad sexual con su pareja. Déjenos demostrárselo, luego, llámenos: acaricie usted tal y cual zonas erógenas de la dama, luego haga tal y cual movimientos. Entonces, presione el muslo en la parte interna, más o menos donde comienza la nalga y iya está!...».

Martínez dejó que sus palabras entraran en los cerebros de sus amigos y luego continuó, seriamente:

—Imagino que los navegantes de la red al encontrarse con aquello seguramente querrán ponerlo en práctica.

—¿Y si no tiene internet? —insistió tercamente Vivanco.

—Mi doc. Mandas hacer cien mil papelitos y los tiras desde una pinche avioneta, con un dibujo de un cuerpo de mujer, amplificando las zonas erógenas y los muslos e indicando exactamente qué hacer. O bien, mandas dibujar el diagrama completo y lo envías por correo con todas las instrucciones. Siempre caen algunos. En fin, no tiene pierde. Cuando el mundo empiece a darse cuenta de qué es lo que está matando a tantas mujeres, ¿cuántas víctimas se habrán

contabilizado? Por si fuera poco, ésta es una de esas cosas que se pasan de boca en boca. Vamos a suponer que usted, doc, se entera que si se le pasa, por decir algo, un bolígrafo por el ombligo a una mujer de tal o cual forma, puede tener diez orgasmos seguidos. ¿No vendría corriendo a contármelo? ¿No se lo platicaría a cuanto cabrón quisiera escucharlo?

—Ni tanto, ni tanto —rezongó Vivanco.

—Pero estamos de acuerdo, ¿o no?

Vivanco asintió.

Martínez no soltó la palabra:

—Y eso no sería lo peor...

Sampedro y el forense abrieron los ojos, sorprendidos y prestos a escuchar lo que seguía.

Martínez apagó la colilla contra un cenicero con un logo del Hospital Inglés y luego continuó pausada y claramente:

—Suponiendo que, conservadoramente, el número de víctimas fuera, digamos, un par de millones, el pánico sería tal que se tomarían medidas sumamente drásticas, a nivel mundial y, hasta no aclarar las cosas, se prohibiría tácitamente cualquier actividad sexual con mujeres. El sida no sería nada comparado con esto. Aquí no sería cosa de condón. Nada de eso. En este caso sería cuestión de armadura. Imagínense si el pinche mundo está hoy como está y no ha estallado, gracias a la válvula de escape que representa el sexo. Nomás piensen cómo se pondrían las cosas si se llegara a decretar una especie de cuarentena asexual.

—¡Carajo!, ve usted al mismísimo demonio, comandante.

—Lo es —murmuró Sampedro pensativamente.

—Ahora imagínense a miles, millones de misóginos reprimidos que harán su agosto mientras reina la confusión de los primeros días.

Martínez suspiró teatralmente y pontificó:

—Pero es igual. Podríamos pasarnos horas hablando de las consecuencias y no nos llevaría a nada, así que ahora lo mejor es prevenir. Hay que localizar el origen del problema y

destruirlo.

—¡Así se habla! —exclamó emocionado Sampedro.

—Comandante —dijo Vivanco, noblemente—, le suplico me disculpe. En ningún momento me imaginé que el asunto pudiera ser de tal importancia.

—Bien. Les pido ahora más que nunca absoluta discreción. Debido a la cantidad de cuerpos que seguramente tendremos que manejar, habrá que eliminar algunos, si no todos, para evitar sospechas, conforme vayan apareciendo.

—¿Quiere que me consiga unos carroñeros, mi com?

—Sí, pero muy discretos, chingones y que deban muchas, para tenerlos bien cogidos de los huevos. No mencione mi nombre ni nada, dígales que las mujeres son víctimas de una epidemia de virus y que el gobernador de la ciudad no quiere que cunda el pánico. De esta manera no estarán jodiendo con preguntas pendejas.

—Hoy mismo, mi com.

—¿Carroñeros? ¿Qué es eso, mi com? —preguntó Sampedro.

—Son bandas de cabrones que trafican con órganos humanos. Obviamente son ilegales, pero algunos grupos colaboran con nosotros de vez en cuando. De esta manera, tenemos una vía fácil para desaparecer evidencias y ellos se ganan una lana vendiendo las partes y a veces todo el cuerpo de la víctima. Por lo general se presentan en ambulancias del departamento o de terapia intensiva y se llevan los cuerpos quién sabe adónde. Esos son los carroñeros, mi querido amigo.

Sampedro se veía impactado y Martínez volvió a dirigirse a Vivanco.

—Consígase unos bien equipados, con radio y todo, mi doc. Dígales que se trata de una epidemia, tal vez de origen viral, así que se trata de llegar en chinga y deshacerse del cuerpo lo más pronto posible.

—¿Qué les van a decir a las prostitutas de confianza?

—De eso yo me encargo, conozco bien el ramo y...

Vivanco interrumpió:

—No tan de prisa, mi comanche, yo también conozco dos tres putitas en la zona, y son de confianza, no lo dude.

—Muy bien, no hay problema. A las prostitutas de confianza les diremos que se trata de un maniático que gusta de toquetear y arrancar los clítoris. Que no digan nada, pues no debemos alertar al degenerado de ninguna manera. Simplemente que abran bien los ojos, que traten de andar por lo menos en parejas y que una tome el número de las matrículas del automóvil en que la otra se sube. Sobre todo, que no se dejen tocar. Que si se encuentran este tipo de cliente, que salgan del lugar y pidan auxilio y que nos llamen de inmediato. Eso es todo.

—¿Unas quince putas van a poder controlar a miles?

—No, pero tienen a su vez sus propias amigas de confianza, a las que les encomendarán una misión parecida, con una historia diferente, para respetar nuestro secreto, y aquéllas a su vez a otras y así.

—Mi com, perdone mi ignorancia, pero para eso estoy, para aprender, como soy de la manera de pensar que la ignorancia es un mal que tiene cura, yo...

—Abrevia, carajo —intervino Vivanco.

—¿De qué nos servirá tener las matrículas?

—Yo te lo explico —intervino el suegro—: vamos a suponer que tú y el comandante son un par de putas baratas, ¿de acuerdo? Tú te subes a un coche y el comandante toma el número de las matrículas. Si no te vuelves a aparecer por allí o, mejor aún, si apareces muerta en un hotelucho, con el culo al aire, con el número de las matrículas podemos localizar al que te montó por última vez y que probablemente es el culpable de tu insignificante muerte.

—Pero para eso tendrán que morir varias mujeres, ¿no?

—Me temo que sí, Sampedro —pontificó el comandante—. Ya ves, hasta en estos menesteres existen los

mártires. ¿Alguna otra cosa?

Ambos negaron con la cabeza.

—Les voy a dar un bíper a cada uno, exclusivamente para nuestro propio servicio —Martínez sacó los aparatos y enseñó a Sampedro a usarlo. Vivanco ya conocía la mecánica del artilugio. Funcionaban por operadora, lo cual los hacía más difíciles de interceptar. Los bipers de mensaje quedaban grabados y eran muy accesibles a quien quisiera escucharlos.

Martínez lo sabía, era experto en la materia y no quería tomar ningún riesgo. Se colocaron el bíper al cinto, como si se tratara de espadas para ir a las cruzadas o algo así.

Martínez hizo un gesto, dando por terminada la reunión.

—Cualquier cosa, un bipazo y listo, ¿cuento con ustedes?

—Por supuesto, mi comanche —dijo Vivanco, muy serio.

—¡Hasta el fin! —declamó Sampedro, dramáticamente.

Ya para salir de la oficina, Sampedro se volvió a Martínez y con la expresión y el tono de voz propios de un niño que le pregunta algo a su amadísimo padre, demandó:

—¿Cree que tengamos éxito, mi com?

—Le llevamos una gran ventaja.

—¿Cuál?

—Ya lo vamos conociendo. Sólo nos falta saber quién es.

15

Martínez volvió a su despacho y se encontró con la desagradable novedad de que tenía que asistir a una junta con el procurador, para hablar de presupuestos y un dizque plan quinquenal que se había sacado de los huevos.

Camino a la junta, que ya había empezado, se topó con Mota:

—¿Quihubo, Jefe? Puta madre, no me lo tome a mal, pero apesta mucho a formol. ¿Viene del forense? Sin darle mayor importancia al asunto, Martínez dijo:

—Sí.

—¿Algún caso en especial?

—No, ninguno, pero aproveché para revisar algunos asuntos con Vivanco, ya que se dignó aparecer. ¿Vas a la junta?

—Sí, carajo, este güey ya me tiene hasta la madre con sus mamadas.

—Ni pedo.

En el auditorio y gracias a la peste que traía encima, Martínez pudo sentarse solo y se dedicó a pensar un rato. Este caso iba a necesitar de mucha dedicación y tiempo, como para andarlos perdiendo en juntas y mierdas de éstas. Punto siguiente, no podía compartir su atención entre el caso y las nalgas de Yolanda. Aquel que sirve a dos amos, termina por quedarle mala ambos. Y por último, el tono y las preguntas de Mota eran muy suspicaces, como si se oliera algo.

El comandante tomó nota mental de estos conceptos y se dedicó a observar distraídamente los gestos del imbécil ese que hablaba de invertir bien el dinero de la procu cuando una sola de sus hermanas ocupaba doce agentes como escoltas.

Mientras manoteaba el changuito aquel, Martínez rumiaba una idea tras otra. Las bajaba de su cerebro a su estómago, trataba de digerirlas y volvían de regreso. Así varias veces, rumiando. Quien lo viera, juraría que estaba muy concentrado en el monólogo del señor procurador.

De pronto se sintió agobiado y muy cansado. Resolvería este caso y se retiraría. Se marcharía con Yolanda a Puerto Arista y la embarazaría. Viviría como rico. Nunca más mierdas de éstas, ni Motas, ni asesinos, ni nada.

Pero antes, debía resolver el caso.

Unos aplausos lo volvieron a la realidad. Unos cuantos puñeteros aclamaban las idioteces que el procurador acababa de rebuznar.

Martínez se marchó en cuanto pudo a su guarida. Se sentó distraídamente en el laboratorio y empezó a manipular

los frasquitos que contenían todo tipo de venenos.

Allí había uno muy especial. Lo había robado a un químico japonés que había venido a dar una conferencia. Una tarde, mientras el oriental intentaba cantar *Cielito Lindo* en el restorán Arroyo, bien pedo, acompañado del señor procurador y varios directores de servicios de seguridad de la capital de la República, Martínez se introdujo en su habitación en el hotel Camino Real y le vació la caja fuerte, llevándose el veneno, un Rólex de oro y doce mil dólares en cheques de viajero. Desde luego, lo que había motivado el allanamiento había sido el veneno. Se trataba de una especie rarísima de curare. Este tipo de veneno ataca directamente el sistema nervioso central y en la dosis apropiada ocasiona la muerte en cuestión de segundos. Es de consistencia parecida al alquitrán y se obtiene de la corteza de un árbol del Amazonas.

Lo que hacía diferente a este curare era que el japonés ocioso había cultivado tal árbol en Japón, imitando humedad, temperatura, todo, pero lo había desarrollado nada menos que con la técnica bonsái. Después de cinco años de cuidados especiales, había extirpado la corteza del diminuto árbol y había obtenido su veneno, que era —según decía en sus conferencias— cien veces más potente que el del árbol normal.

Martínez juzgó entonces que el mundo corría un peligro innecesario con aquella sustancia al alcance de cualquiera y lo confiscó. El Rólex y los cheques de viajero se los vendió al gerente de una sucursal bancaria del centro, en cuarenta por ciento de su valor comercial, pago de contado.

Martínez nunca lo había probado, lo tenía reservado para una ocasión especial, pues con tan sólo un rasguño, la víctima caía muerta en cuestión de segundos; si era lo que se decía, el atacado no alcanzaba el piso vivo.

Devolvió el frasquito a su lugar y una vez más echó un vistazo a las víctimas de los orgasmos cósmicos. Después, al mapa sobre la pared. De pronto pensó que ya tenía resueltos

varios de sus problemas. Llamó por teléfono a Yolanda, lo cual logró al décimo intento, y la citó a las seis:

—¡Ashh!, ¡ojalá no haya manifestación ni nada! Me voy a llevar el coche.

—Aquí te espero, chiquita. Te tengo un par de sorpresas. ¿De veras? ¿qué son? Dime qué son.

—Aquí te espero, chiquita.

Nada más colgó el auricular, Martínez se dirigió al Sanborns más cercano. Necesitaba adquirir un teléfono móvil.

De regreso en su guarida, con bastante tiempo a su disposición, sintonizó el aparato recién adquirido con su interceptor. De esta forma, absolutamente todas las llamadas de la mujer, entrantes o salientes, se podían escuchar al mismo tiempo en el interceptor. Otra posibilidad era simplemente poner la grabadora y que todas las conversaciones se grabaran automáticamente al activarse el número de Yolanda.

No es que Martínez deseara espiarla por algo en especial. Para nada. Sólo que si la iba a descuidar algún tiempo, por lo menos quería enterarse de qué hacía, y con quién, la nalgona mujer. Por medio del teléfono móvil sintonizado, podría espiar a su chiquita sin que ella siquiera lo imaginara.

Después, llamó a su secretaria, quien ya iba de salida y contestó molesta.

¿Elvira?

—Sí.

—Habla Martínez. Necesito que me haga un favor.

—Sea lo que sea, no puedo, comandante. Ya voy de salida y ya se me hizo tarde. Tengo que ir a la iglesia al ensayo...

—Escúcheme: sólo necesito que me llame por teléfono a un número que voy a darle.

—Orita no puedo comandante, créame. De aquí a que tomo el microbús ya no llego.

—Escúcheme Elvira. Llámeme a las siete en punto y diga que habla de seguros La Magdalena, respecto a una póliza

para mí. Eso es todo.

—¿A las siete?

—Sí, Elvira.

—¿En punto? ¿Y nada más digo eso?

—Usted finja que es de la compañía de seguros. Siga una conversación normal, eso es todo.

—Bueno, mi com, usté' sabrá. A las siete llamo, ¿cuál es el número?

—¿Tiene con qué anotar?

Martínez le dio el número de la guarida y luego colgó el auricular y se preparó un vaso con medio litro de jugo de limones frescos y tequila Herradura blanco.

La faramalla de los seguros era una asignatura que tenía pendiente con Yolanda. Lo había prometido y debía cumplirlo.

Sin lugar a dudas, el marciano podía haberle asignado una cantidad en caso de que desapareciera. Y nada despreciable, pero pensaba que eso de alguna manera enturbiaría la relación. El dinero produce ideas muy extrañas y donde quiera que interviene más de lo necesario, trae consigo el temor y el fracaso.

Lo que sí podía hacer para tener tranquila a Yola era darle una póliza, con ella como beneficiaria en caso de que a Martínez le sucediera algo. En todo esto, sin embargo, existían algunos problemas técnicos para el comandante. Para empezar ninguna aseguradora sería tomaría el riesgo de Martínez. Con sólo verle las cicatrices o tomarle una radiografía de tórax, rechazarían cualquier tipo de solicitud.

Por eso Martínez decidió mejor que fotocopiaría una póliza y la falsificaría a su gusto, para dársela después a Yolanda. Eso la tendría tranquila. Pero con esto del asesino, no había tenido tiempo para falsificar la póliza y deseaba estar preparado por si Yolanda mencionaba el asunto.

A las seis y media sonó la clave en el tercer piso y Martínez acudió siguiendo la rutina. La chiquita venía

enfundada en una minifalda tableada, negra, con medias de red y una playerita que decía *Amo Todo*.

—Mamita, estás como pa' que te coma un burro — exclamó Martínez, imitando la voz piropera de algún pelado.

—Por eso me vine en el coche, quería venir bonita y si me ven así en el metro o en un taxi, seguro me cogen.

—Seguro, chiquita. Pásale.

—¿Dónde están mis sorpresas?

—Bueno, primero siéntate y luce tu minifalda. Yolanda se sentó y cruzó las piernas con desparpajo, mostrando los tirantes de un ligero de encaje negro, así como el final de sus maravillosos muslos.

—La primera sorpresa es ésta: voy a tener que dejarte sola varios días y eso puede repetirse en las próximas semanas.

—¿Cuándo? ¿Por qué? Ya te has ido otras veces...

—Sí mami, pero ahora empieza la temporada alta para los pedidos y tengo que vender un chingo, así que tendré que salir de la ciudad varios días.

—Esa no es una sorpresa, que digamos.

—No, mi amor. La primera sorpresa es ésta:

Martínez sacó una caja con un moño, conteniendo el celular y le dijo, como si le hablara a una niñita:

—Así podemos estar todo el tiempo en contacto. A la chiquita le agradó el obsequio. Le agradaban todos los obsequios que el viejillo le hacía. Eran como juguetitos para ella, para una niñita mimada y nalgona.

—¡Gracias, papi! ¡Y me regalaste el que no pesa! Te adoro mi vida.

El número está escrito con lápiz en la portada de las instrucciones. Si quieres, te digo cómo usar las memorias.

Mientras le explicaba a su chica cómo manejar el maravilloso aparato, sonó el teléfono fijo. Aunque lo tenían a la misma distancia, Martínez le pidió a Yolanda que contestara.

—¿Bueno?

—Sí.

—Sí, ¿quién lo llama?, un momentito por favor.

—Es para ti, de una compañía de seguros. Martínez tomó el auricular y fue diciendo:

—Sí, cómo no. No hay problema. Muy bien. Tal y como está arreglado. El domicilio es el mismo. Sí. Adiós.

Martínez le colgó a Elvira y le dijo a Yolanda:

—De la compañía de seguros. Ya tienen la póliza, me la dan en una semana. Yo creo que cuando regrese de viaje ya estará lista.

Tratando de sonar poco interesada, Yolanda dijo:

—No te preocupes, mi vida. No hay prisa. Si te vas a ir de viaje pronto, ¿por qué no me manoseas un rato como el otro día? Me gustó muchísimo.

—Eso mismo iba a sugerirte, chiquita.

—¿Cuál era la otra sorpresa?

—En la cama te la doy, muñequita.

16

Después de despedir a Yolanda, Martínez se metió un par de golpes de tequila, se colocó la sobaquera con la Magnum y salió rumbo a la telefónica. Cuando llegó eran las once de la noche y el lugar se encontraba muerto. Ya nada era como antaño, en los tiempos en que debíamos aprender a administrar la abundancia, cuando había incluso que poner guardia a las putas para controlar bien el negocio. Ahora, gracias a los estupendos manejos macroeconómicos de los tecnócratas —hijos putativos de la globalización—, el sitio se encontraba desolado.

Martínez tenía buen tiempo sin ir por allí, tal vez unos ocho meses. Solía ir con cierta frecuencia, de cualquier manera, pues el lugar siempre tenía novedades para un policía, sobre todo con la confianza que ciertas putas le tenían

al comandante. Así sabía Martínez si andaba por allí algún asesino que hubiera venido de la sierra, contratado para matar a algún pendejo. Lo primero que estos gatilleros hacían era irse con una puta a Garibaldi a quemarse la lana.

Martínez había eliminado varios de esos elementos gracias a pitazos que le daban las putas. Aquella mierda tenía que limpiarla alguien, y a Martínez le gustaba a veces este tipo de caza menor. Simplemente se esperaba a que estuvieran bien pedos y saliendo de Garibaldi los asaltaba y les metía unos plomazos con el arma reglamentaria de la policía —de esas que utilizan la mayoría de los asaltantes de la megalópolis. Nunca con la Mágnum. Esta era una parte de su cuerpo, no la utilizaba en pendejadas, y además con la reglamentaria despistaba cualquier investigación.

Las putas también daban pitazos de drogas, pero Martínez hacía tiempo que no se metía con los narcos. Sabía que se trataba de una fuerza maligna incontrolable. Bastaba con ver la sofisticación del equipo que empleaban y la cantidad de sicarios y mercenarios a su servicio para darse cuenta de que cualquier guerra frontal estaba de antemano perdida.

Martínez hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que la única manera de acabar con el narco era que el Senado y el Congreso se armaran de huevos y legalizaran las drogas.

El comandante incluso había diseñado un sencillo plan de noventa cuartillas, donde hablaba, entre otras cosas, de que el Estado debía ser el productor y distribuidor de las drogas. Las suaves, como la mariguana, en expendios estilo Amsterdam, donde cualquiera pudiera adquirir unos churros y fumárselos allí o en cualquier otra parte. En cuanto a las drogas duras, serían expandidas gratuitamente en hospitales especializados, tratando, obviamente, de ir rehabilitando a los enfermos. De acuerdo con el estudio de Martínez, al no penalizar a los consumidores —infinidad de veces detenidos

arbitrariamente y tratados como narcotraficantes—, se ahorrarían miles de horas hombre de los cuerpos policíacos, que podrían dedicarse a la seguridad pública, por ejemplo. Además, si el Estado produce, vende y expende las drogas, gana dinero al distribuirlas, gana con las concesiones de los expendios, gana con los impuestos que cobra, pues es una mercancía más y gana ahorrándose toneladas de papel y burocracia que actualmente se dedican a perseguir al consumidor y no al delincuente.

Ese dinero que se ganaría con el plan Martínez podía destinarse a la construcción de clínicas especializadas en rehabilitación de casos de drogadicción serios.

Para Martínez la mariguana no tenía ninguna importancia. Era mil veces peor el alcohol y estaba perfectamente legalizado. Ya en el terreno de los hechos, el policía prefería tratar con un mariguano que con un borracho. El mariguano nunca se ponía pesado; el borracho, siempre. El mariguano nunca chocaba su automóvil, ya que pensaba que iba conduciendo a doscientos por hora, cuando en verdad iba a veinte. El borracho siempre piensa que es piloto de carreras de fórmula uno. Así que no veía nada de malo en tener expendios de mota en un país plagado de cantinas y pulquerías.

De otra manera, la guerra contra el narcotráfico era pura mamada que los yankis habían montado como obra de Broadway. Era muy raro que aquí a cada rato se confiscaran hasta trailers completos con coca lista para venderla, y en gringolandia —destino final de los enormes cargamentos— nunca apañaban un cabrón ni con un kilo, lo cual dejaba bien claro quiénes y cómo manejaban las cosas, así que con los narcos, nada.

Por otra parte, al comandante le gustaba visitar el puterío *per se*. Tantas mujeres juntas, con sus cuerpos prácticamente al alcance de cualquiera, le provocaba una gran emoción. Tanta hembra lista para lo más íntimo producía en

el lugar una vibración única para un hombre con la suficiente sensibilidad para percibirla. Al comandante le gustaba coger. De hecho, la última vez que se había apersonado por esos lares fue más bien debido a su necesidad sexual que a otra cosa.

Todavía no conocía a Yolanda y su vida social no le producía muchas amistades. No era raro que contratara a una puta durante toda la noche. Como era un tipo con buena fama, no se intimidaban si las llevaba primero a cenar y a veces a bailar un danzón—que era lo único que Martínez bailaba—, y luego se encerraban en un buen hotel a coger hasta la mañana siguiente.

Pero esta noche su misión era otra: encontrar a sus putas de confianza y prevenirlas. Poco a poco se fue internando entre las mujeres. A cada paso, le llovían las ofertas:

—¿Un rapidito, mi nene? Nomás cincuenta.

—Te la mamó sin condón por sesenta y te vienes en mis piernas.

—Ay papi, contigo hasta de grapas me lo echaba —dijo una prostituta de unos ciento cuarenta kilos, provocando las carcajadas de todo el personal.

El comandante se fue alejando hacia la zona más exclusiva, las putas aquí eran más esporádicas. Los administradores las ponían allí porque era una parte bien iluminada, excelente para lucir la mercancía. Eran mujeres más atractivas y más caras que las primeras. Martínez pasó al lado de un par de ellas, la más joven tal vez de unos trece o catorce años, exageradamente maquillada y visiblemente drogada, quien se dirigió con voz extraviada a Martínez:

—Doscientos cincuenta y te vienes en mi culo, sin condón... ni nada —ándale, no seas puto, necesito una lana...

—Es tira, no seas pendeja... —la previno su compañera.

El comandante pasó de largo, y medio centenar de metros más adelante se encontró con Gilda. Varias veces habían bailado juntos, en la pista y en la cama. La mujer era

esbelta pero corta de estatura, tenía veintinueve años de edad y quince como prostituta profesional. Bailaba danzón muy bien, pues además era originaria de Veracruz y lo traía en la sangre. Como mujer, era punto y aparte. Antes de conocer a Yolanda, Gilda había sido el palo favorito del comandante. Además, de todas las putas que conocía, Gilda era la de mayor confianza —aunque Sampedro considerara difícil que ese tipo de mujer existiera en la vida real.

La mujer fue sorprendida por Martínez por la espalda, pero delicadamente, para no asustarla:

—Tus papeles, reina. Inspección.

—Putra madre, nos acaban de inspeccionar hace rato.

—Entonces no hay pedo, princesa.

Ella se volvió emocionada al haber distinguido de quién se trataba.

—¡No puede ser!

—Es —dijo Martínez.

—¿Qué te trae por aquí, comandante? ¿La soledad?

—No exactamente, Gilda. ¿Cómo has estado?

—De la chingada. No hay chamba y ya me asignaron un par de putitas más aquí mismo en esta esquina.

—Quiero pedirte algo.

—Tú no pides, comandante, tú tomas lo que es tuyo.

—Gracias mi vida, pero me refiero a un asunto menos agradable.

—Tú dirás, comandante.

—Si te llega a levantar un tipo que sólo quiera manipularte el chocho, no se lo permitas. No es violento, pero está medio loco y puede hacerte daño. Inventa cualquier pretexto y sal de allí. Sólo te pido que recuerdes bien sus generales, físico, tipo de auto, cualquier cosa y te comunicas conmigo de inmediato.

Martínez garabateó el número de su bíper y se lo dio a la mujer.

—Apréndetelo de memoria.

—Sí, señor.

—En cuanto a tus pupilas, tómales las placas a *todos* los coches donde se suban, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, ¿y a ti cómo te ha ido, mi comandante?

—Bien. No me puedo quejar.

—Nunca te has quejado de nada.

—Mucho ojo entonces. No pases la voz a nadie por el momento y sé muy discreta, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, comandante. A ver cuándo nos echamos un danzón.

—Muy pronto. Una pregunta, mi nena: ¿conoces o has sabido de alguna prostituta que se haya muerto de placer?

—¿Es un chiste?

—No, en serio.

—¿En esta chamba?

—Sí.

—Es un chiste.

—Luego nos vemos, Gilda.

—Bai.

Martínez volvió a la guarida. Se preparó medio litro de Herradura con un chingo de limones y se subió al cuarto piso, a manipular su interceptor. A partir de ahora, todo era cuestión de esperar.

Permaneció frente al aparato hasta las cuatro de la mañana, mientras su mente divagaba alternativamente entre las sonrientes víctimas y el culo de Yolanda, quien de alguna manera le estaba sirviendo a Martínez como un maniquí para revivir los hechos delictivos.

Después de desvestirse, Martínez la había manipulado en el sitio que a ella le agradaba y esta vez añadió la novedad de la presión en el muslo.

—¿Qué sientes aquí?

—Allí, nada marcianito, pero sígueme tocando donde te dije.

—¿Nada? ¿Ni un adormecimiento?

—Lo que tengo adormecida es la pepa y el clítoris, papito, de tantas venidas, sígueme tocando.

Para el comandante todo aquello distaba mucho de lo sexual. Era más bien una lección de anatomía práctica y fisiología aplicada. Además, deseaba registrar la sensación que podía tener el asesino en el momento previo a la ejecución. Siguió presionando el punto en el muslo de diferentes maneras y Yolanda no sentía nada extraordinario.

Posteriormente, en vez de sólo mover los dedos sobre el punto erótico de Yola, se dedicó a seguir una especie de combinación de caja fuerte. Primero un movimiento rotatorio a la izquierda, otro a la derecha, luego dos a cada lado, tres, cuatro... Esto tampoco parecía tener ningún efecto extraordinario sobre la libido de Yolanda y después de un buen rato y una buena cantidad de orgasmos de la abundante morena, Martínez suspendió el experimento.

—Ayyy marcianito, cada día me gustan más las cosas que me haces.

—¿Seguro no sentiste nada especial en el muslo?

—Seguro, ¿por qué tanta insistencia?

—Por nada. Es que leí en un libro que si presionas allí se siente más placer.

—Pues conmigo les falló.

Así parece. Bueno nenita, ya te di tus sorpresas. Me voy mañana muy temprano. Lo más probable es que esté fuera unos días, pero me comunico a tu celular.

Los ojos de Yola se encendieron ante el recuerdo de su nuevo obsequio y besó gratamente a Martínez en la mejilla.

—Gracias mi vida, así no me voy a sentir tan sola.

A las cuatro en punto de la madrugada, Martínez apagó sus aparatos y su cerebro y se marchó a dormir.

Martínez estaba acostumbrado a los rigores de la espera. Sin embargo, en este caso podía prolongarse hasta meses o años. La experiencia sería algo parecido a dejar el tabaco o el tequila. El principio era lo más difícil, después, los días irían pasando y la fuerza de la costumbre terminaría por imponerse, creando en el mundo de Martínez una nueva realidad, como lo es para aquel que deja por fin de fumar o beber.

Y no es que Martínez hubiera cazado muchos asesinos en serie. Para nada. Este fenómeno era más propio de una cultura distinta a la nuestra. En cambio, el comandante había leído y estudiado prácticamente todo acerca de ellos. Conocía a la perfección a Bundy, a Dahmer, a Gacy. Podía recitar de memoria los casos de Lucas, Chikatilo y muchos otros.

También había absorbido la literatura escrita por sus respectivos cazadores y todos hablaban de lo mismo: el tiempo de espera. Sólo aquellos que sabían y podían esperar estaban en condiciones de atrapar a un asesino en serie. Así que Martínez trató de seguir la misma rutina de siempre, llenando sus formularios pendejos y sus actas estúpidas. A media mañana, hubo un llamado general. Necesitaban elementos para ejecutar una orden de aprehensión en una casa de seguridad de un narco. Martínez hizo como que atendía al llamado y una vez fuera de la procu, se dirigió a un bar cercano a mamar tequila. No se sorprendió demasiado cuando transcurrieron los minutos y varios elementos más de la judicial fueron llegando al sitio. Muy pronto armaron una mesa de dominó. Dos horas después, regresaban y preguntaban cómo había estado todo. Levantaban reportes completamente falsos y asunto arreglado. Todo mundo lo hacía. No tenía ningún caso ir a batirse a balazos con los sicarios de los narcos, mientras éstos seguramente a esas alturas ya estaban bien seguros, fuera del país y hasta probablemente jugando al póker en Las Vegas, con sus socios yankis.

De regreso del bar, se encontró nada menos que al señor procurador. Trató de hacerse pendejo, pero el procurador lo descubrió entre la gente y lo llamó con su vocecita de tecnócrata apuñalado:

—¡Martínez! ¡Martínez!

—Dígame, licenciado.

—Qué bueno que lo encuentro. Ayer lo busqué después de mi conferencia, pero parece que se fue usted muy rápido. Me fijé que estaba usted muy atento y he pensado que tal vez nos haga el favor de formar parte de alguna de las mesas para debatir la normatividad del presupuesto.

—La verdad, no, licenciado.

Martínez no era lambiscón. Varios de sus compañeros habían llegado hasta a generales o doctores *honoris causa* con tan sólo ser buenos lamehuevos, pero él no podía ser así, eso se llevaba en la sangre.

—¿Cómo que no, Martínez?

—Verá usted, lic, las únicas mesas que yo conozco son dos: en la que me siento a tragar a veces y las que están llenas de casos sin atender.

Acostumbrado a la pleitesía, el gran pequeño funcionario no comprendía lo que decía el gangstercillo aquel. Para el procurador, todos ellos eran unos pillos.

—¿Se está burlando de mí, Martínez?

—No, señor procurador. Más bien usted de mí. ¿Sugiere que siente mi culo durante horas para formar un comité que escoja otro comité que vea la posibilidad de formar una comisión para ver de qué manera le dan en la madre al presupuesto usted y su pandilla de ineptos? ¿No se ha dado cuenta del índice de criminalidad que impera en la pinche ciudad? Yo creo, lic, que debería dejarse de juntas y comités pendejos y ponerse a trabajar en la procuración de justicia. Ese es su trabajo, ¿no?

El prepotente funcionario estaba pálido. Entre otras de sus virtudes, era amigo personal del señor presidente de la

República. Con voz temblorosa de rabia, alcanzó a decir:

—Séparse usted, señor policía, que tengo entre otros un doctorado en administración pública, de la Universidad de StanFord.

—Aquí no es Estánfor, aquí es la ciudad más cabrona del mundo, mi lic. Eso es lo que parece que usted no acaba de entender.

—Mire, Martínez, en el momento que lo desee, puedo suspenderlo y hasta cesarlo, si me apetece.

Martínez sonrió bonachonamente. Se acercó al oído del tipejo y le dijo con voz muy suave, pero igualmente helada:

—Nomás atrévete, puto.

Después se dio la media vuelta y dejó al procurador hablando solo. No era la primera vez que tenía problemas administrativos, pero particularmente en este momento no disponía de tiempo para esas tonterías. Martínez había visto nacer y morir miles de comités de todas clases. Todo eran puros proyectos que siempre terminaban archivados o en la basura. Nunca había consistencia en nada. Sólo en los últimos diez años, había habido más de siete procuradores, obviamente todos con ideas diferentes en cuanto a cómo administrar la justicia... ¡y los billetes!

No dejó que su mente se distrajera y aunque se moría de ganas por pasarse la tarde viendo todas las fotografías de la procu, no podía hacerlo, pues despertaría sospechas sobre el caso, particularmente cuando el necrófilo Mota andaba cerca.

Se dirigió a un teléfono público y marcó un número en la Procuraduría General de la República.

—¿Sí?

—¿Gómez?

—¿Quién lo llama?

—Martínez.

—¿Quihubo, tú?

—Bien. Necesito pedirte un favor.

—Tú dirás.

- Necesito ver unos expedientes.
- No hay pedo. ¿Cuándo vienes?
- Ahora mismo.
- Bien, voy a dar la orden de que te reciban.
- Sin gafete ni nada, es algo muy discreto, ¿te importa?,
- Ese es tu pedo.
- Necesito poder moverme libremente por los archivos.
- Te va a esperar un monito junto a la mesa del

Ministerio Público. El se encarga.

- Gracias, compadre.
- ¿Cómo van las cosas?
- Bien, ¿tú?
- Del carajo, pero bien, como siempre.
- Bueno, nos vemos.
- Nos vemos.

El monito en la PGR resultó ser exactamente eso, parecía un mico de organillero, sólo que de un metro ochenta. Llevó a Martínez sin decir palabra hasta el archivo general y una vez allí le dijo a la jefa:

—El señor es auditor interno. Va a andar por aquí. Por favor no lo molesten y cooperen con él en todo lo que puedan.

La decana burócrata miró con desconfianza a Martínez unos segundos y por fin dijo:

—'Ta bien.

El mico se marchó y Martínez debió escuchar varias recomendaciones de la jefa de archivos:

—Perdone, pero aquí, como puede usted ver, somos muy ordenados. Le pido por favor que todo lo que toque lo vuelva a poner en su lugar y que no manche nada de café o grasa.

—Muy bien.

—Cualquier cosa, estoy a su disposición. No trate nada con el personal, luego ni saben nada y todo lo desordenan. Todo trátelo directamente conmigo.

—Perfecto.

La masa aquella volvió a su cubículo y se arrellanó

pesadamente en un enorme sillón giratorio forrado de vinil y Martínez no pudo evitar imaginarse a qué olería el sudado culo de la tipa a las seis de la tarde.

Se procuró un café y un cenicero y puso manos a la obra. Varias veces había estado en aquellos archivos con el transcurso de los años, y en cada ocasión se encontraba empleados nuevos. El orden no era muy diferente al de los archivos de su propia Procuraduría y comenzó examinando expedientes al azar, de un año atrás a la fecha. Quería saber si en otras entidades se había presentado la misma causa de muerte. Por otra parte, no tenía nada mejor que hacer y era demasiado temprano para sintonizar el interceptor o ponerse a buscar putas de confianza.

En la PGR, los expedientes eran más numerosos aún, y muchos ni siquiera traían fotografías. De cualquier manera, había que buscar a ver si encontraba algo. Martínez vio desfilar ante sus ojos varios centenares de rostros femeninos. Algunas veces durante la tarde se había detenido ante alguna fotografía, imaginándose la historia de aquella vida. Era un ejercicio bastante ocioso, pero no podía evitar llevarlo a cabo, como le sucedía muchas veces en presencia de los cadáveres que protagonizaban el escenario de algún crimen. De pronto se encontraba pensando en lo que habían sido, qué eran esas pobres mujeres, antes de terminar podridas y olvidadas en cualquier panteón o calcinadas en un crematorio.

Afortunadamente, entre aquella colección de horrores, no había podido encontrar alguna víctima que presentara la ya tan temida sonrisa. Le habían llamado la atención un par de casos en los que a primera vista las víctimas sonreían, pero en realidad se trataba de dos pobres mujeres a quienes su verdugo les había amputado los labios, dejándolas con una enorme e inevitable sonrisa en la boca.

Martínez continuó revisando expedientes y más expedientes hasta que a las siete de la noche, al cambiar el turno del personal, se dio por vencido. Lo único que había

encontrado era un terrible dolor de espalda. Y por si fuera poco, extrañaba a Yolanda como un maldito loco.

Decidió entonces retirarse un buen rato a su guarida a recuperarse con su acostumbrado tequila con limón y algo de comer.

Tomó un coche de alquiler y se bajó una cuadra antes, para comprar algo para matar el hambre. Después, se dirigió a su cubil. Una vez que hubo devorado una buena torta de pierna y libado un par de tragos, subió al cuarto piso a entretenerse con su interceptor de llamadas.

Mientras su fino oído dejaba pasar las llamadas sin importancia, él seguía pensando en el caso: tal vez lo del muslo era sólo un punto de apoyo, más que parte de la combinación.

De cualquier manera, ¿de dónde había salido tal asesino?, ¿qué clase de hombre se ponía a investigar esa clase de chingaderas?

Cierto que la mayoría de los hombres son obsesos sexuales por mera naturaleza, pero de eso a dedicarse a descubrir una clave para matarlas de placer, había una gran distancia.

Tal vez era un médico, un ginecólogo. O un fisiólogo... o un padrote...

Martínez intentó meterse en la personalidad del asesino y mientras más lo hacía, más le parecía todo el caso en sí una perversión total. Asesinar por esa vía era el equivalente a matar niños con caramelos envenenados.

Aunque la verdadera obsesión del comandante era la técnica. ¿Cuál era la pinche técnica? Desde luego, no podía ser algo sencillo, por eso no había bibliografía ni casos parecidos. Tal vez aquélla fuera el producto de la tecnología *hi tech*: algún tipo de láser, un vibrador atómico o alguna chingadera de esas que ya no saben qué inventar. Pero sus tripas le decían que no había tecnología involucrada, sino al contrario, la dichosa técnica se inclinaba más —mucho más— hacia el

campo de la magia...

18

A las once de la noche, decidió volver a los sitios donde podría encontrar más colaboradoras de confianza y prevenirlas. Y tuvo bastante éxito. Si bien sólo consiguió a una, ésta era incondicional. Martínez se percató, de pronto, de que todas las mujeres de su confianza eran igualmente buenas bailarinas de danzón.

—Ay Martínez, qué cosas se les ocurren a estos cabrones. ¿Arranca clítoris el culero? Habría que arrancarle la verga al cabrón. Pero no te preocupes, papi, si cae en mis manos no sólo te aviso, igual y hasta me lo chingo. Ya tengo ganas hace tiempo de mandar a la verga a uno de estos hijos de su rechingada madre.

—De preferencia avísame, me gustaría interrogarlo.

—Después de sugerirle tomar números de matrículas y todo lo demás, se despidió cariñosamente de ella, con un beso en la mejilla:

—A ver qué día nos echamos un danzón, preciosa.

—Y un buen palo. El jueves es mi cumpleaños. Si quieres nos vemos.

—No es mala idea, pero orita tengo horario muy irregular, nena.

—Ahí cuando puedas, no hay pedo. ¿Tienen alguna descripción de este marrano?

Ninguna. La información la proporcionaron anónimamente. Sólo sabemos que toca... y arranca...

—Ya veremos.

—Bai, bonita, felicidades.

—Bai, amor.

Decidió no llamar más la atención por el momento y volvió a su cubil y al inevitable interceptor. El cual estuvo

canturreando hasta que Martínez decidió apagarlo e irse a dormir a las cuatro de la mañana.

Los siguientes días se sucedieron más o menos con la misma tónica. Se presentaba en la procu y se hacía pendejo todo el tiempo. A partir de su discusión con el procurador, sin embargo, comenzaron a asignarle misiones, como cateos a casas de seguridad de narcos y lindezas por el estilo. Trampas. Pero eran trampas para caza menor. Sin embargo, el señor procurador se estaba convirtiendo en un cosquilleo en el escroto de Martínez.

Obviamente, en vez de asistir a los cateos asistía al bar cercano a la procu a anesthesiarse debidamente.

Por las tardes se la pasaba casi todo el tiempo sumido en la literatura u observando las obsesionantes fotografías. Trataba de impregnarse aún más —de ser posible— del mapa, de los alfileres de cabeza roja que marcaban el sitio donde había sido encontrada cada víctima. El perímetro marcado con verde, siguiendo —salvo por la puta de Las Lomas— una ruta exacta. No creía en los síquicos, pero de tanto mirar el mapa, Martínez pensaba que podía adivinar dónde se llevaría a cabo el siguiente homicidio.

Y así como los primeros días son terribles de ansiedad para aquel que decide dejar por fin un arraigado vicio, igual le ocurría a Martínez con la espera. A esas alturas ya había elaborado decenas de teorías y masticado la famosa técnica hasta en sueños.

A veces, cuando uno de sus otros yos le sugería que tal vez el asesino ya no actuaría más, Martínez fastidiado lo (se) mandaba a chingar a su madre. Pero estaba el yo de policía profesional, y ése era el que llevaba las riendas del asunto y metía orden cuando las personalidades de Martínez discutían y entraban en conflicto.

—Ya aparecerás... —le decía en voz alta al asesino— ...y no te la vas a terminar...

Después de pasar horas y horas de esta manera, salía a

refrescarse visitando lugares de putas, buscando, encontrando, previniendo.

Al cuarto día extrañaba a Yolanda como nunca había extrañado a nadie. Y no sólo sus nalgas o sus chichis, sino toda ella. Su risa, su voz ronca y sensual, su compañía. Se había propuesto no verla mucho, para tener más capacidad de acción, en caso de que el asesino actuara en forma recurrente durante aquellos días, pero como nada sucedía, le hacía falta cargarse las baterías con ella, así que la llamó a su celular y le dijo que estaba en la ciudad y deseaba verla.

La chiquita, en vez de sorprenderse agradablemente, dijo con voz malhumorada:

—¿Hoy?

—Sí, ¿por qué?

—Es que quedé de ver a unas amigas, marciano, pero mañana temprano te voy a ver. Son unas amigas de la secundaria y me las encontré el otro día y quedamos de vernos, mi vida, luego ya sabes cómo son esas reuniones. Se empieza a chismear y nunca terminas... Si pudiera cancelaba la cita, mi amor, pero no tengo dónde localizarlas y ni modo que las deje plantadas... Además, no me avisaste que regresabas, mi vida...

—No hay pedo, chiquita. Mañana te llamo y te digo a qué horas nos vemos.

Notando la frialdad en las palabras del marciano, con otro tono más amable, la chiquita dijo:

—Llámame, marcianito. Si no, voy a pensar que ya mamá.

—Que te diviertas —acertó a decir el comandante, y colgó el auricular.

Muy poco a poco, como el efecto de una suave droga, lo fue invadiendo una sensación de terrible soledad. Se sentía como un niño pequeño abandonado en medio de la nada. Pero también sintió enojo. No mantenía a la puta para que se fuera con sus amigas, sino para estar lista en cualquier momento

para él. Pero era cierto que no le había avisado. No le gustaba haber percibido mal humor en su voz, pero igual tenía la regla... en fin...

Para distraerse, pasó la tarde elaborando la póliza falsa.

A las nueve dejó la guarida y se instaló un par de horas en una cantina. No tenía hambre y además evitaba comer, pues la comida lo agüevaba y en estos momentos necesitaba estar al tiro. Se tomó varios tequilas, eso sí, y se fumó un cigarrillo tras otro. Por un lado estaba muy satisfecho. Cada vez le quedaban mejor las falsificaciones de documentos, y eso siempre lo ponía contento, pero, por otro lado, estaba decaído, no podía evitar sentirse resentido con Yolanda.

Masticando ideas y jalando humo y alcohol, a las once salió de allí, buscó y encontró a un par de damas, platicó con ellas un rato, les dio las instrucciones pertinentes y volvió desgastado a la guarida. Sabía que no habría víctima aquella noche, pero debía estar de guardia de todas maneras.

La guardia trajo pensamientos buenos y malos. La póliza le había quedado perfecta. Los sellos, el color, las firmas, las fechas, los desgloses, los adenda, todo. Eran quince hojas completas. Ya sólo le faltaban los detalles y a Yolanda seguramente se le caerían los calzones al ver el documento. Si es que ese día llevaba calzones.

A Martínez le encantaba que Yolandita fuera tan puta, pero en su subconsciente muchas veces se inquietaba. Era tan fogosa, tan... tan... puta y estaba tan buena que Martínez sentía a veces ligeras puñaladas de celos.

A las dos de la mañana, harto de tanto pensar, se metió un buen chingadazo de tequila y se marchó a dormir. No había por qué fatigarse. Martínez estaba seguro de que el asesino volvería a atacar al día siguiente.

Justo antes de perder el conocimiento aquella noche, el comandante tuvo el último pensamiento del día: descubrió que con todas aquellas mujeres que había visto últimamente, bailaba danzón. La única excepción era precisamente

Yolanda, a quien tal arte le parecía un «aburrido baile de rucos».

El quinto día llegó por fin, y Martínez sin poder evitarlo se sentía como un niño de primaria en exámenes finales. De ahora en adelante el procurador y todo lo demás podía irse a la mierda. Todo lo que importaba era el caso. Martínez podía darse el lujo de largarse de la procu en ese mismo instante, pero deseaba tener a su disposición la infinita infraestructura de la corporación. Si el señor procurador pasaba de ser una cosquilla, habría que rascarse los cojones como es debido. Martínez no permitiría que nada ni nadie entorpeciera el desarrollo normal de los acontecimientos.

El comandante ni siquiera quiso apersonarse en la procu ese día. Si se confirmaba su teoría, por lo menos ya sabría por adelantado qué días atacaría el asesino. Podría incluso hacer que tales días se extendiera la alerta entre las putas.

Yolanda le mandó varios bipazos pidiéndole que se comunicara con ella, pero el policía no estaba de humor para sexo. Más aún, lo que menos quería ver en ese momento era un cuerpo desnudo... vivo.

Se replegó en su madriguera a sorber etílico y a repasar en su memoria cada micra del caso de principio a fin. Llamó a Sampedro y le pidió que tuvieran todo listo en la procu, que seguramente llegaría un fiambre nuevo. Llamó varias veces a Vivanco por el bíper, pero el doc brilló por su ausencia y no se comunicó para nada. Después de una hora llamó a Yola, quien insistió varias veces en ir a coger con él, sin embargo, Martínez se negó argumentando que había tenido un día terrible con los tapiceros de las salas.

Tomó un enorme baño en tina y a las diez de la noche en punto, perfectamente afeitado, perfumado y vestido, se sentó a hacer guardia frente a su aparato.

Martínez amaneció vestido, babeando sobre el aparato interceptor y con un dolor de espalda de la chingada. El sol entraba con bastante fuerza cuando vio su reloj y eran las diez de la mañana. Le entró una especie de pánico, no sabía qué hacer. ¿Qué había pasado? ¿Por qué no se había enterado de la llamada? ¿Lo había vencido el cansancio? Se fue tranquilizando al recordar que de cualquier manera Sampedro estaría de guardia y llamó a la procu, pero le dijeron que Sampedro no estaba. ¿Vivanco?, acababa de marcharse. Bipeó a ambos y para su sorpresa fue el doc quien se comunicó primero.

—¿Qué onda, mi com? ¿Cuál es la urgencia?

—¿Quién estaba de guardia anoche?

—Yo mero, mi com. Mi yerno está en exámenes finales y yo me hice cargo.

—¿Y no hubo nada anoche?

Nada mi com. Sólo tuve que abrir a un atropellado y mejor lo cerré de inmediato porque las tripas parecían...

—¿Nada?, ¿absolutamente nada?

—No mi com y descuide, ya sea mi yerno o yo, siempre estamos de guardia. Luego paso a darle unos detalles. ¿Qué lo hizo estar tan seguro de que actuaría?

—Parecía que tenía un método.

—Bueno... luego nos vemos, mi com.

—¿Doc?

—¿Sí?

—¿Tiene manera de investigar si no llegó algo a las delegaciones, o a la general de la República?

—Ya lo hice, mi com, ¿pues, qué hora cree que es?

—¿Y nada?

—Me temo que no.

—Bueno. Si hay algo, llámeme.

—Seguro, mi com.

Martínez se había creído prácticamente infalible. Pero el

asesino no había actuado. Aquel detalle echaba por tierra una buena parte de la confección que Martínez había hecho de la personalidad del asesino y se sintió de pronto muy deprimido.

Salió a comer algo y luego se dirigió a la procu, y allí al depósito de carnes frías, y le sorprendió encontrar a Mota conversando con uno de los ayudantes. Al acercarse Martínez, se suspendió la plática. Se saludaron y Mota se despidió, pues tenía una asignación. El ayudante le indicó a Martínez que Vivanco y Sampedro no se encontraban allí.

Subió a su despacho, se puso a beber, dispuesto a asesinar el día hasta volver a la rutina de la noche, esperando que este hijo de su puta madre del asesino se decidiera a actuar. Recargó la cabeza en los brazos y se quedó dormido sobre el escritorio.

Vivanco apareció a eso de las dos de la tarde y el comandante se despertó al escuchar que se abría la puerta. Tenía el rostro descompuesto y el cabello aplanado en el lado de la cabeza sobre el que se había quedado dormido.

—¿Qué pasó, mi comanche? ¿Durmiendo en horas de oficina? ¿Qué es eso?

Después de los saludos correspondientes, Vivanco preguntó:

—¿Ya comió, mi com?, tiene usted una facha espantosa.

—No.

—Lo voy a llevar a un lugar donde sirven una birria de poquísima madre.

—La verdad es que no estoy de humor, mi doc.

—Vamos, de menos humor va a ponerse aquí, tirando la hueva. Ya verá que todo mejora con el estómago lleno.

El lugar estaba bastante cerca, y como el doc tuvo el buen tino de no mencionar el caso, paladearon una de las mejores birrias que el policía había probado en su vida. Vivanco animó la comida con varios chistes y anécdotas —obscenas todas, por supuesto— y después de devorar un par de postres típicos, el comandante se sentía lo suficientemente recuperado

comopara volver al caso.

—Nada nuevo, ¿verdad?

—Bueno, sí, dos cosas. La primera, ya alerté a varias de mis mujeres, y la segunda, hay una pinche cosa que me trae un poco ciscado.

—¿Cuál es?

Ya van varias veces que veo a Mota merodear entre los cadáveres y Sampedro me ha dicho lo mismo. Antes solía hacerlo, ya ve, colecciona pezones y eso, pero ahora anda preguntando si no han llegado más fiambres con la sonrisa. A mí me late que este cabrón se trae algo.

—Yo también lo vi allí hace un rato. ¿No será que sólo quiere practicar su necrofilia?

—No creo. Parece que no somos los únicos que estamos en esto.

—Eso parece.

—Y volviendo al caso, su asesino rompió el esquema.

—Así es.

—No se desanime, mi com. Así son estas cosas.

—Sí, ya lo sé. Lo peor es que me siento como fiera enjaulada, mi doc, ya no sé ni dónde meterme.

—Pues váyase metiendo en alguna parte, porque éste puede ser sólo el principio.

—No me anime.

—Al contrario. Estoy en guardia para cualquier cosa, mi com.

—Nos vemos, Vivanco.

—Nos vemos, comanche. Y no se preocupe por la cuenta, ésta se la cargamos a la Secretaría de Hacienda.

Para empezar a llevársela fácil, siguiendo la prescripción médica, citó a Yolanda y esta vez se presentó volando. Martínez evitó a toda costa seguir complicando su relación con el caso, así que se limitó a mamarle su puntito rico y a cogérsela. En un momento determinado, el teniente se imaginó que se estaba cogiendo a una desconocida, a una puta

de paga.

La despidió bien pronto y salió un rato a divagar por el centro. A medida que fue cayendo la noche, volvió a la misma rutina. El asesino había roto un cierto esquema, pero podía comenzar con otro diferente en cualquier momento y había que estar alerta.

Volvió de nuevo a la guarida, preparó su bebida, subió al cuarto piso y encendió el interceptor. Mientras escuchaba, se sentó en el banquito de su laboratorio y preparó varias cosas: el curare bonsái, un frasco con cocaína de excelente calidad, unas tijeras y una hoja de una revista.

Recortó cuatro rectángulos de papel y llenó tres de ellos con la coca, envolviéndolos como se venden en la calle. El cuarto rectángulo, que identificó perfectamente entre los otros, lo llenó con una dosis de coca y con la punta de un alfiler lo mezcló con un poco del veneno. Muy poco. Seguramente no sería necesario mucho.

Envolvió el cuarto rectángulo de papel y examinó su trabajo. Todos los improvisados sobrecitos parecían producto de un vendedor callejero. Los dejó sobre la mesita del laboratorio, ordenó todo en su sitio y se puso a beber y pensar, como ya era su costumbre. A las cuatro en punto, se marchó a dormir.

Al día siguiente, después de comprobar con Sampedro que no había nada nuevo, se bañó y se fue a disfrutar unos pambazos. Con calma, se dirigió posteriormente a la procu.

Desde luego, no le prestó la menor atención a la montaña de papel que lo estaba esperando sobre su escritorio. Tranquilamente, se concretó a pedir una bolsa grande para basura, la llenó con todos los folders y papeles y la mandó retirar.

Elvira, mientras tanto, se dedicaba a hojear revistas para novias, embobada. De repente, se levantó de su escritorio y fue a ver a Martínez.

—Perdón, comandante, ¿me va a necesitar?

—No, Elvira, ¿tiene ensayo?

—Pus no, pero de estar aquí sentada, mejor me voy al centro a ver unos vestidos.

—Llégueme.

—Nos vemos, comandante.

Nada más desapareció Elvira, Martínez salió a rondar por los pasillos. En Averiguaciones Previas se encontró con dos comandantes más y con Mota, quien les platicaba un chiste por demás soez.

Martínez se unió al grupo, fingiendo interés. Al final, luego de unas risotadas, el grupo se diluyó y Mota y Martínez se fueron caminando juntos por un pasillo.

—Ven un momento a mi oficina, hay algo que quiero consultarte.

—Vamos.

Al llegar al despacho de Martínez, dejó pasar a Mota y cerró la puerta tras él.

¿De qué se trata, Jefe?

—Mira, hasta orita, nadie sabe nada, pero tú eres mi subalterno y debes conocer del caso.

Mota se echó hacia delante en su silla, muy interesado.

—Siga, Jefe.

—Se trata de las mujeres estas que se mueren riendo.

—Okey.

—Tengo una pista.

—Me lo imaginaba, Jefe.

—Ya lo sé. Necesito que con mucha discreción vayas al edificio de Las Lomas y consigas los videos del estacionamiento. Los que tengan, hasta el día que se descompuso la cámara, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Jefe. Hay varias, ¿verdad? Es un asesino

en serie, ¿no es cierto?

—Hasta donde sé, así es. Pero sólo tú y yo debemos saber sobre esto.

—¿Y los forenses?

—Los tengo bien controlados, no hay pedo.

—Muy bien, Jefe, ¿algo más?

—Déjame ver...

Distraídamente, Martínez sacó su bolígrafo del bolsillo de la camisa y los sobrecitos de coca que había preparado cayeron sobre su escritorio.

Mota al verlos hizo la misma cara que un adolescente al ver de cerca las primeras tetas.

—¿Y eso, Jefe?

—¡Ah!, se las bajé a un cabrón que detuve anoche, cerca de Garibaldi.

—¿Y está buena?

—No la he probado.

Martínez separó uno de los sobrecitos y se lo ofreció a Mota, quien lo abrió rápidamente y con gran experiencia se aplicó todo el polvo en ambas narinas, ayudado por la larga y afilada uña de uno de sus dedos meñiques. Al terminar de aspirar, se lamió la uña y el papel donde había estado el narcótico. Se pasó el índice y el pulgar varias veces sobre la nariz, aspirando profundamente y cuando pudo hablar, dijo:

—Putá, Jefe. Está de primerísima.

—Toma, te regalo otro, pero no te lo chingues aquí, van a creer que soy «díler».

—Órale.

—Y ya jálate para Las Lomas.

—Ya vas, Jefe. Muchas gracias por incluirme y, sobre todo, gracias por el perico.

—Nos vemos.

Martínez pensó que ya había trabajado lo suficiente por un día y se regresó al edificio de Tacuba.

Pasó la tarde bebiendo tequila y obsesionándose con el

asesino, en la noche decidió no salir y se puso todo el tiempo frente al interceptor, hasta que, sin resultado alguno, le llegó la hora de irse a dormir.

A la mañana siguiente, cumpliendo la rutina, llamó a quien estuviera de guardia. Contestó Sampedro:

—¡Mi com!, ¡qué gusto!

—¿Qué tal, Sampedro? ¿No ha habido nada?

—Nada, mi com, ¿va a ir al entierro?

—¿Cuál entierro?

—¿No se ha enterado? Al subcomandante Mota le dio un infarto, en su coche, ayer en la tarde.

—¿No me digas?

—Pues sí, lo encontraron bien cuajado aquí mismo, en el estacionamiento. Parece que se pasó de perico, mi com.

—¿A qué hora lo entierran?

—Como a las doce. Va a hablar el señor procurador y todo.

—Allí nos vemos.

—Sí, mi com, y lo siento mucho, sé que eran amigos.

—Luego así pasa, nos vemos.

—Bai, mi com.

Tratándose de un miembro de la corporación se le dispensó la autopsia para evitarle mayores penas a sus familiares.

Al entierro asistieron muy pocos miembros de la corporación, y Martínez no se decidía si era debido a que Mota no era muy querido o bien a que la amenaza del discurso del procurador había asustado hasta a los más valientes.

El entierro no comenzó a tiempo, porque al cuarto para las doce, durante el último rosario de cuerpo presente, llegó una señora con dos niñitos como de seis y ocho años, reclamando que eran hijos del difunto y tenían derecho de estar en el entierro de su padre, pero la viuda de Mota se le echó encima y la agarró de las greñas, llamándola puta, y casi logró sacarla del velatorio, cuando su hijo mayor, de unos

veinticinco años, intervino y después de un rato consiguió apaciguarlas.

Finalmente, todos juntos y en armonía, se pudo empezar con la ceremonia.

El procurador exaltó las virtudes de aquel gran policía y, desde luego, convirtió el acto en un aburrido discurso político. Mientras hablaba del difunto Mota, de su heroísmo y su lealtad a la Procuraduría y a la justicia, a la patria, Martínez pensaba que en verdad estaban enterrando un trozo de mierda: aquel cabrón había violado, robado, asesinado y torturado a su gusto. Practicaba la necrofilia y mutilaba cadáveres para su colección y ahora, de pronto, era un gran héroe. Para colmo, el procurador mencionó dos veces a Mota como caído en el cumplimiento del deber.

21

A medida que se fueron sucediendo los días sin noticia alguna del asesino, Martínez igualmente se fue adaptando a la rutina de la espera. El señor procurador armó por fin sus mesas de trabajo y tuvo buen cuidado de no invitar a participar a Martínez en ninguna. De esta manera, el comandante andaba por la procu como becado. Entraba y salía como si estuviera atendiendo mil casos, pero la verdad es que todo el día se hacía pendejo, matando el tiempo. Se había acostumbrado tanto a esperar, que prácticamente ya era lo único que hacía.

Aunque casi no había hecho gran cosa en los últimos días, su cerebro se encontraba al borde de la fatiga total y sus vísceras ya no sabían ni qué chingaos querían. Estaba muy cansado, tanto, que si no valía la pena continuar con la investigación —simplemente porque no había ninguna—, decidió que de cualquier manera se retiraría. Pero eran demasiados años haciendo lo mismo como para dedicarse

todo el día a tomar el sol y disfrutar el perfecto cuerpo de Yolanda en Puerto Arista. Así que sólo pediría una licencia temporal. Tres meses, cuando mucho. Si las cosas marchaban bien en su nueva vida, entonces simplemente no regresaría a la ciudad más contaminada del planeta. Pero si por alguna razón la chiquita o él se aburrían o las cosas no salían de acuerdo con lo programado, podría volver a agarrar su chamba.

Martínez se había deteriorado ostensiblemente. Como si hubiera envejecido muchos años en esos pocos días. Además se sentía débil y no precisamente por andar comiendo mal y bebiendo mucho. Se sentía débil por dentro. Los últimos días se había enculado aún más con Yolanda. Ya no sólo veía la libido y muchos placeres y satisfactores del ego en ella. Ahora hasta trataba de mirarla con cierto respeto, porque ya la imaginaba embarazada. Infantilmente, Martínez la soñaba caminando por la playa, el cabello húmedo, sin maquillaje, sudorosa, con un vestido de manta y nada debajo, cargando el enorme vientre que le había ocasionado el amor de su hombre. El comandante se imaginaba azules y verdes por todas partes, el aroma a yodo del mar, la brisa húmeda acariciándole la piel.

Se sentiría tal vez débil, pero no sexualmente.

Quería tener de entrada dos chavos. Los nuevos Martínez. Si a su hija nunca la había llegado a querer porque en verdad nunca la había tratado —pues entonces se encontraba muy ocupado ganándose la vida y tratando de conservar el pellejo—, ahora pensaba dedicarle a sus nuevos chilpayates todo su tiempo y su atención, bien apoyado en una buena lana, producto de los años en la chinga.

Sin embargo, el policía dentro de él no se sentía débil. Entumecido, tal vez, pero seguía a la expectativa. Ya había puesto sobre aviso a todas las putas que tenía que avisar.

Junto con Vivanco, tenían a trece mujeres alerta, bien repartidas en toda la zona. Todas las noches sintonizaba el aparato, ya sin darse cuenta, sin la emoción de los primeros días. Como si viera todo el caso en perspectiva o se tratara de una película donde el comandante solamente era un espectador.

Así pasaron diez días desde el hallazgo del último cadáver y el asesino seguía sin aparecer.

El día once, Martínez se despertó particularmente optimista. Si el asesino no había actuado en sentido contrario a la primera serie, ni modo. Si aparecía bien, si no, también. Él estaba feliz. Había soñado que tenía un hijito, pero como en los sueños, el niño ya era grande, tenía como siete años y quién sabe por qué estaba vestido de tirolés. En el cuadro de familia no faltaba Yolanda, bastante gorda, por cierto, como si estuviera embarazada de unos cinco o seis meses o bien acabara de dar a luz. Tenía un mechón de canas en el cabello y se veía todavía más sensual y voluptuosa. El niño tirolés de Martínez no tenía medida para hacer gracias y el comandante se divertía como nunca.

Había sido precisamente la risa lo que lo había despertado aquella mañana; se sentía muy bien, como si hubiera visto la luz. Nada importaba, sólo Yolanda.

Aquel día ni siquiera fue a la procu, visitó en cambio el zoológico —cosa que nunca había hecho— y allí se pasó varias horas, perdido en su felicidad. La alegría del sueño todavía tenía saldo a favor, cuando llegó a la guarida a las cinco de la tarde. Deseaba ver a Yolanda como un demente, pero el pinche teléfono celular sonó ocupado las cinco veces que

Martínez trató de comunicarse con la futura madre de sus hijos. Después de servirse un abundante trago volvió a intentar con el celular de Yolanda, pero seguía ocupado. Entonces Martínez tuvo una idea: subiría y pondría el sintonizador de su aparato, así sabría con quién hablaba tanto la pinche chiquita. Con su propio aparato, además, Martínez podía entrar en la línea o bien cortar la llamada en curso.

Con una nitidez increíble, sin un gramo de estática, el fino sintonizador reveló de inmediato las conversaciones telefónicas de Yolanda con una claridad aún mayor que la de los propios teléfonos que se estaban comunicando. Sin embargo, después de unos minutos, el comandante se dio cuenta de que estaba perdiendo su tiempo miserablemente. La mayor parte de lo que platicaba Yola en el aparato eran puras idioteces. Como niña con juguete nuevo, utilizaba el celular para todo. El comandante escuchó una conversación que duró varios minutos. Yolanda hablaba con otra mujer. Martínez comprendió que la otra seguía trabajando en el almacén donde Yola había laborado en perfumería:

—...Pus el jefe está hecho una fiera, desde que tú te fuiste. Y no se le pasa. Hubieras visto la regañiza que le metió el otro día a Malú.

—¿Muy cabrona?

—No sabes. Se ve que le gustabas.

—¿Tú crees?

—¿A quién no?, manita. Pero bueno, qué bien que te esté yendo de pelos con tu viejito. Por lo menos te tiene bien cuidadita y atendida ¿no?

—No sabes, mana, últimamente está aprendiendo unas

técnicas que ni te imaginas.

—¿De veras? A ver qué día nos echamos un cafecito y me cuentas con detalle...

—Ya vas... Oyes, y qué cuenta Malú, ¿sigue tan puta como siempre?

—Pues sí, te digo que fue la que se quedó en tu lugar.

—¿Qué pasó, qué pasó?, sin indirectas.

—Cómo crees mana...

Martínez ignoró el resto de la conversación. Se sentía aún mejor que en la mañana, la forma en que Yolanda había hablado de él, de su nueva técnica sexual, había contribuido enormemente a alimentar su reluciente ego, si bien el término *viejito* que utilizó la amiga, no le había gustado nada.

Por fin colgaron y Martínez empezó a marcar el número del celular de Yolanda cuando le entró otra llamada. Aburrido, el marciano decidió intervenir y cortar la llamada, cuando el sintonizador capturó su atención:

Una voz masculina: —¿Qué onda, mi flaca?

Yolanda: ¡Bonitooooo! ¿Dónde andas?

Voz masculina: Acabo de llegar de Juárez, flaquita.

Yolanda: —¿Estás aquí? ¿Cuándo nos vemos, bonito?

Voz masculina: —Hoy no puedo, pero mañana te echo un fon y te digo. ¿Qué onda con el vejete?

Yolanda: —Orita anda fueras, pero dijo que regresando me da la póliza. Tampoco quiero presionarlo mucho, pa' qué le buscamos... Yo me encargo, tú no te preocupes por eso.

Voz masculina: —Pus sí, mi nena, pero te me estás tardando y ya casi no tenemos billetes.

Yolanda: —Tú déjame a mí.

Voz masculina: —Bueno, mañana te llamo.

Yolanda (con una voz muy puta, que Martínez no le conocía): —Hazme aunque sea un huequito en tu agenda mi rey. No sabes cómo te he extrañado. Ya me hace falta un hombre, después de haber tenido que aguantar tanto tiempo las cochinas del pinche anciano caliente.

Voz masculina: —Es una chamba, flaquilla, no te lo tomes tan en serio.

Yolanda: —Pus sí, lo dices porque tú no tienes que coger con él, pero yo...

Bonito: —No hables de esas cosas por teléfono, te pueden oír. Ya no la hagas de pedo. Mañana te llamo. Nos vemos.

Yolanda: —Bai.

¡Clic!

Durante unos instantes, Martínez se perdió por completo en alguna otra dimensión. Parecía que hasta había dejado de respirar. Daba la impresión de que lo hubieran vaciado. Por fin aspiró exageradamente y arrojó el aire poco a poco por la boca, como si hubiera regresado de un minúsculo coma.

A partir de ese momento, su cerebro se dedicó a repetir una y otra vez —hasta el último detalle— la conversación de Yolanda con... el Bonito. Alguno de sus yos le sugirió que pensara que ésa no había sido Yolanda, sino otra persona. De cualquier manera, se quedó en el sillón como paralizado y al mirar el indicador del sintonizador sintió bastante náusea.

Los dígitos del teléfono celular intervenido estaban claramente iluminados en la pantalla de cristal y correspondían exactamente al móvil de Yolanda. Además, la voz era inconfundible.

Cuando pudo juntar fuerzas suficientes bajó al tercer piso y se bebió de golpe un tercio de botella de Herradura, por primera vez en muchos años, sin limón. Caminó hasta la alcoba, tomó aire varias veces, controló la náusea y se dejó caer sobre la cama. Con la botella de Herradura en la mano y la mirada extraviada en el cielo raso.

Aquella tarde, Martínez se convirtió en una colección sorprendente de sensaciones. Lo primero que sintió fue una infinita vergüenza, más aún que el día que lo habían violado, tantos años atrás. En aquel entonces era un niño indefenso. Pero ahora era un hombre, muy cabrón y bien curtido y lo había violado una putita mucho más joven que él. Tirado allí, bebiendo directo de la botella, también pudo sentir cómo un odio desconocido le iba llenando todo el cuerpo. A intervalos, acariciaba la culata de la Magnum en la sobaquera y murmuraba...

—Hija de la verga... pinche puta de mierda... ¡bonito!...

Se le perdía la mirada mientras las yemas de los dedos presionaban la culata de desgastado encino...

—...te vas a morir, puta. Los dos cabrones, a los dos juntitos los va a pasar a buscar la verga...

Desde luego, tendría que matarla. Esas cosas no podían perdonarse. Las palabras *vejete* y *las cochinas del anciano* se le metían hasta por el culo, causándole innumerables fisuras. A ratos sentía como cólicos en el alma...

—...hija de tu puta madre...

Luego mamaba más tequila y de pronto le entró un gran sentimiento y se puso a llorar, sin consuelo. Nadie hubiera podido imaginarse tal escena en un hombre como aquél. Se sentía un completo fracasado. Toda su vida esperando un caso de asesinato en serie. Ahora *el caso*, nada más lo estaba volviendo más pedo y más loco —lo de Mota era un ejemplo— y además prácticamente el puto caso ni existía fuera de su mente y la del otro par de pendejos de los forenses. Aparte de las muertas, no había nada tangible, todo eran pinches teorías e hipótesis de mierda. Y aunque llegara a triunfar —cosa que en ese momento dudaba más que nunca— ya había llegado a la conclusión de que jamás podría publicar nada al respecto, pues todo mundo desearía saber la técnica.

Y ahora esto: cuando había pensado que era más feliz que nunca, cuando se soñaba paseando por la playa con la panzona Yolanda, sudorosa y bellísima...

—...hija de la chingada... te voy a matar cabrona... a los dos hijos de la chingada... ya verán cabrones... ¡puta!... se van a aprender la cara de la chingada de memoria... ¡ojetes...!

De cualquier manera, aquella noche, después de levantar del piso lo poco que quedaba de su personalidad, Martínez volvió al fatídico aparato y sintonizó Homicidios.

Pensó en aniquilarlos aquella misma noche, los haría beber nitro y luego los lanzaría desde lo alto de un puente en la carretera de Acapulco. Pero antes a ella le vaciaría en la pepa un tanque de gas para encendedor y cuando la tuviera congelada como cristal, se la rompería a martillazos... ¿Y al pinche Bonito?... ¡Ya vería, el muy cabrón! Le cortaría la verga

y se la daría de tragar a un marrano, después, le daría de balazos al marrano... en fin...

—¡Malditos...! ¡...Malditos hijos de toda su reputísima y chingada madre...!

Así se dispuso a pasar la velada esperando tener noticias del asesino —su otro fracaso— pero para su fortuna, la gran cantidad de tequila que había ingerido se lo llevó rápido a otro espacio y tiempo.

El día siguiente sorprendió a Martínez hecho una mierda. Estaba tirado sobre el piso, todo vomitado. El interceptor seguía funcionando y unas voces perdidas sonaban como una extraña música de fondo. Una botella de Herradura se había volcado en el piso y todo apestaba a alcohol rancio. Después de unos segundos, cuando terminó el inventario de quién era y qué hacía allí, lo primero que le vino a la mente fue la conversación de Yolanda con el Bonito, y Martínez quiso imaginarse que todo había sido una horrible pesadilla.

Como pudo, bajó al tercer piso y se metió a bañar alternando el agua fría con caliente. Nunca había experimentado una resaca semejante. Cuando se sintió más o menos mal, ya no terriblemente, sino sólo con un gran malestar, salió de la ducha, se cepilló los dientes y se afeitó. Se echó un par de gotas en los ojos, que los tenía rojísimos, y se aplicó loción abundantemente.

A continuación, se sirvió un buen trancazo de tequila con limón y se sentó a beberlo en la cocina, desnudo. Después de controlar la náusea inicial, el tequila fue aliviándolo considerablemente. Media hora y otro tequilita más tarde, el

comandante se sentía como resucitado.

Desde luego que lo de Yolanda dolía —y un chingo—, pero poco a poco el Martínez policía iba tomando cartas en el asunto y controlando al enamorado pendejo.

—Te tenías que haber dado cuenta.

—Pues sí.

—Eres un pendejo.

—Es cierto.

Sin embargo, algún otro Martínez sugería esperar un poco. Podía tratarse de alguna equivocación. Una broma. Un mal entendido.

—Mis huevos —se dijo, pero se dirigió de inmediato al aparato interceptor y colocó un carrete en la grabadora, el de mayor capacidad, y a continuación sintonizó debidamente el aparato con el celular de la presunta traidora. Martínez se había dispuesto a confirmar el idilio y después a actuar en consecuencia, pero en el fondo, sabía que todo era cierto. Lo habían traicionado de la manera más perra.

—Vejete pendejo.

Irónicamente, la puñalada traperera de Yolanda llenó a Martínez de una fuerza que hacía mucho no sentía. La fuerza del odio, seguramente. Comenzó por llamar a Vivanco y a Sampedro, sólo para comprobar que la noche anterior tampoco había habido nada. A diferencia de los días pasados, Martínez no se sintió decepcionado, aquello sólo contribuyó a acicatearlo. Además, ahora tendría bastante trabajo que hacer para mitigar la ansiedad y la espera. Una vez que su pulso y en general todo el sistema hubieron mejorado, se vistió y salió a la calle. Tomó un coche de alquiler al sitio donde había

saboreado la birria con Vivanco. Mientras devoraba el platillo, decidió que lo primero que debía hacer era seguir a la cabrona de la chiquita. Repitió el platillo, acompañado de un par de tequilas con limón y salió de la cantina bastante repuesto. Volvió a la guarida y escuchó lo que la grabadora había registrado. No le costó mucho trabajo identificar una conversación con el Bonito:

—¿Qué *pachó*, flaquita?

—Boniiiiitooo. ¡Qué bueno que me llamaste, papito!

—Siempre cumplo mi palabra, flaca, qué onda, ¿nos vemos?

—¡Pero claro que sí!

—Tengo que arreglar un par de cosas en la Zona Rosa. Nos podemos ver en la glorieta del metro, donde está la cafetería pintada de rayas, ¿ya sabes cuál?

—Sí, donde cenamos una vez, que veníamos de ya sabes dónde.

—Esa mera, a las cinco.

—Claro que sí, precioso, ¿me llevo mi camión?

—Huy flaquita, no. Estoy ocupadísimo y voy a tener que regresarme a Juárez. Sólo te puedo ver un rato, si no, mejor otro día.

—No. Hoy... hoy está bien, bonito, allí te veo alas cinco.

—Ah, oye, a ver si tienes algo de lana, porque orita ando bien erizo.

—Tengo poca, pero te la llevo, mi rey.

—Bai.

—Bai.

Martínez no pudo dejar de sentir una gran humillación,

pero no se dejó llevar por las circunstancias. Apenas eran las dos y se acostó a dormir un rato. A las cuatro y media ya estaba en la glorieta de Insurgentes. Una vez allí, reconoció rápidamente el terreno y se instaló en una discreta mesa de una cafetería vecina a la de rayas, aunque a esa hora había tanta gente que podría haber estado parado frente a Yolanda y ella tal vez no lo hubiera reconocido. Yolanda apareció al diez para las cinco. El comandante no pudo dejar de admitir que estaba guapísima. Lucía unos vaqueros negros bien ajustados y una blusa del mismo color. Muchos de los hombres que pasaban a su lado se volvían a mirarla. Consciente del interés que causaban sus respetables nalgas, la chica se recargó en una pared y unos minutos después apareció el presunto bonito. Martínez no lo podía ver bien desde donde se encontraba, pero se veía un hombre joven, delgado y alto, de cabello largo y negro. Desde su escondrijo, el comandante tuvo que presenciar cómo se besaban sin recato alguno, pero sólo unos instantes, porque bien pronto partieron de allí. Entonces entró en acción el perro Martínez y comenzó a seguirlos. A unas cuadras de la glorieta, la pareja se metió a un hotel.

Martínez se pasó casi tres de las peores horas de su vida esperando a que salieran. Muy a su pesar, la mente del comandante no dejaba de fantasear sobre las cosas que aquel hijo de la chingada le estaría haciendo a la chiquita.

Por fin, cerca de las ocho de la noche salieron ambos bien bañaditos. Se despidieron en la esquina, donde ella tomó un auto de alquiler y el Bonito se fue caminando y se internó en la Zona Rosa, sin sospechar que traía un perro siguiéndolo

a todas partes.

La noche anterior había llegado bastante cansado y no había querido ni siquiera acercarse al aparato interceptor. En la mañana llamó a Vivanco y a Sampedro para informarse, pero le contestaron lo de costumbre: sin novedad alguna.

En muchas mejores condiciones que la mañana anterior, pasó un buen rato revisando en la grabadora las llamadas de la chiquita, pero no encontró nada interesante, ninguna voz masculina.

Se bañó y salió a comerse un menudo. De regreso a la guarida, hizo una recolección de lo que llevaba averiguado. El Bonito se llamaba Nataniel y vivía en la calle Sevilla en un edificio medio pinche. Lo había seguido hasta allí después de que el cabroncete se dignó cenar y visitar un par de bailes de tetas o *table dance*, de baja categoría, donde se notaba que era bastante conocido. El Bonito estuvo bebiendo ron con Coca-Cola y a intervalos salía a la calle a quemarse un churro. Martínez lo siguió a la calle una de estas veces y vio cómo Nataniel discutía con una de las bailarinas. No pudo captar todo, pero se notaba que el hombre le reclamaba dinero:

—...es que hoy casi ni he bailado, tesoro...

—No te hagas pendeja, dice Mendoza que les bailaste un buen rato a unos pinches gringos.

—No es cierto, sólo fueron tres canciones.

—Pues como tú quieras reina, si vas a empezar ahacerte

pendeja, mejor te buscas otro cabrón que te cuide, yo no me la voy a estar rifando por tu culo a cambio de nada. Eso sí, nomás acuérdate de lo que le pasó a la Lucy cuando dejé de cuidarla.

La pobre mujer se sacó unos billetes de entre sus escasas ropas y se los entregó al Bonito, quien después de contarlos, volvió al baile de tetas como si nada.

Martínez estuvo viendo nalgas, chichis y pepas al por mayor, mientras degustaba sus tequilas con limón y no le perdía la vista de encima a Nataniel, hasta que a las dos de la mañana, este último, bien pedo, firmó la cuenta y se fue caminando a su madriguera.

Martínez lo seguía de cerca y más de una vez sintió cosquillas en los dedos y el absoluto deseo de balacear al cabrón aquel que tanto daño le había ocasionado. Sin embargo, logró contenerse. Estaba muy adolorido por lo de Yolanda, pero lo peor ya había pasado y había que hacer las cosas profesionalmente.

De la misma manera, haciendo alarde de paciencia, estuvo controlando las llamadas del celular de la chiquita. No sabía exactamente qué estaba esperando oír, pero a eso de las tres de la tarde, una amiga llamó a Yolanda y quedaron de verse en el centro comercial de perisur, a las cuatro en punto.

Martínez se dirigió al edificio donde vivía la chiquita, cerca de la embajada rusa. La vio salir en el Volkswagen al diez para las cuatro.

«Ya se le hizo tarde, como siempre», pensó el comandante.

Dejó pasar quince minutos, para evitarse sorpresas, y

luego se puso a merodear disimuladamente la entrada del edificio. Ya estaba pensando en utilizar sus habilidades para abrir la puerta, cuando una señora en tubos y pañoleta salió sin prestar la menor atención a Martínez, y éste se introdujo en el inmueble. Por supuesto, el portero no estaba por ninguna parte y el comandante tomó el ascensor hasta el cuarto piso.

Aprovechando que el pasillo se encontraba desierto, extrajo sus ganzúas de un pequeño estuche y unos segundos después se encontraba dentro del apartamento de la chiquita. Curiosamente, nunca antes había entrado. Sólo había estado allí un par de veces y en la puerta, porque Yola no lo dejó pasar argumentando que había mucho tiradero. Y tenía razón. La chiquita era una auténtica puerca: envases vacíos de refrescos y cervezas, platos desechables sucios por doquier, cajas vacías de pizzas, brassieres y calzones regados por todas partes; la cama sin hacer, en fin, un desastre. Martínez se concentró en la alcoba, ignorando el resto de aquel basurero. En un cajón de la cómoda, dentro de una caja que había sido de chocolates, había varias fotografías, un acta de nacimiento a nombre de Ana Patricia Wooten, un certificado de secundaria, con el mismo nombre, y una foto de Yolanda, muy joven, en cola de caballo. Martínez encontró asimismo un par de licencias de conducir, una emitida por el gobierno de Tabasco y otra por el del estado de Morelos. Ambas lucían la fotografía de Yolanda, pero con nombres distintos. En el fondo de la caja, estaba la factura del vw que le había regalado y debajo de ésta, nada menos que dos pólizas de seguros de vida, una de América y otra de La Provincial. En ambas, el

beneficiario era distinto. En la primera, aparecía el nombre de Ana Patricia y en la otra se llamaba Margarita Isabel Vergara. Ambas pólizas habían sido obtenidas el año anterior. Martínezapuntó los datos de los asegurados, así como los números de las licencias y las fechas en que habían sido emitidas. Después devolvió todo a su sitio y se dedicó un rato a divagar por el apartamento, pero como no encontró más que mierda, salió de allí sin prisas.

Como no tenía nada mejor que hacer, regresó a la guarida caminando, mientras sus pensamientos se ocupaban del Bonito y Yolanda —o Ana Patricia o Margarita Isabel.

El paseo le sirvió bastante, se recostó sobre la cama y se quedó profundamente dormido. A las nueve de la noche, salió a comer algo y regresó a su puesto frente al transmisor, sintonizó la banda de Homicidios y se dispuso a aguardar noticias de su asesino, aunque —hubo de reconocerlo—, por el momento, tenía cosas más importantes en que pensar.

Hacía una auténtica noche de perros. A pesar de llevar tantos años trabajando en lo mismo, Gilda no acababa de acostumbrarse a la intemperie. Una ráfaga de viento helado le subió por las piernas y le apuñaló las nalgas. Tenía las pantorrillas adormecidas y no podía descruzar los brazos, pues sentía que se le estaban congelando los pezones. Como siempre que se sentía así, deseó haberse tomado una píldora o algo. Pero ella nunca tragaba ya nada. Y sólo con Martínez

bebía. Aunque a veces se metía sus churros y una que otra vez —si le convidaban, porque era un vicio que no podía darse el lujo de tener— un perico. Pero aquí no había perico y había dejado de fumar mariguana mientras trabajaba, desde una noche que le ofrecieron una *cannabis* muy rara, tan rara —y *tan buena*—, que terminó cogiendo con dos cabrones bien bicicletas que ni siquiera le pagaron. Aquella mariguana no le dejó voluntad para levantarse. Casi paralizada, permaneció tirada en un sillón casi dos horas después de que los dos ojetes se marcharon, llevándose con ellos varias cosas de Gilda: sus bragas, su liguero y su bolsa, con una pistolita calibre veinticinco y trescientos pesos dentro.

Pero todo eso pertenecía al pasado, ahora mismo estaba preocupada por cosas más serias: casi no había trabajo y, como decía un cliente de ella que trabajaba en un banco:

—Cuidado cuando no haya billetes para putas y chupe, porque entonces sí se arma.

Ahora las cantinas, antes llenas a reventar, se encontraban medio vacías. Aquellos que en el pasado se habían escudado en sus tarjetas de crédito habían perdido la última batalla, declarándose en suspensión de pagos. A casita y a armar el dominó en un sitio más barato.

En cuanto a las putas, Gilda se imaginaba que gracias a la crisis, las amas de casa estarían siendo ahora mucho mejor atendidas por sus maridos y sus compadres.

Ya llevaba varios meses mal de lana y, para colmo, le habían asignado en su esquina a otras dos prostitutas, más jóvenes, para que fueran aprendiendo.

Ya habían levantado a una —de unos diecisiete años— y

la otra —más o menos de la misma edad—tiritaba como loca.

Gilda se acercó a consolarla:

—¿Qué onda, manita?

—¡Putra madre! ¡Pinche frío! ¡Y es casi verano!

—Tómalo con calma, mami, siempre es así en esta época del año. Más vale que te vayas acostumbrando. Luego vienen las lluvias y es peor. Aunque cuando llegan los calores y la pinche canícula el calor es insoportable y los clientes sudan a madres. Unos huelen peor que pinches marranos...

La prostituta joven suspiró fastidiada y dijo, cortante:

—¡Ash! Mejor ya no me consueles, mana.

En eso estaban cuando se detuvo un automóvil frente a ellas.

Gilda le dio un ligero codazo a su joven colega para que la siguiera, como una maestra a su alumna,y se acercó a la ventanilla abierta del vehículo.

Gilda siempre miraba a los clientes a la cara, mientras regateaban el precio y las condiciones del trabajo, pero en realidad nunca se fijaba en ellos, excepto cuando se trataba de tipos raros o con muy mal aspecto; por lo demás, para ella todos eran iguales. Difícilmente podía recordar después de una noche de cuatro o cinco clientes quién era quién o cómo era el primero de ellos o de qué manera se la habían cogido o qué habían dicho.

Nada.

Además, ya habían pasado los tiempos cuando soñaba que alguno de sus clientes se enamoraría de ella y la rescataría de la maldita profesión.

Gilda se encerraba en sí misma desde el momento de la

negociación hasta que volvía a su esquina o al diminuto apartamento donde vivía, una vez cumplido su turno.

Mecánicamente, fingiendo una voz dulce y sensual, Gilda ronroneó:

—¿Qué pasó, mi rey? ¿vas ir?

El hombre no contestó, solamente le hizo señas a la más joven para que se acercara. La aprendiz no pudo evitar sentirse halagada y Gilda retrocedió unos pasos para supervisar la operación.

—Doscientos y el cuarto —dijo apresuradamente la joven ramera. La pobre deseaba resguardarse del frío lo antes posible.

El hombre aceptó.

Como era el final de su turno, se despidió de Gilda con un beso en la mejilla.

—Cuídate —le dijo Gilda.

—Bai.

La prostituta montó al automóvil y partieron.

Aunque el hombre no tenía mal aspecto, siguiendo el consejo de Martínez, Gilda memorizó el número de la matrícula.

Martínez se había ido a la cama a las cuatro de la mañana, como ya era la costumbre durante sus guardias. Había saboreado mil y una formas de venganza contra el Bonito y la puta de las licencias falsas. Sin embargo, no había

podido captar nada importante en la frecuencia de Homicidios.

A las doce del día se apersonó en la Procuraduría. No porque quisiera atender sus estúpidos e inútiles pendientes, sino que no deseaba despertar demasiadas sospechas con su ausencia.

Su escritorio estaba plagado de basura: órdenes de aprehensión, actas por llenar, dos reportes de una incautación de piezas de coche robadas, donde se suponía que Martínez había participado en el operativo y que debía firmar de recibido, y otras chuladas por el estilo.

Comenzó con las órdenes de aprehensión: una a una, después de leer el nombre a quien iba dirigida, las iba metiendo en el triturador de papeles. Casi al final, había una impecable, parecía que la acababan de hacer. A Martínez le gustó el documento y lo metió en un fólder para llevárselo con él. En eso estaba cuando llegó Sampedro.

—¿Puedo pasar, mi com?

—¡Claro!

—¿Ya se enteró?

—¿De qué?

—Del nuevo fiambre.

—¡¡¡¿Quéee?!!!

Sampedro iba a empezar a hablar, pero Martínez le ordenó silencio con una seña y a continuación lo tomó del brazo, sacándolo de la oficina.

Aquí las pinches paredes oyen, vamos para afuera.

Una vez en la calle, Martínez preguntó ansioso:

—¿Cómo que otro fiambre? ¿Cuándo? ¿A qué horas?

—Esta madrugada, mi com. Misma técnica, mismo *modus operandi*, mismo todo.

Mientras fumaban afuera de la Procuraduría, Sampedro puso al tanto de lo que sabía al sorprendido Martínez, quien seguramente no había escuchado el reporte de Homicidios por estar tan clavado en sus pensamientos de venganzas y chingaderas de ésas.

—¿Por qué no me llamaron?

—Debe de tener varios recados en su bíper.

Martínez se llevó la mano a la cintura y revisó el aparato. Efectivamente, tenía cuatro recados. No se tomó la molestia de leerlos, en cambio, urgió al futuro abogado:

—¿Prostituta?

—Sí, mi com, en un hotel de paso, cerca de la telefónica.

—¿La tienes allá abajo?

—No, mi com. Yo ni siquiera la vi. El que se hizo cargo fue mi suegro. Me dijo que ésta no tendría que molestarme en abrirla. Parece que llamó a los carroñeros.

—¿Pero Vivanco sí la vio?

—Sí, mi com. Le borró la sonrisa y diagnosticó ataque cardiaco. Gracias a las muchachas de Asignaciones, llegó allí primero que nadie.

—¿Algo más?

—Nada más, mi com. Me dijo que si lo veía le explicara y que no se preocupe por nada, que él mismo se encargó de todo y que luego le da detalles.

Martínez había confiado en Vivanco siempre, pero no en este caso, así que se le quemaban las tripas por saber qué había sucedido. No dejaba de maldecir, a él mismo, al Bonito

y a Yolanda, pues por su culpa no se había enterado del homicidio a tiempo. Tendría que haber estado allí personalmente. Sampedro debió de haber notado que Martínez no estaba de humor, porque no intentó ninguna de sus peroratas y volvieron en silencio a la procu, cada quien a lo suyo.

De inmediato, el comandante llamó a Asignaciones y exigió que lo comunicaran con Vivanco a como diera lugar. Martínez utilizó el tono que no admitía reclamación alguna. Bueno, en teoría, porque la mujer de Asignaciones no pudo quedarse callada:

—Ay, comandante, es que todas las líneas están ocupadas.

—Pues te vas a buscarlo personalmente si es necesario.

—¡Ay, comandante!

Vivanco se comunicó veinte minutos después y sin hablar demasiado al teléfono, quedaron de verse en el sitio de la birria. Antes de salir a la cita, el comandante terminó rápidamente con su trabajo de escritorio, juntó todo el papelerío sin verlo siquiera y lo metió en la picadora de papel.

Hora y media más tarde, el comandante le dio unos tragos a su tercer tequila y se estaba empezando a desesperar cuando el doc apareció en escena.

—Mi com, ¿qué dice?

—Aparte de estarlo esperando hace más de una hora, no mucho. Más bien el que debe decirme es usted.

—Qué humores, mi com, seguro no ha comido, ¿verdad? Échese unos taquitos de tuétano, ya verá cómo se le calma la furia.

A pesar de todo, Martínez tenía apetito y la sugerencia le pareció perfecta. Comieron sin mencionar el caso como si se tratara de un valor entendido. La presencia del archivo móvil aquel que devoraba tacos de tuétano y hablaba con la boca llena, contando un chiste tras otro, lo había hecho sentir muy bien. Después de un rico postre y de que Vivanco ordenara un ronquito campechanito como digestivo, empezó la conversación:

—Ora sí, mi comanche, soy todo suyo. —Platíqueme cómo estuvo la cosa.

—Bueno, me imagino que mi yerno ya le habrá contado casi toda la historia. Pero la cuestión es muy sencilla: como a las dos y media de la madrugada, en medio de una semifinal de dominó, cuando estaban a punto de ahorcarme la mula de seises, una chava de Asignaciones me llamó y me dijo que había un fiambre en un hotel cerca de la telefónica, así que utilizando como pretexto la urgencia del trabajo, salvé la dignidad en el dominó y me fui hecho la chingada al lugar de los hechos. Ya sabe, un hotel de paso, igual que todos. La mujer tendría unos dieciocho años o así. La pinche sonrisa y el orgasmo eran inconfundibles.

—¿Seguro, mi doc?

—Su duda me insulta, comanche.

—Perdón mi doc, pero es que hubiera querido verla con mis propios ojos.

—Pus sí, pero le mandé un chingo de bipazos y no se presentó.

—Es que no traía el bíper conmigo. —Era cierto, lo había dejado en la cocina al llegar, junto con sus llaves.

—Pues mal hecho. Fíjese que tanto mi yerno como yo, desde que empezó esta emergencia hasta nos ponemos el bíper en los calzoncillos al acostarnos.

—No se la jale, doc.

—En serio. Pero bueno, la cosa es que llegué antes que nadie. Lo primero que hice fue deformarle el rostro a la pobrecita, antes de que llegaran los uniformados y su desmadre, luego llamé a mis carroñeros de cabecera y se presentaron media hora después. No tuvieron dificultad en llevársela porque yo ya había firmado el certificado de defunción. Nadie sospechó nada. Es increíble cómo puede cambiar la importancia de un cuerpo, de una persona a otra. Fíjese: el del tal Lenin, por ejemplo, que hasta lo exhiben y todo, y en cambio el de una prostituta se lo puede llevar cualquiera y ni a quién le importe...

—Así es este pinche mundo, mi doc.

—En fin... estos chavos se llevaron el cadáver. Lo preferí de esta manera, porque no sabemos si Mota actuaba solo, así que para no despertar sospechas mejor lo despaché de inmediato.

—Bien pensado, ¿algo más?

—Nada más, mi com. Por lo menos, ya volvió a actuar, ¿no?

—¿No lo llamó ninguna puta de confianza?, ¿nada?

—Nada, mi com. Y qué mala suerte, porque seguro que la víctima era una putita de la telefónica.

—Sí, ¡pinche suerte!

—Bueno, mi com, me voy.

Vivanco se puso de pie y se arregló la corbata. Con una

uña se quitó un trocito de carne de entre los dientes y lo observó con atención, antes de arrojarlo despreocupadamente al espacio. Martínez siguió con la vista el proyectil, hasta que aterrizó en otra mesa.

Vivanco finalizó la reunión diciendo:

—Bueno, mi com, ora sí allí le dejo la cuenta, porque hoy no traigo mi cédula de Hacienda.

26

Martínez regresó a la guarida muy cansado, todos los acontecimientos de los últimos días por fin habían dejado sentir su peso demoledor. Se recostó con la intención de levantarse a eso de las nueve e irse a vigilar al Bonito, pero a las diez se despertó con una modorra espantosa, se desvistió, se puso el biper en el elástico de los calzoncillos y se quedó profundamente dormido.

Al día siguiente aprovechó la mañana haciendo algunas llamadas, desde teléfonos públicos distintos. No era una maña, en esta ciudad nadie sabría con exactitud cuántos teléfonos estaban intervenidos y mucho menos por quién, así que era mejor ser cuidadoso.

Primero marcó el número de la procu, el departamento de carnes frías. El buen Sampedro estaba de guardia:

—Mi com, muy buenos días, ¿qué cuenta?

—Nada, ¿y tú?

—Nada, mi com, sin novedad. Fíjese que he estado buscando no sólo en libros de medicina, también me he

metido un poco a la mitología y...

—Luego hablamos.

—Sí, mi com. Claro.

—Nos vemos.

Desde otro teléfono, marcó un número de la Procuraduría General de la República.

—¿Sí?

—¿Gómez?

—¿Quién lo busca?

—Martínez.

—Quihubo cabrón, ¿cómo andan las cosas?

—Bien, ¿y tú?

—Del carajo, como siempre, pero bien. —¿Qué se te ofrece, mi hermano?

—Oye, ¿todavía trabaja para ti aquel investigador de seguros?

—¿Cerrilla?

—Sí.

—Ya no sólo trabaja para mí, ya hasta lo hice mi compadre. Es poca madre ese cabrón.

—¿Crees que le pueda encargar un trabajito de absoluta confianza?

—A toda prueba.

—Bueno, dame su teléfono.

Se tomó un pequeño descanso en una cantina y desde allí mismo llamó a Cerrilla:

—¿Cerrilla?

—¿Sí?

—¿Cómo estás?, te llamo de parte de Gómez para...

—Sí, acabo de hablar con él, ¿en qué te puedo servir, manito?, ¿o prefieres mejor que nos veamos para tratar el asunto en persona?

—No creo que sea necesario. Sólo quiero pedirte que me investigues sobre dos pólizas de seguros de vida.

—Claro que sí, pásame los datos.

Martínez le facilitó la información: compañía emisora, número de póliza, fecha de expedición, cantidad contratada...

—Muy bien, en cuanto tenga algo me comunico.

Martínez le dio el número de su bíper y colgó. Se tomó un tequila bien servido, para darse valor, y por último, realizó la llamada que estaba dejando para el final, por considerarla la más difícil:

—¿Bueno?

—¿Chiquita?

—Mi marcianito, ¿cómo estás?

Martínez se quedó estupefacto una fracción de segundo, ¿cómo era posible que aquella perra pendeja fuera tan buena actriz?

—Muy bien, chiquita, ¿y tú?

—Bien, ¿dónde andas?

—Voy a estar en la ciudad el día de hoy. Si quieres nos vemos.

—Orale.

La citó en la guarida para esa misma tarde.

Volvió al edificio de Tacuba y se dedicó a hacer la limpieza. No quería que su cubil se pareciera en nada a la porqueriza donde habitaba Yolanda. A continuación se afeitó, se cepilló los dientes y se puso guapo. Para matar el tiempo

hasta la hora de la cita, se dedicó a estudiar su mapa de la ciudad. Por supuesto, ya existía un alfiler rojo en el lugar donde se había producido el último asesinato. Ahora, la zona marcada con verde estaba aún mejor delimitada que antes. El único alfiler que se salía de contexto era la mujer de Las Lomas.

Por fin sonó la clave en el tercer piso. Martínez cerró la puerta de los archivos y bajó a abrir, no sin antes revisarse en el espejo. Y no porque quisiera competir físicamente con el Bonito, ya que, de hecho, el hijo de puta sí era muy bonito —y muy joven, no un vejete—, pero tampoco deseaba que hubiera demasiado de donde echar mano para criticarlo.

El comandante había pensado varias veces en ese encuentro —el primero desde que había descubierto la traición de la chica— y en cierta forma le preocupaba cómo iba a responder. Pero el Martínez que estaba a cargo era el policía, no el romántico enamorado, y controló la situación perfectamente bien.

Curiosamente, nada más tenerla frente a él, Martínez tuvo una enorme erección y, prácticamente sin hablar, se la llevó a la cama. Sólo que ahora lo único que quería era coger como un pinche animal. Le valían madre los experimentos y las combinaciones en el punto que a ella le gustaba.

En cambio, le abrió y levantó las piernas exageradamente y se puso a golpearle el clítoris con el crecido pene. Como seguramente también le hacía el Bonito.

Aquella tarde Martínez logró una hazaña que hacía mucho no conseguía: se echó tres palos. El teniente y Yola estuvieron fornicando durante cuatro horas y al terminar,

llena de semen del comandante por todos lados, la traidora aquella, la mujer en quien Martínez había encarnado sus sueños —de vejete cochino—, exclamó con voz de niña mimada:

—Ay marciano. Cada día coges mejor, ¿sabes?

El marciano ya no sabía qué creer y qué no, pero la verdad era que se había lucido. Descubrió además que toda su vida se había dedicado a que sus compañeras sexuales tuvieran una buena sesión, y esta vez no había sido así. En esta ocasión, sólo había buscado su propio, egoísta placer y lo había encontrado.

Mientras Yolanda se vestía —lo cual era un espectáculo tan erótico como cuando se desnudaba—, él comentó:

—No creas que me he olvidado de la póliza, chiquita, es sólo que parece que me encontraron los pulmones medio jodidos y van a hacer un ajuste en el precio. En cuanto esté lista te la doy, para que estés más tranquila.

—Ay, mi marcianito. Tú ya sabes que eso ni me importa. Si no fuera por la pinche seguridad... ¿Y qué te encontraron en los pulmones, mi nene?

—Nada grave, pero como fumo un chingo, me van a cobrar como el doble de lo normal.

—Ay, mi vida, cuántas molestias te doy.

—No te preocupes, mi chiquita. *Vale* la pena.

Aquella noche, mientras Martínez se encontraba de guardia frente al interceptor, pensando en Yolanda, en todo lo que había sido para él y en lo que era ahora, experimentó un sentimiento hacia ella completamente distinto al de los días anteriores. Sentía una enorme lástima por Yolanda. Era una

pobre diablo.

Ella sí era una putilla barata.

27

Martínez se despertó de muy buen humor y bastante optimista. Aparentemente no tendría por qué, pues su asesino estaba más escurridizo que nunca, fuera de patrones, y la futura madre de sus hijos le había resultado una putilla barata. Pero había una buena razón para sentirse bien: era policía antes que nada y estaba haciendo su trabajo.

Después de un buen pozole con sus tostaditas, se comunicó con Sampedro, quien le dijo que no había sucedido nada la noche anterior. Ya lo sabía, pero prefería ratificarlo. Apenas colgaba el aparato cuando el biper comenzó a vibrar. Era un mensaje de Cerrilla, que se comunicara con él. Salió de la cantina y desde un teléfono público llamó al investigador de seguros.

—¿Cerrilla?

—¿Sí?

—Martínez.

—¿Qué pasó mi buen?

—Recibí tu recado.

—Ya te tengo lo que pediste. Tal vez no sea necesario que te lo diga, pero lo pedí todo con sobre sellado, por si las dudas. Ni yo mismo he visto de qué se trata.

—Hombre, no era para tanto.

—¿Adónde te lo mando?

Martínez le dio el domicilio de una papelería en la plaza de Santo Domingo.

—Nomás que digan que es un paquete para *el Profe*.

—Muy bien. Va para allá. Si necesitas cualquier otra cosa, me llamas.

—Cómo no. En cuanto a tus honorarios...

—¿Cuáles honorarios?

—Pues los tuyos, mano...

—No hay honorarios, mejor cuando nos conozcamos personalmente, lo cual espero suceda pronto, me convidas un pomo de Don Pedro.

—Los que quieras.

—Nos vemos, va para allá tu paquete.

Martínez se dirigió de una vez a la plaza de Santo Domingo, no sabía qué tan rápido llegaría la información, pero no tenía nada mejor que hacer. Después de pasearse por allí una media hora, disfrutando los tesoros nacionales que debido a su tamaño nadie se había podido llevar todavía, entró a la papelería, donde pensaban que era maestro de prepa. Allí se abastecía de plumones y de sus alfileres de cabeza roja y cosas por el estilo. Una dependienta comenzó a llamarlo *Profe* un día y él se quedó con la personalidad, que no le hacía daño a nadie. De vez en cuando obsequiaba a las empleadas con cocadas y dulces de leche y nuez y se habían hecho sus amigas. Así podía encargarse que le dejaran paquetes o recados con ellas. Se sorprendió al enterarse de que ya estaba allí lo que esperaba. Ese Cerrilla sí que era eficiente, no mamadas.

Rápidamente se dirigió a la guarida, pero estando ya allí,

tomó las cosas con calma. Se preparó un buen trago y se dirigió al cuarto piso. Una vez debidamente instalado en su sillón, desgarró el sobre lacrado. Dentro, venían dos sobres más igualmente sellados. Martínez abrió primero el de seguros La Provincial. Encontró una copia fotostática, idéntica a la que viera en la pocilga de Yolanda. Aparte, había copias de un certificado de defunción, un acta de la Procuraduría de Tabasco, indicando las condiciones del levantamiento del cadáver. Había sido asaltado y asesinado a puñaladas, cerca de Villahermosa. Tenía cincuenta y siete años, viudo, sin hijos. También estaba la copia de un cheque de la propia aseguradora, a nombre de Ana Patricia Wooten, única beneficiaria. El contenido del otro sobre era similar, prácticamente sólo variaban los logos de las compañías y el nombre del contratante y la beneficiaria. Al igual que en el anterior, se incluía una fotostática del certificado de defunción. ¿La causa de la muerte? Lo habían asaltado y asesinado con arma blanca, cerca de Cuernavaca. Viudo, sin hijos, cincuenta y cinco años, la única beneficiaria: Margarita Isabel Vergara.

«Pobres vejetes» —pensó Martínez—, seguro que también se habían imaginado amados, tal vez también habían fantaseado que formaban una nueva familia, retirados de sus obligaciones, clavados —literalmente— entre las piernas de aquella perversa diosa.

Las cantidades aseguradas no eran grandes, pero tampoco despreciables. Sobre todo para una putilla barata y su padrote.

A Martínez no le costó gran cosa establecer la teoría del

crimen:

La hermosa mujer le enseñaba los muslos y las nalgas con cualquier pretexto a un viejito caliente —mostrándole perfumes, tal vez— averiguaba si coincidía con su conveniencia: viudo, ya grande, sin hijos. Los enamoraba — como había hecho con él—, conseguía las pólizas y luego seguramente el Bonito los asaltaba y los asesinaba.

—¡Ah qué par de jijos de la chingada...! —dijo el comandante, en voz alta. Unos segundos después, agregó, pensativo:

—...pero ya se encontraron con la horma de su pinche zapato.

Martínez se acostó a dormir un rato. A las diez y media de la noche, después de acicalarse un poco y revisar que trajera su bíper al cinto, Martínez se dirigió a la Zona Rosa. No tuvo que buscar mucho, en el segundo *table dancing* que visitó se encontró en una mesa al Bonito, debidamente provisto de ron y Coca-Colas, perdido en su universo de pezones y vello púbico.

Martínez se quedó rondando unos minutos y cuando comprobó que el Bonito estaba allí para quedarse, se dirigió a la calle de Sevilla.

El edificio estaba muy descuidado y la cerradura de la entrada se podía abrir hasta con un palillo de dientes. El comandante se introdujo en el desierto inmueble y se dirigió sin dudarlo al segundo piso, donde había visto que se encendían luces la noche que había seguido al Bonito. Como era el único apartamento de ese piso que daba a la calle, el comandante decidió que ése era el sitio indicado. Antes de

utilizar las ganzúas, tocó el timbre un par de veces. Al no haber respuesta, allanó el refugio del padrote.

Cuando se hubo habituado a la oscuridad y sus tripas le dijeron que todo andaba bien, encendió una linterna y merodeó por el apartamento, que era bastante amplio, pero estaba casi vacío. Sólo había una cama, una caja de cartón, dos maletas de mediana calidad y un refrigerador pequeño, lleno de Coca-Colas y mariguana. Las dos maletas contenían ropa de hombre, y en una de ellas Martínez encontró un pasaporte con la foto del padrote y sus datos. En la caja de cartón había un jarrón de barro negro de Oaxaca y dentro de éste, media docena de navajas de resorte, perfectamente aceitadas y limpias.

Sin nada más que ver, Martínez salió de allí como había entrado y se marchó a su guarida, a pensar frente al interceptor, y cuando dieron las cuatro sin novedad alguna, se marchó a dormir.

La idea de llevar el bíper hasta en los calzoncillos no había resultado tan descabellada después de todo, ya que la vibración del aparato despertó al comandante a las diez y media de la mañana. Se imaginó que sería Vivanco o Sampedro, anunciándole un nuevo descubrimiento, pero cuando leyó el mensaje en la pantalla de cristal líquido descubrió que era de

Gilda:

«Comandante, por favor comunícate conmigo al teléfono 5...»

Martínez se comunicó de inmediato.

—¿Qué pasó mi vida?

—Pus es que quiero pedirte un favor.

—Tú dirás.

—Fíjate que antier encontraron a una de mis pupilas muerta en un hotel y ayer llegaron sus hermanas de Puebla y no encuentran el cadáver por ninguna parte.

Al escuchar las palabras de la mujer, todos los sentidos del comandante se pusieron en estado de alerta máxima.

—¿Dónde andas?

—¿Grita?, aquí en la casa, ¿por?

—¿Dónde es?

—En Rosas Moreno, cerca de la telefónica. Un día viniste a dejarme, después de ir al salón México, ¿te acuerdas?

—Sí, bonita. Nos vemos en el monumento a la madre en una hora.

—Allí te espero.

A Martínez le costó trabajo reconocerla, de día, sin maquillaje ni minifalda. Se veía completamente distinta.

—Hola comandante, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Pues bien, pero te digo que no aparece el cuerpo de la escuincla.

—Bueno, no te preocupes, vamos por partes.

—¿De qué murió?

—Pus dijeron que del corazón.

—¿En qué hotel la encontraron?

Gilda le dio el nombre y el comandante tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar la emoción. Seguramente se trataba de la chica de quien se había encargado Vivanco, dos noches atrás. Sin embargo, para despistar a Gilda, preguntó:

—¿Ya llamaron a locatel?

—Ya llamamos a todas partes y no aparece.

—Bueno, déjame ver qué puedo hacer. Dame todos sus datos y su descripción.

Martínez escuchó atento. No había lugar a dudas: diecisiete años, morena, alta, cabello negro ondulado...

—Bien, a ver si puedo averiguar qué pasó con ella. ¿Dices que era una de las que trabajaba contigo?, ¿en tu esquina?

—Sí.

—¿Tomaste las matrículas del vehículo en que se marchó?

—Pus... no.

—¿No? ¿Por qué no?

—Es que hacía mucho frío y estaba casi congelada. No pude ni sacar la pinche pluma de mi bolsa...

El comandante sintió ganas de golpearla:

—Ay mi vida, ¿no habíamos quedado en que las apuntaras?

—¿Crees que tenga algo que ver con el que arranca los clítoris?

—No sé, pero te había advertido claramente que tuvieras precaución...

El comandante habló con suavidad a pesar de que el mal humor ya lo había poseído. Era la primera oportunidad real de identificar al asesino y aquella pendeja se había olvidado de lo elemental.

—Bueno, no las apunté, pero...

—¿Pero...?

—Me las aprendí de memoria.

Martínez no dejó que la adrenalina lo acelerara y preguntó sin demasiado énfasis:

—¿Cuáles eran?

Es que no estoy segura, porque me tuve que aprender como cuatro aquella noche.

—No importa, dame los números de todas.

—¡Ay...!

—¿Qué?

—Pus es que los tengo bien confundidos unos con otros.

Martínez tomó las cosas profesionalmente. No deseaba despertar demasiado la curiosidad de Gilda respecto al asesino y decidió darle un poco de tiempo a ver si recordaba las placas de los coches.

—Ya no te preocupes, bonita. Vete a tu casa o a hacer lo que tengas que hacer. Yo me encargo de investigar qué pasó con tu pupila y te llamo o te paso a ver. Por lo de las matrículas, no te preocupes. Si te llegas a acordar de los números, me mandas un mensaje, ¿de acuerdo?

—Ah qué pendeja soy, si hasta traía pluma y todo...

—Ya no importa. Lo de las matrículas es simple requisito, sólo para saber con quién se fue esa noche.

No sé si te sirva de algo, pero me acuerdo del coche, era un Ford negro, nuevo.

—¿Algo más?

—Pues sí, pero es una pendejada, abajo de las placas traía una calcomanía que decía algo así como *Amo a Cristo o Todo por Cristo*.

—Bueno bonita, deja ya de preocuparte. Voy a ver qué averiguo, ¿vas a trabajar esta noche?

—Es de a huevo.

—Si me entero de algo, igual te caigo.

—Muy bien.

Martínez regresó a la guarida como novia de pueblo, vestida y alborotada. Cuando Gilda le había dicho el nombre del hotel y los datos de la chica, supo de inmediato de quién se trataba. Si tan sólo hubiera anotado las matrículas, el comandante a esas horas ya estaría sobre el asesino. Además, la oportunidad se había presentado a pedir de boca y obviamente no se iba a volver a repetir con aquella facilidad. Se le había escapado el pájaro de entre las manos, pero quedaba la esperanza de que Gilda recordara los registros.

Cualquiera en su posición le hubiera sacado la información a golpes a la nocturna mujer, pero no Martínez. A lo largo de su vida había tenido los suficientes fracasos policiacos como para hacerlo madurar. Cualquiera cometía errores y —quién sabe por qué— siempre en el momento menos indicado. Lo hecho, hecho estaba y ahora sólo procedía volver a la rutina anterior: esperar.

Salió a la calle y llamó de nuevo a Gómez para pedirle acceso a los archivos de la PGR. Al llegar, ya había alguien esperándolo y lo acompañó hasta los archivos. De esta manera no tenía que registrarse y todo resultaba más discreto, a la usanza de Martínez. La jefa del archivo fingió que no lo conocía y le repitió las mismas indicaciones de la ocasión anterior: que por favor regresara todo a su lugar al terminar y que no manchara nada de café o grasa. Martínez se pasó el resto del día encerrado en los archivos. A las siete de la noche, salió de la Procuraduría General de la República. Dentro de

todo, la jornada había resultado provechosa ya que el comandante había conseguido bastante información sobre el Bonito. A pesar de su corta edad —tenía veintiún años— ya era un perfecto hijo de la chingada y estaba bien fichado. A los dieciséis lo detuvieron por herir a navajazos a un tipo. Como era menor de edad, pronto estuvo libre, pero por poco tiempo, ya que a los diecisiete lo apresaron por asalto a mano armada y a los diecinueve un par de veces por proxeneta. El año pasado había estado un mes en el reclusorio acusado de posesión de drogas. Por otra parte, Yolanda (o Ana Patricia o Margarita Isabel o como quiera que se llamara la pinche traidora) no tenía antecedentes penales.

Martínez se instaló en una cantina a comer y beber y luego reposó un rato en la guarida. A las once de la noche se dirigió a la esquina donde trabajaba Gilda. En esta ocasión había más gente en el perímetro de la telefónica, pues era quincena y siempre esos días eran una especie de feria. No le costó trabajo encontrar a Gilda, quien ahora estaba en traje de carácter, perfectamente maquillada y arreglada, luciendo una minifalda que apenas le cubría las nalgas.

—¿Qué pasó, preciosa?

—Contigo, comandante. ¿Averiguaste algo?

—Sí —mintió Martínez—, parece que se equivocaron y la llevaron a la Procuraduría General de la República. Allí no tenían ningún papel de ella, así que la calificaron de desconocida y la mandaron a la fosa común.

—¡Huy! ¡qué mala onda! No sabes cómo andan sus pobres hermanas.

—Lo siento, Gilda —dijo Martínez, sinceramente—, pero

ya ves cómo son los pinches burócratas, todo lo traspapelan.

Guardaron silencio unos minutos, mientras veían desfilar una caravana interminable de automóviles frente a las putas.

—¿Mucha chamba?

—Para nada. Muchos pendejos, poca chamba.

—Bueno preciosa, me voy a dormir antes de que te me sigas antojando.

—Cuando tú quieras, comandante, ya sabes que este coñito siempre está abierto para ti.

Ya para despedirse, sin darle demasiada importancia al asunto, Martínez comentó como de paso:

—¿No te acordaste de las matrículas?

—¡Ah! Sí.

Gilda abrió su bolso y haciendo a un lado una escuadra pequeña, extrajo un papel amarillo.

—Esto es lo más que pude recordar, pero no te aseguro que sean las buenas.

El papel contenía seis registros de matrículas.

—Gracias preciosa. Voy a tratar de localizar al cliente de todas maneras, sólo por no dejar. Martínez le dio un beso en la mejilla a la chica:

—Que te sea leve.

—Bai, comandante.

Martínez no dejó de manosear el papel hasta llegar de nuevo al edificio de Tacuba.

Gilda había memorizado los números perfectamente, el único problema eran las letras:

BDD
DBB

BDB
DBD

De cualquier manera, era mejor que nada. Ya era muy tarde para tratar de localizar al propietario del vehículo —si es que alguna de éstas era la matrícula correcta. Se metió un buen trancazo de tequila con su respectivo jugo de limón y decidió que aquella noche se abstendría de acercarse al interceptor. Para un día ya había sido suficiente. Se ajustó el bípér a los calzoncillos y se fue a la cama.

28

Martínez comprobó con Vivanco al día siguiente que durante la noche no había sucedido nada nuevo. Por su parte, se abstuvo de informar al doctor sobre el avance de sus investigaciones.

A continuación se lo tomó con calma, disfrutó un prolongado baño en tina, se arregló adecuadamente y después de echarse unos tacos de buche y cuerito en una esquina, tomó el metro a la Procuraduría.

Aunque pasara mucho tiempo sin estar allí, Martínez siempre se encontraba a sus anchas cuando volvía. Cierto que en los últimos años las cosas habían cambiado bastante, sobre todo con la aparición y auge de la mamada esa de los derechos humanos. Ahora todo debía hacerse en forma aún más ilegal y truculenta que antes. Los licenciaditos que manejaban con tanta delicadeza a los delincuentes, seguramente todavía no

sabían en qué clase de país estaban. Martínez pensaba: «Si estos cabrones de derechos humanos hubieran sufrido una pinche carnicería en sus pinches familias, otro gallo nos cantara».

Aparte de esta monserga, muchos de los teléfonos eran intervenidos cíclicamente y hasta había micrófonos sembrados por doquier. Lo peor de todo era que uno no sabía a qué tirarle. Se podía tratar de gente de Gobernación, de la Presidencia de la República, del Estado Mayor o de la administración anterior, que deseaba desprestigiar a la presente, y la espiaba; podía ser también gente del propio procurador o de la Procuraduría General de la República y por si esta colección no fuera suficiente, algunos judiciales también dejaban de vez en cuando olvidados un encendedor o una pluma con un potente micrófono dentro.

BBD

DDB

Por eso la procu había dejado de ser su hogar y se había convertido en un centro de operaciones secundario, pero Martínez se encontraba allí como un pez en el agua. Como tiburón en el agua.

Se encerró un rato en su oficina y apuntó al azar quince matrículas de automóviles, inventadas por él. Entre éstas, dispersas, colocó las otras seis que podían ser las del Ford negro. Después se dirigió a Control de Vehículos, tres pisos más arriba.

Cuando llegó no había nadie atendiendo, tocó con los nudillos sobre el mostrador, varias veces, hasta que desde

alguna parte se escuchó:

—¡Momentitooooo!

El comandante cruzó el mostrador y se encontró a todo el personal dentro del cuarto de limpieza, comiéndose unos tacos de barbacoa y tomándose unos tepaches.

—Provecho —dijo el comandante.

El encargado casi se atraganta con la carne y en cuanto pudo hablar —todavía con trocitos de tortilla entre los labios—, dijo:

—Perdón comandante, ¿gusta?, nos estábamos echando un tentempié.

—Sí, ya veo. Perdóneme la interrupción, yo sé que mis pendejadas nada más alteran el buen funcionamiento de esta oficina.

—¡Cómo cree, comandante...!

—Necesito a los propietarios de estos vehículos.

Urgentemente.

Perdón comandante, pero va a estar cabrón.

—¿Por qué?

El empleado, disimulando un eructo que se le escapaba, relató su drama:

—Pues es que como están cobrando el impuesto atrasado sobre uso de automóviles, los del gobierno de la Ciudad tenían que tener toda la información de las placas de todos los coches y se les hizo fácil tender un puentecito entre las computadoras de las tesorerías de las delegaciones y el banco de matrículas en la Secretaría de Vialidad. Parece que la instalación quedó medio mal hecha y se perdió mucha información en un «cortito» que tuvieron, así que ahora todo se ha vuelto un

desmadre. Por eso le digo que se van a tardar un buen en dar con los propietarios de estos vehículos, comandante. No me haga mucho caso, pero yo creo que hasta los van a tener que buscar a mano. Así que si no son demasiado importantes, yo mejor le aconsejo que se espere unos días en lo que arreglan lo del cortocircuito y eso.

—En *este* instante.

—No, comandante, si no crea que es cosa mía. Yo por mí sí, pus para eso estoy, pero...

La mirada de Martínez lo hizo guardar silencio y suspirando dijo:

—De inmediato, comandante.

Ya casi para salir de la oficina, Martínez alcanzó a oír la voz del burócrata:

—Pero van a tardar de todas maneras...

Bajó un momento al forense, quería saludar personalmente al fiel Sampedro:

—¡Mi com!, dichosos los ojos... —Sampedro tenía cubre bocas y estaba trabajando sobre un cadáver abierto.

—¿Qué hay?

—Nada, mi com. Ya ve, aquí nomás fileteando. Ya casi acabo, permítame un segundo...

—No es necesario. Nada más pasé a saludarte.

—No ha habido nada, ¿verdad?

—Hasta ahora, nada —mintió Martínez.

—No se desanime, mi com, ya lo atraparemos.

—Por supuesto. Oye, por cierto, ¿qué haces en las noches con el bíper que te di?

—¿Que qué hago?

—¿Dónde lo pones?

—No me lo va a creer comandante, pero desde que empezó todo esto, me duermo con él puesto en el elástico de los calzoncillos.

—Te lo creo. Nos vemos.

—Nos vemos, mi com.

Elvira ya se había encargado de llenar el escritorio del teniente con su acostumbrada papelería chatarra. Esta vez, Martínez ni siquiera se tomó la molestia de poner en marcha la picadora de papel, sólo cogió todo junto y lo echó al cesto de la basura. Después subió los pies al escritorio y echó el sillón para atrás, comodinamente, sin prestar la menor atención al ajetreo que seguía su curso en la Procuraduría.

«¿Para qué la hacen tanto de pedo? —pensó—. Si lo único que hacen es lo opuesto a su trabajo, sólo se dedican de tiempo completo a darle en la madre a la justicia y a las leyes... en fin...»

Mientras esperaba los informes de control de vehículos, el comandante se imaginaba cómo se vengaría del Bonito. Pasado el efecto del golpe inicial, dejó que se enfriara el asunto, para poder modelarlo a su gusto. ¿No decían que la venganza es un platillo que se come frío? No se trataba nada más de darle de plomazos o pasar junto a él en la calle y rozarlo con un alfiler rebosante de veneno. Para nada. No le gustaba la crueldad, pero esto era sólo un ajuste de cuentas. Un ojo por ojo. ¿Acaso no era cruel hacer creer a una bola de ancianos que podían volver a vivir?, ¿que tenían también derecho de disfrutar de las delicias de esta vida?, ¿que podían de alguna manera recuperar algo de su juventud? ¿No era

crueledad matarlos a puñaladas? —Martínez se acarició instintivamente una larga cicatriz en la espalda. Además, habiendo analizado ya de sobra al Bonito, dedujo que era del tipo clásico que les informaba a sus víctimas agonizantes que todo había sido una pinche trampa para vejetes calientes.

Tendría que buscar en su libro mental de horrores. El Bonito era especial por muchas razones y habría que eliminarlo especialmente.

En cuanto a Yolanda, al pasar de los días el teniente iba flaqueando con ella. Ya no pensaba congelarle la panocha y rompérsela a martillazos. Ahora había desarrollado una teoría de enamorado: pensaba que tal vez —sólo tal vez— podía Yola estar de alguna manera chantajeada por el Bonito. Cierto que el tipo era bonito pero Yolanda daba una patada y salían varios bonitos —y muchas docenas de vejetes, por supuesto—. Debía de haber algo más... algo...

Entonces su yo de policía cabrón le decía firmemente:

—¡Cómo serás pendejo!, ¿qué no viste los besotes que se dieron antes de irse a coger aquella tarde, enfrente de ti, en plena glorieta de Insurgentes?

Pero podía estar fingiendo, después de todo, ¿no había sido una excelente actriz con él mismo?

De todos modos, sus vísceras le decían que tuviera cuidado con sus sentimientos. Debido a éstos, el comandante ya empezaba a otorgarle a Yola el peligroso beneficio de la duda.

Cuando se cansó de discutir consigo mismo, volvió a subir a Control de Vehículos. Esta vez, el empleado del mostrador estaba en su sitio, leyendo una revista de telenovelas y chismes. Cuando vio a Martínez, cerró la revista y lo saludó cortésmente:

—Buenas tardes comandante. Su pedido todavía no llega. Aquí estoy al pie del cañón. Nada más estoy esperando que lleguen sus papeles para bajárselos.

—¿Tardarán mucho?

—Pues no sabría decirle, comandante, tendría que preguntarle al Jefe.

—¿Dónde está el Jefe?

—Tuvo que salir un momentito comandante. No tarda.

Viendo aquella disposición, Martínez pensó que el asesino moriría de viejo mucho antes de que aquella colección de huevones le proporcionaran los datos que había pedido, así que decidió recurrir a otros métodos.

A Martínez no le gustaba pedir favores —ni pedir nada—, porque la vida se había encargado de enseñarle que todo lo que uno recibía, tarde o temprano había que pagarlo de alguna manera —normalmente con interés compuesto y valor agregado—y al detective no le gustaban las deudas. Si acaso acudía a Gómez de vez en cuando era por la sencilla razón de que Gómez le debía al comandante un favor muy grande: la vida. Muchos años atrás, durante un operativo, Gómez había resultado herido. Los maleantes le habían prendido fuego a la casa donde estaba y Martínez entró a punta de balazos y lo rescató. Gómez, por su parte, nunca olvidó el detalle, pues poseía la más rara de todas las virtudes del ser humano: la

gratitud. A partir de aquel día, siempre estuvo a disposición del comandante, para cualquier cosa. Aparte de buen policía, Gómez era buen político y había escalado puestos importantes en la Procuraduría General de la República. Su trabajo actual dentro de ésta, nadie podría definirlo con exactitud, pero Martínez sabía de muy buena fuente que cuando había algún problema gordo, el presidente de la República no llamaba al procurador general, sino al propio Gómez.

Por otro lado, tampoco quería que fuera Gómez quien le resolviera todos sus problemas. Podría haber averiguado las matrículas por conducto de él, pero ya se le hacía demasiado para tan pocos días. En cambio, salió a la calle y desde un teléfono público llamó a la Secretaría de la Defensa Nacional y preguntó por cierto general de brigada.

—Mi general ya casi no viene a la oficina, ¿de dónde llama?

—Es un asunto personal. Somos amigos. ¿Cree que pueda encontrarlo en su casa?

—Yo creo que sí, señor.

Martínez marcó el número y el tono de llamada sonó varias veces y no hubo respuesta. Volvió a intentarlo y por fin una voz de anciano contestó del otro lado de la línea, de muy mal humor:

—¡Buenooo!

General, muy buenas tardes. Habla Martínez. Se hizo un prolongado silencio y el comandante pensó que se había cortado la llamada:

—¿Bueno? ¿General?

—Sí, Martínez, perdóneme, es que para empezar, me

agarró cagando y luego pus la memoria me está empezando a fallar. Además no es el único Martínez que conozco.

—Lo llamo más tarde, si quiere.

—No, no, dígame.

—General, usted sabe que no acostumbro, pero necesito un favor.

—Usted dirá, Martínez.

Martínez no quiso entrar en detalles innecesarios, simplemente le dijo que necesitaba averiguar una decena de registros de matrículas.

—A ver, permítame, no vaya a colgar Martínez. El comandante se quedó casi un minuto esperando pacientemente.

—A ver, ¿tiene con qué anotar?

—Sí, general.

El militar le dio un número telefónico perteneciente a un capitán del Estado Mayor Presidencial.

—Nomás dígame que habla de mi parte y pídale lo que necesite.

—Muchas gracias. ¿Y cómo ha estado, general?

—De la chingada.

—¿Su esposa?

—También de la chingada.

—¿Sus hijos?

—Todo y todos de la vil chingada y ahora, si no le importa Martínez, voy a ver si puedo terminar de limpiarme el culo. Adiós.

Martínez se dirigió a otro teléfono y desde allí llamó a la Presidencia. Lo comunicaron rápidamente con el capitán de

marras, quien al escuchar la mención del general, dijo en tono marcial:

—Estoy a sus órdenes, señor.

—Sin entrar en detalles, Martínez le dijo lo que necesitaba. El capitán, siempre muy propio, le sugirió que enviara las series por fax, al igual que el número donde deseaba recibir la información.

—Perdone la urgencia, capitán, pero, ¿cree que tarden mucho?

—No señor, sólo el tiempo necesario para buscarlos en nuestras computadoras. Una vez encontradas, las enviamos directamente del ordenador al número que usted nos indique.

«Igualito que en Control de Vehículos», pensó Martínez.

Después de colgar con el amable capitán, Martínez regresó a su despacho en la Procuraduría y anotó nuevamente los números y letras de las combinaciones adivinadas por Gilda, así como una docena más de matrículas inventadas por él mismo en ese momento —para despistar, por supuesto— y las envió desde un fax público. De allí tomó un taxi a la plaza de Santo Domingo y se metió a un restaurante cercano a deleitarse con unos chiles en nogada y unos tequilas con limón y ya bien repuesto se dirigió en su calidad de profe a la papelería. Su encargo había llegado hacía rato, según le dijeron. Dio las gracias, se despidió de mano de cada una de las empleadas y se dirigió a su guarida con los papeles bajo el brazo como un niño con juguete nuevo.

La eficiencia militar era algo que Martínez siempre había apreciado en su justo valor. En una página perfectamente ordenada, venían, en una columna, los números de las

matrículas, y en otra, la marca, tipo de vehículo, número de serie del motor y de la carrocería. A continuación, a nombre de quién y el domicilio al que se encontraba registrado cada vehículo. En tres de los casos, en la segunda columna decía: dado de baja, y en otros dos: no existen. Después de admirar unos instantes la perfección del trabajo, Martínez buscó ansiosamente cuál de las series proporcionadas por Gilda correspondía al Ford. Sin embargo, después de comprobar la lista tres veces y comparar los números y letras con los del papelito amarillo que le había dado Gilda, no había entre ellos ningún automóvil marca Ford.

Martínez se echó para atrás en su sillón, con una sensación de derrota insoportable invadiéndole todos los huesos.

—¡Qué puta mala leche!

Cerró los ojos para ver si alguna parte de su ser le proporcionaba una sugerencia o alternativa. Pero no pudo encontrar nada. Volvió a leer y releer la lista. Irónicamente, la eficiencia militar tampoco admitía alguna posibilidad de error.

Dejó los datos en paz y se puso a beber y a tratar de distraerse. Sabía que si se obsesionaba con el asunto iba a terminar muy alterado. Intentó pensar en otra cosa, tal vez más agradable, pero lo único que llegó en ese momento fueron unos pensamientos para Yolanda y hasta el estómago se le encogió de la pena. Eran demasiados fracasos graves para tan poco tiempo. Martínez se sintió de pronto desfallecido, absolutamente inútil.

—Pinche vida.

A propósito bebió una sobredosis de tequila y en poco tiempo se quedó dormido.

30

Durante el sueño, el alcoholizado cerebro de Martínez había seguido manejando sus opciones respecto al asesino en serie. En un momento determinado, había tenido la certeza — como suele suceder en los sueños— de que encontraría las matrículas que estaba buscando, nada menos que en el directorio telefónico. Sin embargo, no podía encontrar la guía, así que subía a Control de Vehículos y el empleado —nada menos que el Bonito, vestido de uniforme militar— lo hacía pasar al otro lado del mostrador y lo llevaba hasta un pequeño refrigerador, indicándole que lo abriera. El directorio telefónico estaba dentro, pero no era el que Martínez buscaba, pues éste era blanco y el comandante tenía que hacer sus consultas en la sección amarilla.

—¡Qué puta suerte!

Lo despertó el sonido de su propia voz, sudoroso e inquieto. Cuando más o menos terminó de ubicarse en la realidad, aunque no pensaba buscar un refrigerador con un directorio dentro, sí, en cambio, tenía una corazonada, gracias a la impresión ocasionada por el sueño. Fue de nuevo por el papelito amarillo y el reporte del amable capitán y se puso a jugar con las posibles combinaciones no sólo de las letras, sino también de los números, que le daban como resultado treinta y seis probables matrículas. Se bañó rápidamente y

salió a la calle a llamar por teléfono, cuando se dio cuenta de que era demasiado temprano, todavía no daban las ocho. Sin embargo, marcó el número de la Presidencia de todas maneras. Le contestaron de inmediato y lo comunicaron con el capitán, quien —ése sí— ya estaba al pie del cañón. Le dijo que necesitaba una nueva serie de datos y el capitán contestó automáticamente:

—Estamos a sus órdenes, señor. Sea tan amable de enviarnos...

Martínez aprovechó para desayunarse unos tacos de canasta con mucha salsa y luego volvió a la guarida para hacer tiempo, pues los tres faxes públicos que visitó aún estaban cerrados. Pero se sentía demasiado ansioso y mejor se fue a dar un paseo caminando por el centro histórico. Por fin, a las nueve y media encontró una papelería abierta y envió el fax.

De pronto se sintió muy entusiasmado. Tal vez estas nuevas combinaciones tampoco contuvieran lo que estaba buscando, pero como policía se sentía satisfecho de no haber dejado cabos sueltos. Por supuesto que también había manejado la posibilidad de insistirle a Gilda en su ejercicio de memoria, pero no deseaba despertar ninguna sospecha en ella. Si él insistía, ella empezaría a preguntarse cuál era el interés en localizar a un probable sospechoso de ¿qué? Su pupila había muerto de infarto, ¿no?, entonces, ¿porqué tanta insistencia del comandante...?

Martínez sabía desde hacía varios años que la mayoría de las mujeres tienen un cromosoma de policía. Son curiosas, preguntonas, metiches e inquisidoras. Siempre están buscando pistas de cualquier cosa, existente en su mundo real

o solamente en sus miedos e inseguridades, pero invariablemente investigan y prestan una gran cantidad de atención a cualquier detalle que consideran sospechoso. Por ejemplo, Yolanda había preguntado de inmediato por las cicatrices del comandante y, desde luego, qué había en el cuarto piso de la guarida. Accidentes de coche, puebleando, vendiendo muebles y arriba estaba lleno de inventarios y saldos.

Martínez pensaba seriamente que el creador de la enmienda Miranda (...tienes derecho a permanecer callado... todo lo que digas será usado en tu contra...) la había ideado más bien como un consejo para todos los hombres en su trato con las mujeres. De cualquier modo, por eso descartaba insistir en la memoria de Gilda.

A las doce del día se dio una vuelta por la papelería de la plaza de Santo Domingo y ya habían llegado los informes.

Casi corrió hasta el edificio de Tacuba y una vez que hubo tomado algo de aire, se instaló en su sillón y revisó la lista con las treinta y seis matrículas. Con la punta del bolígrafo Martínez se fue a la columna que indicaba la marca y tipo del vehículo. En la lista, pudo señalar tres Ford sedán. Debido a los macanazos de mala suerte que había recibido en los últimos días, el comandante no se hizo demasiadas ilusiones, pero su vientre le decía que le echara ganas de todas maneras.

Escogió, para empezar, el Ford de modelo más reciente. Gilda había dicho que era un Ford nuevo. El automóvil estaba registrado a nombre de una empresa administradora de bienes. Martínez tomó un taxi y se apersonó en el lugar. Allí

preguntó en la recepción y lo enviaron a un escritorio donde le dijeron que allí no era y finalmente dio con alguien que decía poder informarlo, pero que no lo haría porque esos datos eran confidenciales y esa compañía era muy profesional y allí no proporcionaban...

Martínez le mostró un segundo la placa de la judicial y el tipo calló como si de pronto se le hubiera acabado la cuerda. El comandante le entregó una hojita con todos los datos del vehículo.

—Estoy buscando a la persona que manejaba este coche la noche del martes.

El oficinista le echó una mirada al papel y dijo rápidamente:

—Este coche no es de aquí de la oficina. Martínez preguntó sorprendido:

—¿Y por qué está registrado aquí?

—Es que mire, Jefe, déjeme que le explique: nosotros no manejamos los bienes... ¿cómo le diré...?, nosotros nada más administramos las cosas de personas o compañías y eso...

Martínez lo miraba sin entender nada.

Haciendo una mueca de gran paciencia, como si en vez de Martínez estuviera tratando con un idiota, el empleado continuó la explicación:

—...bueno, pus como los coches, ¿no? Son bienes que nosotros administramos, sí, de acuerdo, pero no los conducimos. ¿Me explico?

Martínez sabía que un par de bofetadas aclararían definitivamente el uso del lenguaje en aquel imbécil, pero no deseaba llamar la atención y sólo utilizó la pregunta ideal para

el caso:

¿Qué me sugiere?

Pues que vaya a la parroquia del Cristo de Brastenia, el automóvil les pertenece a ellos.

¿Puede darme los datos?

Por allí hubiéramos empezado, Jefe.

Martínez sintió una sensación agradable en las tripas al leer la dirección. La parroquia estaba situada en la misma zona donde habían sido cometidos casi todos los asesinatos. Podía tratarse solamente de una casualidad, pero habría que investigar de todas maneras. Tomó un coche de alquiler y se dirigió para allá.

Se trataba de un edificio de piedra gris, rodeado de un bello jardín. El conjunto ocupaba toda una manzana. Martínez entró al templo, que estaba completamente desierto y al no encontrar a nadie, salió de nuevo y se paseó por el jardín.

Un hombre mayor, de aspecto humilde, arreglaba cuidadosamente las plantas y las enredaderas. Martínez se aproximó a él, mientras fingía que admiraba el trabajo ejecutado y saludó:

—Buenas tardes.

—Buenas.

Soy de la aseguradora. ¿No sabe dónde guardan el coche de la parroquia? Parece que no hay nadie en todo el lugar, excepto usted. Tal vez pueda ayudarme. Tengo que tomar unos datos.

—¿Cuál de los tres?

—¿Tienen tres?

—Sí, señor. Uno lo guardan acá atrás en la entrada a la sacristía y los otros dos en el edificio, cruzando la calle, en ese que se ve desde aquí, allí viven tres padres y aquí en la parroquia uno.

—Estoy buscando un Ford negro.

—Huy, patrón, yo no sé de'so. Sí tienen dos coches negros, igualitos, y uno blanco también, aunque ése es distinto, pero no sé si son «For». Pero toque en la sacristía, ahí debe de estar el padre Tomás y si no hay nadie allí, pus entonces en el edificio seguro encuentra a alguien, es el tercer piso.

—Gracias.

—De nada, señor.

Martínez caminó hasta la parte posterior del edificio y le echó un vistazo al automóvil estacionado fuera de la sacristía. Para empezar no era negro, sino blanco y ni siquiera era un Ford. El comandante salió de los terrenos de la parroquia y se alejó caminando.

Dejó transcurrir una hora para no llamar demasiado la atención y se presentó en el edificio que le había señalado el jardinero, frente a la parroquia. Después de comprobar —sin sorprenderse— que el portero no andaba por allí, abrió la puerta con sus ganzúas. Descendió al garaje y examinó los pocos coches allí estacionados. No le llevó mucho tiempo descubrir un Ford negro. Sin embargo, no era el coche que buscaba. Este era un modelo dos años más antiguo y las matrículas no sólo no coincidían; ni siquiera se parecían.

No obstante, Martínez se quedó tieso —como un perro en muestra— cuando descubrió en la parte posterior del

automóvil, justo bajo las matrículas, una calcomanía que rezaba: *Todo por Cristo*.

Martínez se destrabó rápidamente y salió del edificio. No permitió que su cerebro hiciera conjeturas, mejor dejó libre al perro que llevaba dentro para que buscara un buen sitio desde donde aguardar la llegada del otro coche de los padrecitos. En esto estaba, cuando se abrieron las puertas eléctricas del estacionamiento y entró el otro Ford. Martínez alcanzó a ver claramente la calcomanía bajo las matrículas y el número de éstas. Por primera vez en varios días, Martínez se sintió muy feliz.

Era el vehículo que andaba buscando.

Martínez se alejó del lugar disimuladamente, pero por primera vez en toda su carrera, la emoción lo desbordó y mientras caminaba iba soltando pequeñas carcajadas de satisfacción, hasta que logró contenerse y tomó un auto de alquiler a la guarida. Antes que nada deseaba empujarse unos tequilas, para celebrar e inmediatamente diseñar un plan de ataque. El perro ya había encontrado la presa y puesto la muestra, ahora le tocaba su turno al cazador.

En el transcurso del viaje se iba llenando de emoción e incluso un par de veces el chofer lo miró por el espejo como si se tratara de un loco. Martínez sabía que ésta no era para nada una actitud propia de él, pero tampoco antes en su vida todo le había salido tan mal en tan poco tiempo y este

descubrimiento del vehículo resultaba un bálsamo muy poderoso para su maltratada autoestima. Estaba tan contento que a ratos se sentía como si se fuera a salir de su propio cuerpo.

Una vez habiendo ingerido sus buenos tragos de tequila con limón, se instaló en su sillón del cuarto piso, fumando y pensando...

Aquella tarde había tenido una gran satisfacción, pero era la satisfacción del sabueso, no del cazador. Todavía no sabía quién conducía el vehículo la noche en cuestión y mucho menos si el que lo hacía era el responsable de la muerte de la pupila de Gilda, pero de la nada —sólo los alfileres de cabeza roja y las marcas con verde sobre el mapa de su cubil— a esto, era otro mundo. Ahora sí la investigación cobraba una forma tangible.

Desde luego —y suponiendo que el asesino fuera quien conducía el Ford—, no necesariamente podía tratarse de un sacerdote. El presunto responsable podría ser un chofer o un empleado de la parroquia. Tal vez alguien que les pedía prestado el coche. Pero el pinche coche estaba allí y era inconfundible el cabrón, con su calcomanía y todo.

Martínez no tuvo que romperse demasiado la cabeza para idear un plan: habría que hacer guardias. El asesino nunca había actuado antes de las once de la noche, así que Martínez decidió vigilar tanto la parroquia como el edificio desde las diez de la noche, todas las noches. No perdería de vista el vehículo hasta que cayera el presunto responsable, sin importar de quién se tratara.

Dormiría de día y haría las guardias de noche. Por el

momento no se dedicaría a nada más. El caso de la chiquita y el Bonito quedaba en segundo término, pero bien amarrado. Evitaría ver a Yolanda durante varios días. Como buen depredador, no permitiría que nada lo distrajera de la presa. De cualquier manera, la tenía a raya con el asunto de la póliza y el Bonito no importaba gran cosa, porque sin póliza, el tipo seguiría quitándole el dinero a las bailarinas, aguardando a que el vejete se dignara asegurarse. A la chiquita la llamaría diariamente, diciéndole que andaba fuera, vendiendo salas como nunca. De cualquier manera, conectaría constantemente la grabadora con la frecuencia del teléfono celular de Yolanda y registraría todas sus llamadas para tenerla bien controlada.

Martínez encendió otro cigarrillo y se imaginó unos segundos qué hubiera pasado de haberle entregado la póliza a Yolanda antes de descubrir su complot. Hubiera terminado en medio de un charco de sangre, en una esquina del centro histórico —donde venden los tacos de canasta, agregaría Vivanco en sus comentarios—, asesinado a navajazos durante un supuesto asalto. Después de haber sobrevivido tantos años a tantas chingaderas, de no haber sido por el asesino hubiera muerto de manera horrible, con el sabor a hierro en la boca, y nada menos que a causa de un espléndido coño. Por andar de viejito caliente. Irónicamente, la póliza misma se había convertido en su propio seguro de vida.

Gracias a la aparición en escena del asesino en serie.

Quienquiera que fuera, le había salvado la vida al comandante.

—Pinche vida.

No perdió más el tiempo en conjeturas, pues sus vísceras lo urgían a actuar. Lo primero que hizo fue alquilar un Volkswagen. Escogió ese auto por la sencilla razón de que en esta ciudad, nadie le presta atención a un vocho. Lo estacionó en una pensión, a una manzana del cubil y se marchó a su refugio a beber y descansar, a esperar la noche y sus sorpresas.

No le costó demasiado trabajo quedarse dormido, y a las nueve en punto, el reloj que llevaba dentro de su cerebro lo despertó.

Tomó un baño y se vistió con un pantalón deportivo y un suéter, todo en negro. Se preparó un termo con tequila y limón y se fue a buscar su vocho. Eran casi las diez en punto cuando llegó a su posición. Primero dio una vuelta a la manzana, sólo para inspeccionar el terreno.

A esa hora, era una calle tranquila, poco tráfico y mucho lugar para estacionarse. Martínez escogió como punto estratégico una pequeña loma, no muy bien iluminada, desde donde se veían perfectamente, tanto la entrada a la sacristía — y su habitación superior—, como el edificio donde vivían los otros curas.

Para suerte de Martínez un gran farol iluminaba bastante toda la zona a observar. Si alguien quería salir de noche —cura o no—, Martínez lo seguiría.

Este tipo de espera era aún peor que aquellas guardias realizadas frente al interceptor. El vocho era bastante incómodo y a partir de media noche comenzó a hacer frío. En absoluto silencio, dando tragos esporádicos a su bebida y fumando constantemente, Martínez imaginaba cuál sería su

proceder para detener al responsable.

Si se trataba de un cura, habría que manejar las cosas con extremo cuidado, porque estos cabrones tenían un chingo de poder y de lana. Martínez no deseaba problemas con la Iglesia. Si el caso era otro, sería más fácil todo, pues según el sapo era el tamaño de la piedra.

Aunque en sí, el comandante no se preocupaba mucho. Todo aquel ejercicio mental resultaba inútil al momento de los hechos, pues el comandante dejaba actuar a su estómago y casi siempre improvisaba; de cualquier forma, aquel ejercicio ayudaba a consumir el tiempo de espera.

El tiempo se fue deslizando con una lentitud desesperante, pero el comandante no se movió de allí hasta las cuatro de la madrugada, cuando se convenció de que aquella noche nada sucedería. Terminó su último trago de tequila con limón, encendió el vocho y se marchó a una cantina a comerse una birria. Después se fue a dormir a su madriguera. Al acostarse, lejos de sentirse decepcionado, se sentía muy satisfecho. No había cazado nada todavía, pero así era esto de la cacería.

Despertó a las cuatro de la tarde, atarantado. Después de un baño y unos tequilas salió a comer a una cantina y devoró dos platos de pancita. Luego regresó a la guarida y se volvió a dormir.

Una vez más, aquella noche se despertó a las nueve en punto. Siguió la misma rutina, instalándose en la misma loma cercana a la parroquia.

A las once de la noche, el comandante vio salir del edificio el Ford de marras. Martínez no perdió el tiempo,

encendió el vocho y comenzó a seguirlo a prudente distancia. Su lógica le indicaba que era su presa. Dudó un poco cuando notó que se iban alejando del perímetro de los asesinatos, pero no demasiado, pues el Ford se dirigía nada menos que a Las Lomas. Minutos después, en una zona residencial, el Ford negro se estacionó y Martínez también, un poco más adelante. Desde allí, pudo ver cómo un cura —debidamente ataviado y cargando un maletín como de médico— descendía del Ford y se dirigía a una casa, donde se notaba que ya lo estaban esperando.

Martínez no tuvo que pensar mucho.

«Seguro unos Santos Oleos. Falsa alarma.»

Dio la vuelta y volvió de nuevo a su puesto en la loma cercana a la parroquia. Una vez allí lo primero que notó fue la ausencia del otro automóvil, el que guardaban en la parroquia. Había seguido el vehículo equivocado, pero Martínez no se maldijo ni nada de eso. La experiencia le había enseñado que estos errores eran inevitables en la profesión.

Lamentó unos instantes que debido al error tal vez hubiera una nueva víctima. Pero así era la pinche vida. Había que ser duro en esta profesión. Si se ponía uno a llorar por cada error fatal que cometía, se pasaría la vida llorando.

Volvió a acomodarse en la loma y una vez instalado, bebió de su termo un largo trago y se dispuso a esperar.

Unos cuarenta minutos después, volvió el Ford que había seguido inútilmente y entró al estacionamiento del edificio.

Media hora más tarde, llegó el automóvil blanco. Martínez descendió del vocho y se aproximó sigilosamente a la entrada posterior de la parroquia. En ese momento el

conductor descendía del vehículo con alguna dificultad. Martínez notó que estaba ebrio. Finalmente, salió del automóvil y se dirigió a la puerta de la sacristía.

El perro que Martínez llevaba dentro le indicó que aquélla era su presa, ¡que atacara! Sin embargo, el cazador profesional se impuso y Martínez decidió esperar un mejor momento para el encuentro. Aguardó unos segundos y vio cómo se encendía la luz en el piso superior. Después se dirigió al vocho ya la madriguera y se acostó.

Tres horas más tarde, el bíper en el elástico de sus calzoncillos lo trajo de vuelta al mundo de los vivos. Encendió la luz y leyó el recado: «Comuníquese a carnes frías. Sampedro.»

32

Sampedro le informó por teléfono lo que ya sabía: una nueva víctima.

No tiene caso que vaya a estas horas. No quiero hacer bulla. Bórrale la sonrisa y mañana te veo en la procu como a la una. Dile a Vivanco, igual y comemos los tres juntos.

—Sí, mi com.

Martínez cerró los ojos y se quedó profundamente dormido.

Llegó a la procu a las doce y media y Elvira lo había atajado rápidamente, pues tenía una urgencia:

—Ay, comandante, fíjese que tengo un problemón.

—¿Cuál es, Elvira?

Pues es que el sábado fue el cumpleaños de mi tía Celia y

hubo tamales y carnitas. El domingo ya ve que fue el santo de mi mamá y también hubo comida y el lunes el comandante Mijares me regaló unos chocolates de Sanborns y me los comí todos...

—¿Y?

—¿Y?, pus que'l pinche vestido de madrina ya no me entra y voy a tener que comprarme otro, pero como no pagan hasta el lunes y orita no tengo lana, pus quiero ver si usté' me facilita los doscientos pesos que necesito y yo se los repongo a más tardar en un mes.

Claro que sí, Elvira —dijo el comandante, extrayendo de su bolsillo los billetes y poniéndoselos a la mujer en la mano.

—¿Algo más?

—Pus... no, yo creo que ése era el único pendiente importante que teníamos.

Al salir la secretaria, Martínez dedicó un rato a archivar sus pendientes en la picadora de papel. A la una en punto bajó a la oficina del forense y le entregó un papelito a Sampedro, con el nombre de una fonda cercana. Unos minutos después se encontraron en el restaurante y Sampedro como siempre saludó jubilosamente al comandante.

—¡Mi com! ¡Qué gusto!

—¿Le dijiste a Vivanco?

—No lo pude localizar, creo que tuvo que irse a Hermosillo un par de días.

—¡Ah, qué jijo de la chingada! ¿No habíamos quedado que mientras esto durara estaríamos todo el tiempo de guardia?

—Cálmese, mi com. Además, no se olvide que yo estoy a

cargo. Vamos a comernos algo.

En realidad, el comandante sólo había fingido estar molesto. Para fines prácticos, era mejor que Vivanco ya no estuviera tan interesado en el caso como al principio. Lo que el doc podía hacer para ayudar ala investigación, ya estaba hecho y ahora era hasta conveniente mantenerlo alejado. Con Sampedro era suficiente en caso de necesitar a alguien. Por el momento, Martínez no pensaba compartir el producto de sus pesquisas con los forenses. Esa era la regla de oro en cualquier investigación. Siempre tener varios ases bajo la manga. Desde luego que había que compartir cierta información: la de los demás, la propia, nunca, hasta que el caso estuviera completamente resuelto y sin ningún cabo pendiente de atar.

Se comieron una buena barbacoa y Martínez notó que el yerno de Vivanco era un tipo bastante educado a la mesa, a diferencia de su suegro. Durante el café, Martínez apresuró la entrevista. Deseaba irse a dormir un rato para estar bien despierto aquella noche:

—¿Tú recibiste el fiambre?

—Así es, mi com. Lo mismo de siempre: la encontraron en un hotel de paso. El mismo *modus operandi*, mi com.

—¿Nada nuevo?

—Nada, mi com. Le deformé la cara en cuanto llegó, aunque se ve que los de la ambulancia habían hecho ronda, porque llegó medio aplastada.

—¿Nada más?

—Ya le digo, lo mismo: unos veintidós años, infartada, estallamiento de vasos cerebrales, macroorgasmo y la inconfundible sonrisa. Todo idéntico.

—¿En qué hotel la encontraron?

—Sampedro le dio el nombre y Martínez ubicó en su mente el sitio, a unas cuantas manzanas del lugar donde había estado bebiendo tequila con limón gran parte de la noche.

—Fuera de eso, nada. ¿Y usted, mi com? ¿No ha sabido nada de sus... mujeres de confianza?

—Nada —mintió Martínez, con absoluta seguridad.

—Bueno, mi com, no se preocupe, ya caerá. Por el momento tenemos todo bajo control y eso es lo importante ¿no? Por cierto. Yo pago la cuenta. Total, luego le paso la nota a mi suegro y la cobra como viáticos.

—Cualquier cosa me llamas.

—Sí, mi com. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—¿Sí?

—¿Dónde pone usted su bíper en las noches?

—Me lo pongo en los güevos.

—Sampedro soltó una carcajada y alcanzó a decir, sonriente:

—Nos vemos, mi com. Y usted no se preocupe, yo voy a estar de guardia todo el tiempo.

—Nos vemos.

Una vez de regreso en su madriguera, Martínez hizo una llamada a la chiquita, quien milagrosamente no tenía ocupado el teléfono.

—¿Bueno?

—¿Chiquita?

—¡Mi marcianito!, ¿dónde andas mi rey?

—Ando puebleando chiquita, ¿tú cómo estás?

—Pues bien, pero ya sabes que te extraño un chingo.

Martínez no daba crédito a sus oídos. Aquellas palabras sonaban tan sinceras que fácilmente pasarían una prueba del polígrafo.

—Y yo a ti, bonita.

—¿Cuándo viene mi marciano favorito? —En unos días muñequita. Yo te llamo mañana de todas maneras.

—Claro que sí mi vida... Oye... Bueno, no, nada.

—¿Qué cosa chiquita?

—No, nada. Una tontería.

—Dime.

—Nada.

—¡Dime!

—Vas a decir que soy una pesada, pero es que me volvieron a ofrecer chamba y no sé si aceptarla. Ando corta de lana.

—¡Claro que no! Tú eres mi princesa. En cuanto llegue te voy a dar dinero y tu póliza para que estés bien tranquila. Las princesas no trabajan, chiquita.

—Ay mi marciano. No sabes qué rico se siente tener un hombre de a de veras.

Martínez prefirió no pensar a cuál de los dos se refería y mejor cortó pronto:

—Tú no te preocupes, muñequita, tengo grandes planes para ti.

—¡Ash! Ya me anda que vengas.

—Mañana te llamo muñequita.

—Cuídate mucho, mi amor.

Martínez colgó pensando que, por lo menos, el «cuídate mucho» había sonado sincero. Se bebió varios golpes de su

elixir y se fue a dormir.

Aquella noche se despertó a las siete y media en vez de las nueve. Se proponía cenar adecuadamente y estar en plenitud de facultades. Además, quería revisar la cinta con las grabaciones de la chiquita. Por si acaso. Salió a comerse unas chalupas y una gelatina de rompopo y regresó a la guarida, se instaló frente al interceptor y regresó el carrete de la grabadora al principio. Una por una, Martínez fue revisando las conversaciones de la chiquita. En cuanto notaba que no había nada de interés, aceleraba el carrete y pasaba a la siguiente llamada. Al final no encontró nada importante. No había ninguna conversación en que apareciera una voz masculina. Todo eran puros chismes de viejas argüenderas y güevonas.

Eso era la pobrecita Yolanda: una putilla barata, argüendera y güevona. Martínez pensó que en lo único en que se había fijado de Yolanda era en su cuerpo. En ningún momento había reparado en que la tipa era tan tonta. Ahora que lo pensaba bien, nunca la había escuchado proferir una idea o una opinión inteligente. Sin embargo, nada de eso le había importado al comandante. Sólo las nalgas y las chichis. ¿Cómo iba a aguantar Martínez a esa tipa durante meses o años en la playa? ¿Qué hubiera pasado cuando las tetas se vinieran abajo, cuando apareciera la celulitis, cuando meterla fuera menos placentero que sacarla?

Y con hijos. Se hubiera atado a ella de una manera u otra por el resto de su vida. A una pendeja, puerca, putilla barata.

Eso era Yolanda ahora. Tal vez todo aquello no era más que un ejercicio para curar la autoestima, pero bien o mal era

la verdad.

La pobre Yolanda no era más que una enorme nalga, toda ella.

Volvió a colocar el carrete y dejó encendido el aparato. Se preparó su consabido termo con tequila y limón, salió por el vocho y se fue a su puesto de observación en la parroquia. Llegó a la loma a las diez en punto.

A lo largo de la noche, su cuerpo casi no se movió, pero su mente realizó un amplio recorrido, desde cómo llevar a cabo la detención y el interrogatorio del asesino, hasta la posibilidad de asesinar solamente al Bonito y darle una oportunidad más a la pobrecita Yolanda, pues era tan pendeja que había que ayudarla.

Se dio cuenta de la hora cuando se terminó el último trago de su termo. Eran las tres y media. No tenía caso seguir de guardia. Encendió el vocho y se fue a dormir.

Los siguientes dos días fueron eternos para el comandante, sobre todo cuando se le metió el gusanito de que el asesino tal vez no volvería a actuar. Desde luego que era sólo una idea paranoica, pero el comandante la pasó y la repasó muchas veces por su cabeza. Si esto sucediera —lo cual era posible, dado que ahora la frecuencia de los asesinatos parecía ser errática—, todo se complicaría muchísimo. Como no sabía con certeza si el culpable era el cura que vivía en la parroquia —aunque hubiera ciertas evidencias en su contra—, Martínez llegó a una sabia conclusión: si el asesino dejaba de actuar, tendría que eliminar a los cuatro sacerdotes y a cualquiera que condujera aquellos automóviles, para no dejar cabos sueltos.

Después de tres días sin novedades, siguiendo su rutina de llamar a Sampedro o a Vivanco; de sufrir al teléfono las mentiras de la pobre chiquita y en la cinta de la grabadora su creciente estupidez. Martínez despertó bien entrada la mañana, dispuesto a seguir esperando. Tomó un prolongado baño en tina, salió a comer y regresó un poco más reanimado.

Como no había mucho que hacer, se durmió hasta las nueve de la noche. Al veinte para las diez salió rumbo a su ya conocido sitio de observación. Luego de dar una vuelta a la manzana, para reconocer el terreno. Martínez notó que los padres habían intercambiado automóviles, como era su costumbre. Ahora el Ford negro estaba estacionado en la parroquia, a la entrada de la sacristía.

El comandante inició la incierta espera. Con el transcurso de los días había llegado a acostumbrarse y ahora se le hacía más soportable pasar la noche dentro del diminuto automóvil.

A eso de la media noche, el Ford negro encendió sus luces y salió de la parroquia.

Martínez sintió al instante todos los músculos del cuerpo, puso en marcha el Volkswagen y siguió al otro vehículo con gran cuidado. Sólo deseaba que no se tratara de unos santos óleos. O de otra cosa. Tal vez el cura había salido a comprar cigarrillos o una botella de alcohol. O a la farmacia...

Sin embargo, en unos segundos Martínez confirmó con satisfacción hacia dónde se dirigían: nada menos que a los terrenos de la telefónica.

El lugar estaba muy poco animado, sólo unos cuantos

automóviles desfilaban frente a una buena cantidad de prostitutas. Martínez se colocó en la fila, justo detrás del Ford negro. Poco a poco iban avanzando y las chicas les hacían todo tipo de señas y comentarios, pero el comandante no descuidaba ni un instante a su presa.

El conductor del Ford se acercó a solicitar los servicios de una jovencita y justo cuando la chica iba a abordar el automóvil, Martínez se adelantó y a propósito chocó el Volkswagen contra la portezuela trasera del Ford. En un santiamén, el automóvil negro salió de allí apresuradamente, plantando a la joven a media calle. Esta increpó a Martínez, enojada:

—¡A ver si te fijas, güey!, ya me chingastes el palo.

Martínez sonrió y sacando dinero de su bolsillo, le extendió doscientos pesos a la mujer.

—¿Vas a ir?

—No, son para compensarte.

—Gracias, mi rey, ven más seguido.

Martínez se fue tranquilo a dormir a su guarida. El sencillo plan había sido todo un éxito.

Martínez durmió perfectamente bien. Ni siquiera se puso el biper en los calzoncillos. No tenía caso. Sin embargo, para no despertar sospechas, en la mañana llamó a Vivanco y Sampedro como de costumbre. Se dedicó un buen rato a la limpieza y el orden de su guarida, la cual había descuidado

notablemente durante los últimos días. Se sentía muy contento, un par de veces hasta se sorprendió silbando una canción de Agustín Lara.

Mientras limpiaba los dos pisos a conciencia, no podía dejar de recordar el estado en que había encontrado el apartamento de la chiquita.

—Pinche cerda.

Sin embargo, uno de sus yos se dedicaba constantemente a defenderla:

«...pobre mujer... la infancia que debe haber tenido... igual y la violaba su padre... o su padrastro... o los dos juntos... tal vez su mamá era puta y de niña la obligaba a presenciar cómo se la cogían...»

La puta es ella —contestó en voz alta el policía Martínez—, y ya deja de hacerte pendejo. Esa perra no tiene remedio. Hay que mandarla a chingar a su madre.

Para no continuar con el asunto, el cual le ocasionaba primero dolor de corazón y a continuación dolor de cabeza, salió a comer. Sin embargo, no podía dejar de pensar en ella. De regreso en la madriguera, se sirvió un tequila y se puso a escuchar las últimas conversaciones de Yolanda. Eran bastantes, pero todo era lo mismo: quién trabajaba en tal parte, con quién andaba, si fulanita ya había tronado con fulano... Puras pendejadas. Sin embargo, en la última conversación registrada, había una voz masculina. Martínez la puso desde el principio y prestó atención:

—¿Flaca?

—¡Boniiiiitoo!, ¿dónde anda mi bonito?

—Acabo de llegar de Juárez, fui a hacer unos *bisnes*.

—¡Ashhh!... ¡Necesito verte, Bonito! Me tienes muy abandonada. No sabes cómo te he extrañado desde la última vez. Ya me hace falta aquello...

—Cómo no, flaquita, si para eso te llamaba. Nos vemos donde el otro día, ¿a las cinco?

—¿En el hotel?

—Simón.

—Ai' te veo, bonito.

—Traite algo de lana, flaquilla.

—Sí, Bonito. Bai.

Martínez volvió a poner el aparato en posición de grabar, como si no hubiera escuchado nada y no permitió que ninguno de sus yos dijera u opinara nada. Se sirvió un buen trancazo de tequila solo y se lo echó de un trago. Fue expulsando el aire poco a poco y de pronto, siguiendo un impulso, marcó el número de la chiquita. Obviamente estaba ocupado, pero al tercer intento pudo comunicarse con ella:

—¿Bueno?

—¿Chiquita?

—Sí, mi marciano, ¿cómo estás?

—Su tono era muy distinto al utilizado minutos antes con el Bonito.

—Bien, ¿te sucede algo?

—¿A mí?, no, nada, ¿por qué?

—Nomás. Oye preciosa, estoy en la ciudad y quiero verte.

—Ay marcianito, es que acabo de colgar con una amiga y quedamos de ir al cine.

—Es que necesito verte para darte un dinerito, muñeca. Tengo que salir hoy mismo a Guadalajara y tal vez regrese

hasta la semana próxima, pero como tú quieras...

El tono de voz de la chiquita se suavizó como por encanto:

—...a ver... sí..., déjame ver si la localizo... sí. No hay problema, yo me encargo. ¿A qué horas nos vemos?

—Yo digo que a las cinco.

—¿No te importa que sea a las seis? Ya ves que a esa hora hay mucho tráfico y no te quiero tener esperando.

—Bueno, a las seis te veo.

—Bai, mi vida.

No quiso explicarse por qué la había llamado, simplemente le había salido de los güevos.

Dedicó el tiempo a preparar su plan para aquella noche, el cual no era complicado en absoluto. De pronto se encontró pensando que tal vez aquella misma noche tendría al asesino en sus manos y sin embargo no se sentía demasiado ilusionado. Pero en cierta forma era lo normal. En primer lugar, aún no lo había atrapado y, en segundo, no podría darle ninguna publicidad al caso, y eso también contaba en su estado de ánimo. Y no es que Martínez deseara ser famoso o pasar a los libros de historia. Nada de eso. Sólo deseaba un reconocimiento a su labor.

Pensando en esto se quedó adormecido hasta que los toquidos en la puerta del tercer piso lo despertaron.

Yolanda venía más desnuda que vestida, con una minifalda roja que parecía de seda y le caía a la perfección sobre sus exquisitos muslos; una playerita que sólo revelaba más aún el tamaño y calidad de sus pezones y unos zapatos de tacón alto que la hacían ligeramente más alta que Martínez.

En otras circunstancias, el comandante se hubiera vuelto loco de placer al verla, pero no ahora. Sabía que no se había vestido así para él. El solamente era un cheque de una compañía de seguros disfrazado de vejete caliente.

De cualquier manera, no dejó que ella notara su desencanto:

—Chiquita, ¡qué preciosa estás!, ¿te viniste así en el metro?

—Cómo crees marciano, capaz que me cogen. Me traje el coche.

Yolanda puso rápidamente manos a la obra —manos al pene de Martínez, mejor dicho—, pero el comandante no tenía el menor deseo de tocarla. Viéndola allí sentada, toda vulgar, con las piernas cruzadas, enseñando la pepa, le despertó un sentimiento muy definido, algo que ni siquiera toda aquella belleza podía opacar: la chiquita le daba asco.

Retiró suavemente la mano de ella del pantalón y dijo:

—Orita no, mi vida.

—Y ‘ora, ¿por qué no?

—Es que ya casi tengo que irme, nena, sólo quería verte para decirte que te extraño muchísimo y para darte algo de dinero. Ya no quiero que estés pensando en trabajar. Para eso estoy yo, chiquita.

Martínez sacó de su bolsillo un buen fajo de billetes de a cien y se lo entregó completo. La chiquita lo recibió con la misma mirada que un crío recibe su golosina favorita.

—Esta es una primera cantidad chiquita, son ocho mil pesos. Cada quincena te voy a dar lo mismo, en vez de darte de a poquitos.

Apretando firmemente los billetes en su mano, Yolanda preguntó contenta:

—¡¿Cada quincena?! Ay marciano, gracias... muchas gracias marcianito.

—Y en cuanto tengan lista mi póliza te la entrego, para que estés a gusto. No quiero que te andes preocupando por pendejadas.

—Sí mi marcianito, ¿de veras no te da tiempo ni de un rapidito?

—No mi amor, no quiero perder el autobús.

—Bueno, pues no te entretengo, marciano, primero es el placer y luego el trabajo, ¿no?

—Al revés, chiquita.

—Bueno, como sea, otra vez gracias, mi vida. Nos vemos.

Le dio al marciano un abrazo que pretendió ser caluroso y salió de allí casi brincando de gusto.

Martínez se metió a bañar y trató de olvidarse de Yolanda para dedicar toda su atención al asesino. A las ocho y media de la noche, perfectamente arreglado de traje y corbata, salió rumbo a la parroquia.

Estacionó el vocho en el mismo sitio de los días anteriores y descendió del vehículo. Con paso firme se dirigió a la parte posterior de la parroquia y tocó con los nudillos en la puerta de la sacristía. Hubo de llamar varias veces antes de que la puerta se entreabriera. Un hombre medio calvo, de

lentes y ataviado de cura se asomó a medias.

—¿Sí?

—Buenas noches padre, soy el teniente Martínez de la policía judicial. Necesito hacerle unas preguntas —dijo, mientras mostraba su placa y su identificación.

El cura se puso pálido, aunque el teniente sabía que cualquiera palidecía al ser confrontado con un judicial, más aún con el tipo de hijo de la chingada de Martínez.

—Errr... ¡claro!, ¡sí! Pase usted, por favor. Martínez atravesó el umbral y el sacerdote cerró la puerta, mientras decía:

—Sígueme, por favor.

Pasaron por un pequeño patio, muy agradable, y subieron por unas escaleras de madera hasta el primer piso, donde entraron por la única puerta a una especie de estudio, bastante amplio, con mucha madera y mucho olor a incienso. Las paredes se encontraban tapizadas de libros y sobre un escritorio había un par de ellos abiertos, junto a una charola con una botella de Chivas a medias, una jarra con agua y un vaso.

—Tome asiento, por favor, teniente.

—Gracias.

Martínez tomó asiento y el cura hizo lo propio del otro lado del escritorio. Como respuesta a un vistazo que Martínez diera a la botella de escocés, el cura explicó:

—Tengo alta la presión, ¿sabe? y el escocés la baja...

—Eso dicen padre... ¿Tomás?

—Sí. ¿Nos conocemos?

—Pues usted a mí no, pero yo a usted creo que sí.

Mientras hablaba, Martínez estudiaba al cura, quien pasada la sorpresa inicial ahora se veía muy seguro de sí mismo. Tendría unos cuarenta y cinco años, pero la calvicie y los anteojos lo hacían lucir mucho mayor. Las venas de la nariz y otras zonas de la cara estaban reventadas. No se necesitaba ser un genio para saber que eran el símbolo de una larga e inútil lucha librada contra el alcohol.

El sacerdote preguntó sin desviar la vista de los ojos de Martínez:

—¿De la parroquia, tal vez?

—No padre, yo sólo soy parroquiano de cantinas; no creo que entre sus feligreses tenga a ningún elemento como yo. O al menos eso espero, por el bien de la Iglesia.

El padre mostró una agradable sonrisa y Martínez no pudo evitar sentir simpatía por el calvito aquel.

—¿Entonces?

—Ya llegaremos a eso padre, si no tiene usted inconveniente.

—Por supuesto que no, teniente, pero estoy un poco ocupado. Voy a tener que suplicarle que vaya al grano.

—Claro que sí, padre. Verá: estoy buscando a una persona que me salvó la vida.

El sacerdote miraba al comandante como si se tratara de un loquito.

—¿Y?

—Bueno, pues tal vez usted pueda ayudarme a encontrarlo.

—Si me dice de quién se trata, yo...

—Es que todavía no sé bien de quién se trata, padre, por

eso estoy aquí.

El padre le hizo un gesto para que continuara.

—Bueno, el tipo que me salvó la vida salió anoche de este edificio, a eso de las doce, a bordo de un automóvil Ford negro, con una calcomanía bajo las matrículas que dice: *Todo por Cristo*.

Martínez no le quitaba la vista de encima al sacerdote, quien permanecía impertérrito.

—¿Y?

—Y después se dirigió a una Zona Roja, cerca de aquí, frente a teléfonos y trató de alquilar a una joven prostituta...

Martínez notó un relámpago de inquietud en las pupilas del cura, pero nada más. Continuó pausadamente:

—Sin embargo, no pudo conseguirlo porque un Volkswagen blanco se estrelló contra la portezuela trasera izquierda del Ford negro y, ¿sabe qué, padre Tomás?

Sin quitarle la mirada a los ojos de Martínez, sin pestañear siquiera, el padre negó con la cabeza.

—El Ford se dio a la fuga. Como si el conductor deseara permanecer en el anonimato, al grado que prefería quedarse con el golpe a revelar su identidad...

Martínez dejó sus palabras en el aire mientras el cura lo seguía mirando, como hipnotizado. Finalmente suspiró hondamente y dijo:

—¿No le importa si me sirvo un poco de escocés, teniente?

—Por supuesto que no, padre, adelante.

—¿Usted gusta?

—No gracias, padre.

Con mano sorprendentemente firme, el sacerdote se sirvió una cantidad considerable de Chivas y luego agregó al vaso un poco de agua. Le dio primero un par de sorbitos como para ver si estaba bien así y luego se empujó casi la mitad del contenido de un solo trago.

Martínez lo dejó hacer. Aquello era parecido a un juego de póker, donde el comandante, sólo con las cartas que había a la vista, ya se perfilaba como el seguro ganador de aquella mano. Después de varios segundos en silencio, el cura terminó el contenido del vaso y volvió a servirse. Mientras lo hacía, habló:

—¿Y dice usted que esta persona le salvó la vida? ¿Puedo saber de qué manera?

—No tiene caso, es una historia muy larga y dolorosa, padre.

El padre dio unos sorbitos al nuevo trago y preguntó:

—¿Y qué piensa hacer cuando encuentre a esa persona, teniente?

—Lo primero, darle las gracias.

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo, que me explique ciertas cosas que últimamente han despertado mi curiosidad.

—¿Por ejemplo?

—Esta persona recogió a una prostituta cerca de la telefónica hace unas cuantas noches y la mujer terminó la jornada muerta, en un hotel de paso.

El cura volvió a beber, ahora se notaba mucho más relajado. El miedo inicial había cedido a una cierta confianza, gracias al tono y la buena disposición del comandante.

—Lo raro es que estaba muerta de una manera muy peculiar.

El sacerdote seguía con su vaso en la mano, sin decir palabra.

—¿Sabe cómo, padre Tomás?

El sacerdote movió la cabeza negativamente:

—¿De veras no lo sabe?

El padre Tomás bebió a fondo su segundo vaso y se puso de pie.

—¿Qué es lo que quiere, teniente?

—Quiero saberlo todo. Absolutamente todo: con pelos, señales, olores, sabores y texturas y si me convence lo que me platica entonces me iré como vine y nadie vio nada.

—¿Y si esta persona no quisiera hablar?

Martínez sacó delicadamente la Magnum de la sobaquera, abrió el barril y extrajo una de sus balas y se la extendió al cura, quien miraba fascinado todos los movimientos del comandante como aquel que mira los de una cobra. Tomó la bala en la mano y Martínez le sugirió amigablemente:

—Vea la punta, padre. ¿Ve la cera? Debajo hay un compuesto a base de ácido muriático. Una bala de ésas, digamos, en una pierna, vuela la pierna completa al impactarse y explotar. Al mismo tiempo libera un ácido que va quemando los pocos tejidos vivos que deja la bala. Por supuesto que es una muerte segura. Nadie ha parido un médico que pueda arreglar un cabronazo de ésos. Dicen que lo utilizan bastante en Colombia. Alguien me platicó que les disparan en la pierna, los encierran en un cuarto y les dejan

un revólver con una sola bala dentro, para que se suiciden y ¿qué cree, padre? La bala es de salva. ¡Qué mundo!, ¿no?

Martínez hizo una pausa para encender un cigarrillo y continuó:

—Claro está que no me consta, pero dicen que después de un minuto o así hay que arrancarles la lengua, porque los aullidos de dolor son insufribles hasta con cubreorejas.

¿Cómo la ve, padre?

Lo que más lo asustaba de Martínez no era el relato en sí, sino el tono de voz. Parecía que estaba solamente narrando una fábula o un cuento infantil. Su delicadeza para tratar el tema y el tono bajo producían escalofríos.

El sacerdote dejó la bala sobre el escritorio, frente a Martínez, quien la puso en su sitio, cerró la Magnum y la metió de vuelta en la sobaquera. Después, con la mayor naturalidad del mundo, le sirvió al sacerdote un Chivas con agua, en la misma cantidad y proporción que los anteriores.

El sacerdote dio las gracias y bebió el vaso casi completo. Después tardó unos segundos en tomar aire y finalmente dijo:

—¿Qué quiere saber, teniente?

—Ya se lo dije, padre: absolutamente todo, desde un principio.

El padre Tomás caminó lentamente por el estudio, en silencio. Martínez no lo apresuró en absoluto. Después de

unos segundos, el sacerdote empezó a hablar:

—Antes que nada, teniente, déjeme aclararle que no soy un asesino. Puedo decir que todo se debió a un accidente.

Volvió a guardar silencio y a servirse escocés con agua; bebió pausadamente esta vez y de la misma manera retomó el hilo de la plática, distante, como si estuviera hablando consigo mismo:

—Nadie se puede imaginar lo que es esta vida, teniente. Me refiero a la vida de cura, todo el tiempo encerrado, luchando por conservar la fe que se desmorona minuto a minuto... viviendo artificialmente... Es un mundo por completo artificial, de principio a fin. Aquí dentro, todos fingimos ser muy santos y muy buenos y a la mera hora somos peores que el resto de la humanidad. Aquellos que no conocen los mecanismos internos de la Iglesia no pueden imaginarse en dónde estamos metidos. Peor aún cuando pretendemos poseer la patente de la bondad y el amor al prójimo. Pura falsedad, teniente. El ser humano es diferente de los animales no por su inteligencia, sino por su gran mezquindad. Y aquí dentro es peor aún. Nadie puede imaginarse cómo se pelean el poder, y no sólo en niveles altos, también en los más inferiores. Aquí mismo, dentro de la parroquia, somos cuatro y no haya cuál irle, teniente.

Dio un par de sorbos a su trago y continuó hablando mientras se paseaba suavemente por el estudio:

—Me imagino que de alguna manera casi todos terminamos decepcionados. Nadie lo dice con claridad, pero se siente en el ambiente. Y es obvio, pues tal parece que hacemos exactamente lo contrario de lo que predicamos. Yo

creo que por eso muchos de nosotros buscamos falsos escapes: a mí, ya ve usted, me dio por el alcohol; hay otros que les da por las mujeres, o por los hombres, o hasta los niños; algunas veces, todo esto junto. Pocos son los que se salvan del contagio teniente, puede creerme.

Hizo una pausa, pensativo, y continuó:

—Y debo confesarle que no me metí a cura por vocación. Nada de eso. No estaba tratando de poner mi vida al servicio del Señor. No. Para mí era una suerte de refugio. Como puede ver, no soy precisamente un adonis, además de calvo y miope. Mi niñez y mi juventud fueron una larga broma cruel. Ninguna mujer me prestaba la menor atención. Casi no tenía amigos y los hombres no me atraían, así que decidí ingresar al seminario. Durante algún tiempo logré seguir engañándome, pensando que era mi bondad natural la que me había inclinado al sacerdocio. Pero uno no puede mentirse a sí mismo durante mucho tiempo, sobre todo cuando se tienen todas esas horas al día exclusivamente destinadas a pensar. Cuando me ordené, ya estaba convencido de que había cometido un gran error. Había tratado de escapar a un drama escondiéndome en una tragedia.

El padre Tomás hizo una pausa, bebió de su vaso y, distraídamente, encendió una varita de incienso. Luego suspiró y continuó, con la misma cadencia:

—Por otra parte, ya no era un jovencito, no era cosa de empezar desde abajo en algo diferente. Decidí mejor tratar de aprovechar lo que tenía en mi haber. Me dediqué entonces a hacer política. Déjeme decirle que si la política es sucia por naturaleza, aquí no tiene nombre. Poco a poco, urdiendo

intrigas, revelando secretos, pisando a mis compañeros para convertirlos en los escalones de mi ascenso, fui escalando diferentes puestos. A mayor altura, peor el ambiente. No puede imaginarse las conversaciones que llegué a escuchar en casa del cardenal o del nuncio apostólico. De cualquier manera, mi meta era llegar a ser, por lo menos, obispo. En esos puestos se maneja mucho poder y mucho dinero, teniente. Puede decirse que hace uno lo que quiere. La sangre de la Iglesia es el dinero, y no se imagina los torrentes que corren por sus venas...

Martínez observaba al reverendo Tomás sin perder detalle de lo que decía. No tenía para nada la personalidad de un asesino. Así como el caso era *sui generis* en todo, el protagonista principal no podía ser la excepción. El comandante siguió estudiándolo mientras hablaba:

—Sin embargo, en la política hay que tener dos atributos antes que nada: ser institucional y muy paciente, y a mí comenzó a fallarme lo segundo. Los años se me venían encima y ya tenía mucho tiempo en el puesto de secretario auxiliar del cardenal. Es un trabajo de una gran responsabilidad, pero todo el mérito se lo lleva el secretario particular. Así las cosas y viendo que no avanzaba en mi carrera política dentro de la Iglesia, calmaba mi creciente ansiedad con el alcohol. Por razón natural, empecé a cometer errores, a oler mal, a llegar tarde. La gente a mi alrededor, no muy cristianos, que digamos, se encargaban de criticarme a escondidas con todo mundo, hasta que los rumores llegaron al propio cardenal y sencillamente prescindió de mis servicios... Perdón, ¿no lo estoy aburriendo, teniente? ¿Prefiere que vaya directo al

grano?

—Por supuesto que no, padre. Le ruego que continúe.

—¿No quiere beber algo?, ¿un refresco, tal vez?

—Nada padre, gracias, soy todo oídos.

—Bueno, como le decía, a cierto nivel se conocen muchos secretos así que no me mandaron a la calle, sino como secretario adjunto del señor obispo. Allí no duré ni tres meses. Un día me caí de borracho en pleno oficio. Me enviaron a una clínica que tienen, especializada, para cierta jerarquía solamente. Todos allá dentro son adictos. Es como un club. Me propuse salir del bache, seguí todos los programas, atendí todas las conferencias y finalmente me dieron de alta y me mandaron a una parroquia en el sur de la ciudad, casi en calidad de monaguillo. Sin el alcohol en mi vida, pude escalar algunos puestecillos hasta llegar a éste, que bien o mal, es bastante cómodo. Es una parroquia con dinero, tengo mi propio estudio como puede usted ver y hago uso del automóvil cuando lo deseo. Además, soy el tesorero y dispongo de bastantes fondos. En fin, no estoy en la gloria pero estoy bien. O mejor dicho, *estaba* bien.

El reverendo se sirvió lo último que quedaba en la botella y sacó otra igual, nueva, de uno de los cajones de su escritorio. La abrió sin muchos cuidados y se completó la dosis en el vaso. Esta vez lo bebió de golpe, sin agua.

Martínez notó que el padre ya estaba un poco ebrio, aunque tenía buen control de su persona.

El padre guardó silencio un buen rato, como si estuviera ordenando sus ideas, por fin, empezó a caminar de nuevo, lentamente, y continuó su relato:

—Hasta hace tres meses, pensaba que si seguía como iba podía llegar a funcionario en la diócesis y de allí para arriba. A mí estas cosas de las misas y eso, créame teniente, no son mi fuerte. Hablando en plata y va usted a perdonar mi expresión, prefiero la grilla.

Martínez sonrió. A medida que avanzaba en su historia, el padre le había resultado simpático. De no ser porque era un homicida, por lo demás se veía una persona muy decente.

—Quise hacer este breve bosquejo de mi vida, teniente, para que viera usted que no soy un delincuente profesional, ni mucho menos.

—Ya me di cuenta, padre. Continúe, por favor.

—Bien... Una noche, como le digo, hace unos tres meses, a eso de las once, llamaron a la puerta de abajo, la de la sacristía, y bajé a ver de qué se trataba. Me encontré con un hombre muy angustiado; su hermano estaba agonizando y deseaba confesarse. Estuve a punto de sugerirle que llamara en el edificio de enfrente, pero se veía tan alterado que decidí acompañarlo. Vivía aquí cerca, un par de manzanas, tal vez. Cuando llegué al lado del enfermo, el olor era insoportable. Según me había explicado el hombre durante el breve trayecto, su hermano era antropólogo y había llegado hacía poco de Egipto, sintiéndose bastante mal. Ahora tenía la piel plagada de cáncer. Tal parecía que había contraído algún hongo o algo así al explorar una tumba. El pobre estaba pudriéndose literalmente, teniente. Tras contener la náusea me acerqué a él y pedí que nos dejaran a solas. El hermano y su esposa salieron y me dejaron con el moribundo. Onofre era su nombre.

El sacerdote se sirvió más alcohol y bebió en silencio, con la mirada perdida, como si buscara en sus recuerdos. Luego de unos segundos, continuó:

—Le habían inyectado mucho demerol para calmar sus dolores, así que casi todo el tiempo alucinaba. No obstante, decidí quedarme a su lado unos minutos, más que nada, para dejar a la familia tranquila. Entre sus alucinaciones, el antropólogo hablaba de tumbas y bandidos y una sarta de incoherencias que a mí me parecían resultado del demerol. Mencionaba unas mujeres en Egipto, asesinatos, un papiro, en fin, todo tipo de cosas. De pronto se puso a hablar en una lengua que supuse sería árabe. Yo trataba de calmarlo, repitiéndole que en nombre de Dios lo perdonaba, que estuviera tranquilo, pero en una de éstas habló con absoluta claridad; con esa lucidez que solamente se ve en los que están a punto de morir. Me dijo que Dios lo tenía sin cuidado, que lo importante era destruir *la libreta*. Entonces entró en otro lapso de incoherencias y decidí marcharme. Al acercarme a darle la bendición me tomó del brazo con una fuerza inexplicable en un hombre en aquellas condiciones y me insistió con desesperación que destruyera la libreta.

»Decidí seguirle la corriente, y le pregunté dónde estaba la dichosa libreta. Me señaló una gaveta y me urgió que buscara en el primer cajón. Sólo para darle gusto al moribundo, pues lo suponía drogado, hice lo que me indicaba, pero no había ninguna libreta. Le entró un ataque de tos y entre tosidas alcanzó a decir que buscara bajo el paño. Fue lo último que dijo, después murió. Sólo por no dejar arranqué el paño que cubría el cajón y allí estaba. Era sólo un cuaderno de

apuntes. Lo hojeé rápidamente. Había anotaciones y diagramas. Aparentemente, nada que pudiera ocasionar tal ansiedad en un hombre que está a punto de morir. De cualquier manera, bendije el cuerpo de Onofre, le di el pésame a su hermano y su cuñada y salí de allí con la libreta bajo el brazo.

»La archivé distraídamente en mi librero y la olvidé por completo, pero un día estaba acomodando los libros y me topé de nuevo con ella. Abrí alguna página al azar y de pronto me vi envuelto en una lectura muy interesante toda, pero el meollo del asunto es que las anotaciones contienen una fórmula, teniente. Una fórmula para procurarle placer sexual a las mujeres.

—Eso imaginaba —dijo Martínez, con satisfacción.

—No es gran cosa. Parece increíble que tal sencillez sea letal, y más increíble aún que alguien más no lo haya descubierto.

—No siga, padre. No quiero saber más sobre eso. Con saber que se trata de una combinación me basta. Lo deduje desde un principio, modestia aparte.

—¿No tiene curiosidad?

Martínez notó que el párroco ya arrastraba un poco la lengua al hablar.

—Sí padre, como de muchas otras cosas. Por ejemplo, tengo la curiosidad de saber qué se siente meterse un plumazo en la cabeza, sin embargo, prefiero quedarme con la curiosidad. En este caso, me sucede lo mismo. Así que prefiero aguantarme la curiosidad a tener que aguantarme la tentación, padre. Dejémoslo así.

El padre lo observó a través de sus gruesos lentes, con una mezcla de sorpresa y admiración.

—Tiene razón, teniente. Ya ve, piensa usted más como cura que yo mismo.

—Lo que sí quiero saber es por qué lo hizo, padre. El reverendo se tomó unos segundos antes de contestar:

—La primera vez, por mera curiosidad, teniente. Leí y releí la libreta de anotaciones y la simplicidad del asunto llegó hasta parecerme cómica, pero algo dentro de mí decía que podía ser cierto. Pues bien, soy humano. O eso creo. Pero tuve la incertidumbre metida en todo el cuerpo como un tumor maligno. Por fin, un día me decidí a probarlo. Déjeme decirle que estaba casi seguro de que no funcionaría y que por esa razón me atreví a hacerlo. Debe creerme.

—Le creo, padre.

—No soy un hombre muy experimentado. Con trabajos he tenido unas cuantas aventurillas... Usted sabe, algunas feligresas le toman a uno demasiada confianza... En fin, cuando noté que la prostituta se estaba excitando en serio, yo también me excité, teniente. Como nunca, créame. Seguí adelante y cuando estaba como una loca, y déjeme subrayarlo, *como una loca, de puro placer*, entonces invertí la combinación y al mismo tiempo solté el muslo... la mujer murió convulsionándose de gozo, teniente. No puede usted imaginarse lo que es eso. Créame que hasta podía sentir cómo pasaba su alma a través de mis dedos y fue la sensación más extraordinaria y deliciosa que he sentido en mi vida. Un orgasmo es *nada* comparado con eso... Podría decirle mil cosas, pero de nada serviría, no hay forma de explicarlo.

El padre se perdió en el fondo de su vaso unos segundos, con la satisfacción más completa reflejada en el rostro.

—¿Por eso asesinó a las otras, padre? ¿Por puro placer?

—Puede creerme que no fue tan fácil decidirme, teniente. Mi conciencia no es tan laxa. Sin embargo, traté de refugiarme en el alcohol después de la primera vez y lo único que conseguí fue enloquecerme aún más y seguir adelante.

—Acláreme algo, padre.

—¿Sí?

—Se trata de dar placer al máximo, no de matarlas, ¿no existe una medida?

—Mi querido teniente, ése es precisamente el secreto que descubrió el difunto Onofre: *el placer sexual no tiene límite, es la antesala de la eternidad.*

El padre dejó pasar unos segundos y agregó, convencido:

—Es más potente que la más potente droga. Ellas piden más y más y se están revolcando con el culo al aire y siguen pidiendo más y rugen de placer, teniente, con una carga de sensualidad inconcebible. No creo que se den cuenta de que se están muriendo de placer...

Martínez se sintió de pronto ridículo, allí sentado, muy correcto, en una parroquia, arriba de la sacristía, escuchando a un sacerdote con sotana y todo, hablando del placer sexual femenino ¡y de primera mano!

Encendió un cigarrillo y luego pidió:

—Dígame algo más, padre, ¿por qué no les borraba la sonrisa?, es un procedimiento muy sencillo. De hecho, fue la sonrisa lo que me condujo hasta usted.

El padre lo pensó unos instantes y contestó:

—No sé... No podía tocarlas... tal vez no quería tocarlas para no dejar huellas... La verdad es que no se me había ocurrido...

—Si siempre alquilaba mujeres aquí cerca, ¿cómo llegó a Las Lomas?

—Por un catálogo. Como nuestro número es el original y el del edificio es el mismo, pero bis, se confunde fácilmente la correspondencia. Un día venía entre ésta un catálogo con el eufemístico nombre de «edecanes». Se trataba de mujeres bellísimas, pero lo que capturó mi atención fue el subrayado de «absoluta discreción». De manera que me puse en contacto con la que más me gustó de todas. Llamé y la mujer me dio todas las instrucciones de cómo llegar, qué hacer para entrar al estacionamiento, dónde tomar el elevador, en fin, todo. Era mucho más cara que las de la telefónica, pero sonaba a mayor seguridad. Sin embargo, al ir a tomar el ascensor noté que había una cámara de vídeo y eso no me gustó, así que volví a la zona de teléfonos, como usted bien sabe.

—¿Le cobró tres mil pesos?

—Así es, teniente, ¿cómo lo supo?

—Es mi trabajo.

—Créame que lo admiro. Y por varias razones, teniente. En primer lugar, nunca pensé que alguien le fuera a prestar atención a esas pobres mujeres. Tampoco me imaginé que lo consideraran homicidio.

—¿Qué pensó, entonces? ¿Que lo considerarían una epidemia?

—No necesariamente, pero en una ciudad de este tamaño, con toda la burocracia existente, los narcos, la

inseguridad, asaltos, secuestros, robos, no me imaginé que la policía tuviera tiempo para estas cosas.

—Y normalmente así es, padre. De hecho, descubrí todo por mero accidente.

Martínez le narró rápidamente al padre toda la historia de sus pesquisas, desde la mujer de Las Lomas hasta ese momento. El sacerdote ya estaba visiblemente ebrio, pero era innegable que a cada parte del relato más admiraba al comandante. Al terminar, Martínez preguntó:

—¿Dónde está la libreta, padre?

—La tengo aquí mismo, en el librero. —Se levantó con cierta dificultad y se dirigió a uno de los estantes, volviendo en unos segundos con un cuaderno en la mano.

—Aquí la tiene.

Martínez la hojeó rápidamente, sin prestar atención a los detalles, sólo para cerciorarse de que era la misma de la que el padre Tomás había hablado. A continuación, la arrojó con cierto desprecio sobre el escritorio. Se puso de pie, estiró las piernas y dijo:

—Muy bien padre. Una última pregunta, de carácter personal.

--Cómo no, teniente, dígame.

—¿No se arrepiente?

—Tal vez al principio, pero con el transcurso del tiempo es infinitamente mayor la satisfacción que la culpa. No quiero hablar como un cínico, teniente, pero esas mujeres me produjeron las sensaciones más intensas de toda mi vida. Tengo cuarenta y seis años y no puedo recordar nada que me haya hecho sentir ni siquiera algo remotamente parecido.

Hablando sinceramente, considero que mi vida valió la pena sólo por las últimas semanas, teniente.

Martínez guardó silencio unos segundos, analizando lo que acababa de escuchar. Y por fin sentenció:

—Yo también le voy a ser sincero, padre Tomás. Desde un principio, había decidido que al dar con el culpable lo ejecutaría sumariamente, para que no se propagara el mal. Pero no me imaginé que me iba a encontrar a una persona como usted. He tratado con miles de homicidas y usted es un caso único, padre, por lo cual, debo actuar de manera excepcional. Además, la forma en que actuó durante los homicidios le concede otro atenuante. Por si fuera poco, me salvó usted la vida. De no habersele ocurrido probar la combinación, yo no estaría aquí en este momento.

El sacerdote parecía haber perdido la borrachera y se puso muy serio, como para esperar una sentencia.

—Así que no se volverá a hablar del asunto. Usted es la única persona que sabe de esto, ¿verdad?

—Así parece, teniente.

—Muy bien. Así se queda la cosa entonces. Éste no es un secreto para más de uno. Sé que es usted un hombre de palabra. Debe jurarme que jamás volverá a hacerlo y, por supuesto, nunca le platicará a nadie sobre este asunto, padre.

El padre no tardó mucho en contestar:

—Por supuesto, teniente, se lo juro.

—Le creo padre, pero de cualquier manera, si un día la tentación es demasiado grande, sólo acuérdesse de mí y verá que se le pasa. De otra manera, si vuelve a aparecer algún caso como éste, no me importa quién sea el responsable, vengo por

usted y me lo chingo, ¿está claro?

—Muy claro, teniente.

—Esta conversación nunca existió.

—Desde luego, teniente.

—Bien padre, lástima que hayan sido éstas las circunstancias, pero debo admitir que fue un placer tratar con usted.

—Igualmente, teniente. Créame que me esperaba otra cosa cuando lo vi en la puerta.

—Adiós, padre. Cuídese. ¡Ah!, y otra cosa, esta vez destruya la libreta.

—Claro que sí, teniente, lo acompaño.

Salieron al descanso de las escaleras, con el padre por delante y de pronto Martínez estiró los brazos como si fueran dos serpientes y... ¡CRAC!..., rompió limpiamente el cuello del sacerdote. Sin dolor. No tenía por qué hacerlo sufrir, después de todo, el padre Tomás le había caído simpático.

Volvió al estudio, limpió el cenicero que había utilizado y revisó que no dejaba ninguna huella de haber estado allí. Siendo el policía que era, no le costó mucho trabajo. Finalmente, recogió la botella de escocés con un pañuelo desechable y se metió la libreta bajo el brazo. Arrastró un poco el cadáver y luego lo empujó escaleras abajo. Arrojó después rodando también la botella abierta de Chivas. Con los antecedentes del padre, nadie dudaría de que había sido un accidente.

Con su nueva adquisición bajo el brazo, Martínez salió de la parroquia y se dirigió tranquilamente al Volkswagen.

Como suele suceder con algunas cosas, Martínez no le prestó la menor atención a la libreta, una vez de regreso en la madriguera. En cambio, le prestó mucha atención a sus tequilas con limón.

Se sentía muy extraño. Desde luego, no debido a la ejecución del padre Tomás. Para nada. Eso había sido solamente una maniobra profiláctica. No podía dejar vivo al padre, por simpático que le pareciera o porque le había inspirado cierta ternura imaginarse al calvillo grillándose al cardenal. Un secreto de esta categoría no podía estar en manos de cualquiera. Era buena gente el cabrón, pero se había llevado a la tumba a varias personas. Y con todo y su simpatía quién sabe hasta dónde hubiera llegado, de no entrar Martínez en escena. No, el padre lo tenía sin cuidado. Se sentía raro por otras causas. Para empezar, sentía un enorme vacío. Gracias al asesino, Gilda, Vivanco, las matrículas y todo lo demás, había pasado unos días en absoluta actividad policiaca. Ahora que todo había terminado no era tan fácil hacerse a la idea de volver a la rutina anterior.

Y sin la ilusión de la chiquita.

De alguna manera, Yolanda sí había asesinado una buena parte del marciano: su futuro.

Por un lado, la satisfacción de haber coronado sus esfuerzos era muy grande, pero su luz se opacaba rápidamente ya que, según Martínez calculaba, una vez descubierto el asesino, se había derrumbado de pronto todo

su mundo. El asesino había sido la columna vertebral en la vida de Martínez durante los últimos días. Indirectamente, lo había ayudado a descubrir secretos de su propia vida personal y le había salvado la vida. Había sido prácticamente su razón de ser.

Martínez había ido acumulando una gran cantidad de tensión en los últimos días y de pronto ésta fue cediendo a una velocidad deliciosa, como si hubieran desinflado un globo. El marciano se acurrucó en su sillón y a pesar de la posición, durmió varias horas como un niño de pecho con buena digestión.

A la mañana siguiente, su instinto de conservación se encargó de animarlo: todavía tenía pendiente el otro caso, el de la chiquita y el Bonito, o sea que chamba sí habría.

Y la libreta.

Cumplió con la rutina de llamar a Sampedro y a Vivanco, como si no hubiera pasado nada. No era el momento de compartir información y mucho menos de esa clase.

Después salió a comer algo y aprovechó para devolver el Volkswagen a la arrendadora —donde tuvo que cubrir una cantidad extra, por el golpe que le había dado al Ford del padre Tomás— y volvió a su refugio.

Por supuesto, se le quemaban las entrañas por estudiar la libreta, pero le gustaba disfrutar de aquel cosquilleo de curiosidad, que en este caso, debido a la magnitud del secreto, rebasaba cualquier parámetro y, como si se tratara de la seducción de una deliciosa hembra, Martínez decidió prolongar aún más el placer previo al placer.

Dejó la libreta frente al interceptor y regresó el carrete

con las últimas conversaciones de la chiquita.

Había una que sólo contribuyó a que la despreciara aún más. Yolanda había hecho la llamada justo al salir de ver al marciano y recibir su dinero:

—«Tanderillos.»

—Oye, ¿no andará por allí el Bonito?

Por aquí andaba, deja ver, ¿quién lo busca?

—Nomás dile que la flaca.

—¿Cuál de todas?

—¡Ashhh! Tú nomás dile, ¿sí?

Se escuchaban sonido de copas y una música bastante fuerte, seguramente se trataba de un *table dance*.

Pasaron casi dos minutos antes de que el pinche bonito se dignara contestar, tal vez se había estado refinando un churro en la banqueta, como era su costumbre. Por fin, contestó de mala gana:

—Bueno.

—¿Bonito?

Y barato, ¿qué onda, flaca?, ¿cómo te fue?

—De pelos. Ni siquiera me lo tuve que coger. Ya casi tiene la póliza y además me regaló una lana.

—¿Cuánto?

—Tres mil pesos, mi rey.

—Bueno, pus vente p'acá y celebramos, flaca, nos vemos en la cafetería de la glorieta del metro en una hora.

—Sí mi bonito. Pero hay un chingo de tráfico, no te me desesperes.

—Pus entonces ya cuélgale y métele, flaquilla.

—Sí, Bonito. Bai.

La voz de los conspiradores le había alterado un poco los nervios al comandante, pero para bien. Se le tensaron todos los músculos, como si fueran cuerdas de piano que se estuvieran afinando.

—Pinche puta mentirosa —dijo en voz alta el marciano—. ¡Tres mil pesos! Hasta a tu padrote engañas, cabrona.

A continuación volvió a sentir un gran vacío en el pecho, pero éste desapareció de inmediato cuando sus ojos se posaron en la libreta de Onofre. No pudo aguantar más la tentación y procedió, primero, a hojearla solamente. Contenía anotaciones, dibujos, planos, incluso algunos bosquejos y todo estaba perfectamente ordenado. Todas las anotaciones estaban hechas en forma de diario.

El comandante bajó al tercer piso por un garrafón de Herradura y un litro de jugo de limón y se instaló en su sillón cómodamente, dispuesto a estudiar *la libreta de Onofre...*

Egipto

Originalmente, nos habían enviado al Valle de los Reyes, pero a última hora, la burocracia egipcia había decidido que levantáramos una serie de inventarios en unas excavaciones cercanas al templo de Horus.

Permanecimos en aquel solitario lugar durante veinte días y una vez concluido el trabajo, la cuadrilla de obreros había partido, quedando en el campamento un guía, el arqueólogo adjunto del gobierno egipcio, dos cargadores y yo.

Pensábamos marcharnos tres días después, una vez que llegaran los encargados de la vigilancia y hubieran concluido los inventarios de lo encontrado. Esa noche, después de cenar,

me había embriagado celebrando la conclusión de mi trabajo y me fui a dormir, dejando a los dos cargadores como vigías. Debido a la abundante cena y al exceso de alcohol, a eso de las tres de la madrugada me despertó un repugnante malestar estomacal. Salí apresuradamente de mi tienda de campaña y alcancé a alejarme unos cincuenta metros del campamento, antes de que mi estómago devolviera todo lo que había ingerido. Sin embargo, gracias a mi mala digestión, pude salvar la vida.

Me encontraba recuperándome del esfuerzo, cuando escuché unos alaridos provenientes del campamento. Me quedé paralizado unos instantes, mientras los gritos aumentaban y detonaban varios disparos. Me acerqué a una distancia prudente, cobijado en la oscuridad de la noche y pude ver de qué se trataba: eran bandidos del desierto. Desde la época de los faraones, estas bandas merodeaban tumbas y pirámides, en busca de objetos valiosos, y su modo de operar era similar al de antaño; primero torturaban a los integrantes de los campamentos para que confesaran dónde estaban los tesoros, después los asesinaban brutalmente y luego con la mayor tranquilidad saqueaban el lugar a discreción. Por lo general eran grupos de diez o quince maleantes, bien armados y adiestrados en las difíciles artes de la tortura y el asesinato. Así pues, sin volver la vista atrás y evitando que mi cerebro se distrajera pensando lo que les estaba sucediendo a mis compañeros de trabajo, me alejé lo más rápidamente que me permitían la oscuridad y la accidentada topografía, desplazándome casi a tientas.

No llevaba recorridos unos trescientos metros, cuando al

remontar una empinada duna, resbalé y fui a caer dentro de una especie de pozo. En la loca caída, mi cabeza golpeó contra algo muy duro y perdí el conocimiento.

El sol estaba en todo lo alto cuando desperté. Me llevó un buen rato aclarar mi cerebro. Mi primer impulso fue salir del foso y volver de prisa al campamento, abrigando la remota esperanza de encontrar algún sobreviviente. Sin embargo, al ponerme con trabajos de pie y darme cuenta en dónde me encontraba, desaparecieron todas las culpas hacia mis compañeros, el terrible dolor de cabeza y la respetable cruda que traía encima.

Mis ojos simplemente no podían creer lo que veían, y por un momento pensé que estaba siendo víctima de una alucinación. Palpé la pared que tenía frente a mí, o, mejor aún, la fui acariciando poco a poco, como si deseara que el fino relieve de los jeroglíficos se me metiera dentro. De acuerdo con las inscripciones, se trataba de la tumba de la hija de un ministro de la corte de un faraón, muerta a la edad de dieciséis años. Según la leyenda en la puerta de la tumba, aquel que se atreviera a violar el lugar, pagaría con su vida la profanación.

Después de un rato de contemplar embelesado mi hallazgo, salí del foso y corrí en dirección al campamento, pensando que en caso de encontrarme con algún sobreviviente, yo mismo lo despacharía al otro mundo; para que nada ni nadie obstaculizara la preciosa labor que me aguardaba dentro de la recién descubierta tumba.

El campamento todo era un desastre. A simple vista, el guía estaba completamente desmembrado; al antropólogo del

gobierno egipcio le habían arrancado la cabeza.

No quise ver más. En condiciones normales, habría pronunciado unas plegarias y hubiera igualmente enterrado a los muertos. Pero éstas no eran para nada condiciones normales. No todos los días se descubría una tumba virgen.

De lo que había sido el campamento, los bandidos no habían dejado en pie gran cosa. No obstante, entre los escombros pude encontrar mi maletín básico, una linterna, un pico, una máscara antigases y un par de bidones con agua. Después de apagar la sed y cargado con lo necesario —e ignorando por completo la masacre—, volví rápidamente al foso y luego de casi tres horas de trabajo, logré descubrir la ingeniosa trampa que abría la puerta de roca maciza.

Me coloqué la máscara antigases y ayudado de la linterna que habían ignorado los bandidos, penetré en la tumba, invadido de una emoción indescriptible.

Una por una fui iluminando las distintas cámaras del complejo mortuario, sorprendiéndome más a cada paso. La tumba no tenía en sus paredes un solo motivo de inmortalidad o alegría sino que estaba pintada toda de negro. Era una tumba de absoluta desolación.

Al ir avanzando, notaba que iba descendiendo considerablemente. Aunque firme, el piso era muy inclinado a tramos. Me encontraba anonadado ante la profundidad y negrura de la cripta. A través de mi larga carrera como antropólogo, nunca me había enterado de que existiera algo parecido.

Por otro lado, la limpieza del lugar era muy desconcertante. Tal parecía que en aquel sitio nunca hubiera

habitado una rata o una araña. Daba la impresión de que allí no hubiera habitado *nada*.

Después de una cámara relativamente amplia, me encontré con otra puerta de roca maciza, lo cual me sorprendió más aún. Tardé una media hora en abrirla y por fin entré al salón donde se encontraba el sarcófago. Lo estudié minuciosamente, antes de intentar abrirlo. Estaba fabricado en roca negra, tallada; grabadas en ella pude descifrar algunas leyendas que indicaban el linaje de la muerta. De acuerdo con esto, la joven mujer era la tercera hija de un ministro del faraón. Aunque las fechas coincidían con la cuarta dinastía, la arquitectura de la tumba y el propio diseño del sarcófago no correspondían en absoluto a esa época —ni a ninguna otra, para ser exactos. Se mencionaba que la joven mujer había muerto a la edad de dieciséis años, debido a una terrible y contagiosa enfermedad y se advertía seriamente a cualquier intruso que se abstuviera de profanar la última morada de la muerta. A continuación, venía una buena colección de maldiciones, aparentemente sin destinatario y al final, una advertencia como otras muchas que ya conocía. Sin embargo, debido a la desolación de la tumba, sentí escalofríos en todo el cuerpo al leer:

PÚDRASE AQUEL QUE OSE PROFANAR ESTA MORADA

Sin embargo, la curiosidad fue mucho más fuerte que mis miedos y removí con trabajos la pesada tapa. Dentro, encontré otro sarcófago, más pequeño, negro, de madera, con la forma de la muerta; sin una sola marca o incrustación. Abrí

el segundo sarcófago y al final me encontré con un tercero, también negro, pero de madera esmaltada, imitando todo el cuerpo y el rostro de la muerta. La pieza se encontraba en un estado de conservación como nunca antes había visto. La luz de la linterna se reflejaba en el sarcófago, emitiendo destellos brillantes y creando todo un juego de luces dentro del negro salón. Al iluminar la cara del ataúd, tuve la sensación de que las pupilas no sólo brillaban con luz propia, sino que me observaban y seguían con atención todos mis movimientos.

Nunca me había sentido tan nervioso. Y no se trataba solamente de la emoción propia del descubrimiento, sino que tenía una especie de miedo, sobre todo al recordar que estaba completamente solo, dentro de un agujero, en medio del desierto, con la única compañía de una muerta. Pensé en salir a tomar aire y regresar más tarde, pero sabía que si salía no tendría el valor para volver a entrar. Así que, tratando de controlarme, respirando con dificultad a través de la máscara antigases, me dediqué a abrir el tercer y último sarcófago. Al deslizar la tapa, habría jurado que había escuchado un largo suspiro femenino. Pero estaba tan nervioso que podía escuchar cualquier cosa.

Por fin, llegué hasta la momia.

Se encontraba toda envuelta en vendajes negros y en perfecto estado, como si el ataúd hubiera estado sellado al vacío. Sin pensarlo siquiera, extraje unas finas tijeras de mi maletín y corté con cuidado los vendajes. Después de realizar el trabajo con suma precaución, hice a un lado las vendas, lentamente, comenzando por el rostro, el cual iluminé de cerca con la linterna y al hacerlo sentí que se me helaba la

sangre. El rostro de la momia, lejos de revelar una mueca de contracción por la acción de los momificantes, mostraba en cambio una enorme y macabra sonrisa. De pronto, aluciné que me encontraba en presencia de la muerte misma. Al retirar los vendajes del tórax, me encontré con otra sorpresa: la momia tenía entre sus manos cruzadas sobre el pecho, nada menos que un pequeño rollo de papiro, asido fuertemente.

Sin saber por qué, cuando me di cuenta, ya estaba cortando la piel acartonada de la momia y con extraordinario cuidado removí el rollo. Al tenerlo finalmente entre mis manos, una extraña sensación me recorrió todo el cuerpo. Parecía que hubiera recibido una especie de descarga eléctrica.

A continuación, sin dudar un instante, cerré cada uno de los sarcófagos, luego volví a sellar la entrada de roca de la cámara y salí de allí a gran velocidad, como si conociera de memoria el camino, corriendo con el papiro en una mano y la linterna en otra. Al llegara la puerta principal, removí una parte del mecanismo y la cerré, de manera que solamente pudiera abrirse con dinamita, y luego salí del foso. Ya había oscurecido, pero aun así, me pasé un buen rato llenándolo con arena, hasta que el acceso a la tumba quedó prácticamente oculto. Una vez terminada la faena, me eché sobre la arena y me quedé dormido.

Desperté al amanecer, guardé muy bien el papiro en mi mochila y fui en busca de ayuda.

No mencioné a nadie mi hallazgo. El papiro absorbió toda mi atención día y noche. Me dediqué en cuerpo y alma a interpretarlo. Poco a poco fui descubriendo que se trataba de

los registros referentes a las investigaciones sexuales de la noble. Había descripciones y dibujos, flechas, indicadores, códigos. Las anotaciones concluían en una combinación efectuada con los dedos índice, pulgar y medio, en un punto localizado exactamente a medio camino entre el clítoris y el ano. Había varios diagramas de intentos fallidos.

Cuando al fin terminé de interpretar el contenido del papiro —lo cual me llevó casi cinco meses—, concluí que la joven noble no había muerto de enfermedad alguna, sino que la investigación sexual le había costado la vida. La habían sepultado con todo y sus estudios, registrados en el papiro, pues aquella muerte les debía haber parecido una advertencia de los dioses, de allí que no se permitiera ni el menor motivo de alegría en la tumba. La oscuridad era la negación de toda luz, para evitar cualquier posibilidad de reencarnación.

Por supuesto, yo pensaba diferente. No creía que una masturbación, por sofisticada que fuera, pudiera ocasionarle la muerte a alguien. Me imaginé que el deceso se había debido a un accidente cualquiera. Tal vez a un infarto mientras aplicaba la técnica. Seguramente la experimentada dama había tenido algún problema cardíaco previo.

Así, como no creía, no me costó mucho trabajo salir a probar una noche y el resultado fue fatal para una joven mujer.

Quedé muy consternado con la muerte de la dama, pero por otro lado, la sensación que había sentido me obligaba a volver a probar y el resultado fue el mismo. Y luego hubo más.

Cada vez que una de ellas fallecía, sentía como si pasara a través de mí el alma, a la hora de desprenderse del cuerpo.

Parecía que veían a Dios y no podían creerlo.

Con el tiempo, llevé a cabo la misma operación en diferentes sitios de Egipto, con un saldo total de once mujeres muertas, que hubieran sido más, pero había contraído una maligna enfermedad en la negra tumba. Algo se me metió por la piel. De la noche a la mañana comencé a sentirme muy mal y decidí regresar a México.

Antes de salir de Egipto, destruí el papiro, la única evidencia es esta libreta.

37

Martínez se había quedado fascinado con la lectura. Volvió una y otra vez a leer ciertas partes que le habían llamado más la atención. Pero principalmente, a la técnica, la cual parecía de una absoluta sencillez, aunque —analizó el comandante— tampoco era tan fácil. Sucedió lo mismo que con la combinación de una caja fuerte, parecía cosa fácil abrirla, una vez que se tenían los dígitos y el sentido en que se debía girar, pero llegar a eso no era tan sencillo. Además, a las cajas de seguridad no había que apretarles una determinada zona del muslo para sacarles sus tesoros.

Todo el asunto le parecía a Martínez un verdadero ingenio. Todo. Pasó horas imaginando cada detalle del cuadro: una bella joven, dedicada en cuerpo y alma al placer, mientras a su alrededor se dedicaban a construir canales y pirámides. La imaginaba sentada a la orilla del Nilo, manoseándose de arriba abajo desde muy pequeña, buscando

secretos.

Y al final de cuentas aquella práctica había llegado a costarle la vida. Se había convertido en una mártir del placer.

Luego pensaba en Onofre, cuántas probabilidades habría de que un antropólogo mexicano estuviera trabajando precisamente en ese sitio, en ese momento. Los bandidos. La imposibilidad práctica de que Onofre vomitara a esa hora, salvara el pellejo y fuera exactamente en dirección a la tumba. Posteriormente, que el secreto se hubiera transmitido de una forma tan inconcebible, gracias al padre Tomás, para ir a terminar nada menos que en sus manos.

Sin quererlo, Martínez empezó a tener una sensación muy extraña, muy agradable. Algo rarísimo. De pronto se sintió como si fuera el genio de la lámpara maravillosa, una especie de predestinado.

Se fue a dormir, olvidando por completo el bíper en los calzoncillos, a Yolanda, el Bonito y demás.

Lo único que le importaba eran la joven egipcia y su historia.

Al día siguiente, Martínez continuó con su obsesión. Sin dejar de pensar en el asunto, cumplió con el requisito llamando a Vivanco y Sampedro, como si nada, y a la chiquita también, sin ni siquiera recordar qué pendejadas le había dicho. Se olvidó de revisar la grabadora y en realidad, tampoco le importaba. Todo lo demás podía esperar, su único anhelo era pensar en la ingeniosa mujer que había originado aquel raro galimatías.

Martínez se dejaba transportar por la fantasía. Imaginaba a la egipcia bellísima, la piel firme y perfumada,

exudando sensualidad. Pensó en sus ojos enormes y su inquietante mirada. La clase de mirada que sólo puede tener una mujer que no huele a culpa. La pensaba morena y podía llegar incluso a ver sus enormes y negros pezones, o mirarla junto al agua corriente del Nilo fabricado en su cerebro, acariciándose con gran delicadeza la vulva, pletórica de dulcísimo vello; podía sentirse en los dedos de ella, palpando con gran delicadeza el ano, el clítoris, tocando, midiendo... sintiendo...

Cuántas veces debía haberse explorado como para llegar a conseguir aquello.

En un principio Martínez la había calificado de ninfómana u obsesa sexual, sin embargo, con el transcurso de las horas, la personalidad de la mujer se iba aclarando en la mente del comandante.

Como noble, seguramente podía haber tenido todos los hombres que hubiera deseado, pero ella se exploraba sola. ¡Claro! Quién mejor que uno mismo conoce los recovecos más profundos y escondidos de nuestra propia excitación. Quién es más capaz de explorar nuestros cuerpos y quién ha contemplado nuestros arrebatos sexuales más descabellados.

La joven mujer había hecho una carrera en el *placer per se*.

Martínez pensaba que la egipcia había sido todo un personaje, ya que no sólo había llegado al máximo placer: a morir de placer, sino que debió de haber sentido en sus dedos, en el último momento —tal y como habían descrito Onofre y el padre Tomás—, cómo pasaba su alma al abandonar su excitadísimo cuerpo. Había podido disfrutar —en su campo—

de todos los placeres.

Martínez la admiraba cada vez más y más, y llegó a adoptarla como un ente de carne y hueso. A veces sentía el olor de sus cálidos y exquisitos fluidos, o la imaginaba oliéndose distraídamente los dedos, después de sus continuas exploraciones.

Se había suicidado de placer.

Era imposible imaginar aquella locura. Le gustaría haberla visto. Y otra cosa: al pensar en la mujer, Martínez entendía lo que había dicho el padre Tomás: el auténtico placer no puede tener límite. Ella podía haber parado de tocarse cuando sintió que se iba, sin embargo, se había abandonado a la sensación y había llegado al extremo.

Para sentir más, había que morir.

Y así lo hizo.

También pensaba en Onofre. En la experiencia completa, desde el vómito hasta los asesinatos y llegó a la conclusión de que, en realidad, ni el antropólogo o el padre Tomás habían sido verdaderos asesinos en serie, sino simples víctimas de la curiosidad y la búsqueda del placer. Martínez siempre había pensado que todos y cada uno de nosotros traía un asesino dentro, era parte del equipo original del ser humano, de nacimiento. Algunos llegaban a las circunstancias necesarias para dejarlo escapar y sobrevenía el hecho, pero si no, de todas formas estaba allí siempre, disponible.

Durante sus largas cavilaciones, el comandante revaloró por completo el concepto del sexo. Para comenzar, ya no se le hacía tan frívolo como antes. Analizó que era una de esas cosas que la sociedad de consumo había llegado a satanizar

para luego poder comerciar con ello y habían terminado por convencernos de que era la caricatura que ellos vendían y no lo que en verdad representaba, que de hecho era todo, pues sin sexo nada valdría la pena. Y como obsequio divino —según Martínez— venía el placer.

De acuerdo con su teoría, la joven egipcia se había enlazado con su creador por medio del placer sexual, que para ella había sido principio y fin. No era sólo una putita en busca de orgasmos. No. La joven mujer había tratado de tocar a su dios con los instrumentos que él mismo le había puesto a la mano.

Martínez volvió a leer la libreta de Onofre una y otra vez, siempre pensando, fantaseando, imaginándose todo.

Una vez aclaradas sus ideas, se concentró exclusivamente en el estudio de la técnica. Dibujaba en su mente los puntos clave. Medía en el éter con sus dedos los sitios a tocar. Movía los dedos a izquierda y derecha, siguiendo las instrucciones y hasta llegó a inventarse un ritmo musical mientras lo hacía. Memorizó a la perfección cada medida, cada indicación, cada palabra.

Por fin, cuando hubo aprendido de memoria toda la libreta, la destruyó hoja por hoja. Se estiró como un gatito y se fue a dormir.

Al día siguiente despertó bien entrada la mañana. Había descansado perfectamente y se sentía de excelente humor y con una vitalidad que no había tenido en los últimos días. Después de hacer sus llamadas de utilería, salió a comerse unos tamalitos costeños y regresó todavía mejor. Hizo la limpieza de los dos pisos concienzudamente, después de

bañarse, subió al laboratorio. Tomó un frasco con un derivado del cloroformo y una esponja grande, se los guardó en el bolsillo y luego salió a la calle y tomó un taxi a Liverpool de Polanco. De lo más tranquilo, se paseó un rato por varios niveles del estacionamiento hasta que encontró lo que estaba buscando: un hombre de unos treinta años se estaba bajando de un Chevrolet mediano, nuevecito, con permiso para circular.

Martínez se acercó por detrás y diestramente lo puso a dormir con la esponja y el anestésico. Después lo arrastró y lo sentó en la banqueta, recargado en una columna, buscó el boleto del estacionamiento y luego partió en el Chevrolet, que olía penetrantemente a nuevo.

Lo llevó directamente a un estacionamiento subterráneo, a unas manzanas del edificio de Tacuba y regresó a la guarida caminando. Una vez allí y después de varios intentos, logró comunicarse con la chiquita:

—Mi marcianito, ¿dónde anda mi rey?

—Puebleando, chiquita.

—Asshhh iya ven!

—Mañana voy, chiquita. ¿Te acuerdas de que te dije que tenía planes para ti?

—¡Síiii!

Bueno, mañana te voy a dar unas cuantas sorpresas.

—Ashh ¡Cuáles son!, ¡cuáles son!

—Si te digo no son sorpresas, chiquita. Mejor mañana ves. Llego a la Estación del Norte a las ocho, ¿te parece bien si paso por ti a las nueve?

—Bueno, te veo en la puerta. Pero dime qué son. Dime

una, sólo una marcianito...

—Mañana chiquita. A las nueve. Bai.

Pasó un rato dando los últimos retoques a la póliza, así como falsificando un permiso provisional para circular, a nombre de Yolanda. Ya había anochecido cuando salió a comerse unas tortas de queso de puerco y unos tequilitas en una cantina cercana. De regreso, rellenó el frasco con el potente derivado del cloroformo y se lo volvió a guardar en la bolsa del saco, junto con la esponja. De un cajón especial, sacó un diminuto fuelle, un objeto muy curioso que había encontrado hacía unos años, durante un cateo, junto a una buena cantidad de cocaína, y rápidamente se dio cuenta para qué servía. Se aspiraba coca en el pequeño fuelle y luego se follaba en la nariz. De esta manera los cristales se incrustaban en las mucosas y eran absorbidos en mayor cantidad y rapidez. También sacó un frasco mediano con coca de primera. De otro cajón tomó un frasco con tranquilizantes. Abrió varias cápsulas y las vació con la coca, cerrando el frasco y agitándolo posteriormente para hacer una mezcla. Finalmente, repartió todo en los bolsillos de su saco.

A las once de la noche, después de revisar que llevaba todo lo que necesitaba, tomó dos colchonetas del clóset, salió a recoger el Chevrolet, acomodó las colchonetas apropiadamente en el portaequipaje y se fue a la Zona Rosa.

Esta vez tuvo que visitar cuatro antros, antes de dar con el Bonito. Pero allí estaba el hijo de su reputa madre, disfrutando de la vida, chupando ron y Coca-Cola, viendo chichis y culos. Martínez se sentó discretamente en una mesa lejos de él. Lo observó hacer algunos viajes a la calle, a

quemar yerba y conforme pasaba la noche, se notaba cada vez más ebrio y más mariguano. A eso de las dos de la mañana, tres sujetos se sentaron con el Bonito y permanecieron allí un buen rato, muy divertidos todos. Cuando finalmente se levantaron, Martínez temió que el Bonito se marchara con ellos, pero sólo los acompañó a la puerta. A las tres y media, casi a punto de ahogarse en un mar de pezones y nalgas, completamente ebrio, el Bonito se levantó para marcharse.

Martínez pidió la cuenta, pagó y salió con calma. Una vez que comprobó que el trastabillante bonito se dirigía rumbo a casa, sacó el Chevrolet del estacionamiento, llegó primero a la calle de Sevilla y se apostó en una esquina. El lugar se encontraba desierto y mal iluminado. Martínez apagó las luces y oprimió el botón que liberaba la cerradura del portaequipaje. Al ver aparecer al Bonito, se ocultó ligeramente en el asiento, pero no hacía falta, el mequetrefe estaba tan borracho que no hubiera notado un elefante en su camino.

Martínez lo dejó avanzar unos metros, descendió del automóvil y al tiempo que abría el frasco de anestésico e impregnaba la esponja, alcanzó al Bonito y lo puso fácilmente a dormir. Se lo echó a los hombros, abrió el portaequipaje y lo dejó caer suavemente dentro de él, sobre una de las colchonetas, lo tapó con la otra, subió al automóvil y salió de allí como había llegado.

El estacionamiento subterráneo estaba completamente desierto a esas horas y Martínez no tuvo problema en llevar a cabo sus planes. Desnudó rápidamente al Bonito —que tenía bonito cuerpo también, el alcahuete— y le folló coca con tranquilizante varias veces en la nariz, mientras lo hacía,

revisaba las pulsaciones en las carótidas. Le colocó uno de los pañales para adulto, dobló toda la ropa y la puso dentro de una bolsa de plástico y la dejó allí mismo en la cajuela. Folló la nariz de nuevo, siempre checando las carótidas, no deseaba que se le pasara la dosis. Finalmente, cuando consideró que el Bonito dormiría bastantes horas, cerró la cajuela y se fue a la guarida.

A las diez de la mañana, previa llamada básica a Sampedro y Vivanco, Martínez ya se encontraba en el estacionamiento subterráneo. Le cambió el pañal al Bonito — que se había meado abundantemente—, le folló la nariz varias veces. Le parecía ridículo tratar al Bonito con tantos miramientos, pero así convenía a sus planes. De allí se fue a buscar un cerrajero. Regresó a la calle de Tacuba.

Después de desayunarse unos huevos rancheros bien picosos, volvió a la guarida y revisó todo lo que necesitaría para aquella noche: el fuelle y la coca con tranquilizante, la póliza motivo del asunto, así como el nuevo permiso para circular del Chevrolet, a nombre de Yolanda. Aparte, llevaba una bolsita con cocaína rebajada, empacada como la compran los adictos.

Puso todo en una maletita de viaje y agregó las tarjetas de crédito de Huila, la prostituta de Las Lomas, así como la cartera de la otra chica, con la foto de Pedro Infante dentro. Luego, se durmió hasta las cuatro de la tarde. De increíble humor, casi eufórico, tomó un prolongado baño en tina, se afeitó, cepilló los dientes y se recortó las cejas. Se perfumó abundantemente y se vistió con su mejor traje y corbata. A las seis de la tarde salió con su maletita en las manos. Una vez en

el estacionamiento subterráneo, abrió la cajuela del Chevrolet, revisó la mercancía, le folló una vez más la nariz al Bonito y volvió a cerrarla. Por lo menos, no se había vomitado. Quitó el permiso de circulación, poniendo en su lugar el nuevo, a nombre de Yolanda y guardó el otro en su maletita. Subió al automóvil y se dirigió a la calle de Sevilla. Allaná el sitio con la misma facilidad de la vez anterior. Nada había cambiado, estaban las maletas, el jarrón de barro negro, las navajas. Revisó perfectamente todo, para ver si no había algo que comprometiera al Bonito con Yolanda, pero no pudo encontrar nada. Dentro del jarrón, Martínez depositó las tarjetas de crédito de la señorita Güilson y la cartera de María Angélica de los Milagros, así como la bolsita con coca rebajada y salió de allí sin contratiempo alguno, rumbo a casa de Yolanda.

Se estacionó cerca y desde un teléfono justo enfrente del edificio, marcó el número de su celular. Martínez pensó que se había equivocado, pues la llamada entró a la primera:

—¿Bueno?

—¿Chiquita?

—Mi marcianito, ¿qué pasó mi rey? ¿Ya vienes?

—Ya casi, mi vida, estoy aquí en Toluca como en una hora llego, sólo que necesito que me hagas un favorzote.

—Los que tú digas, mi marciano.

Quiero que vayas a Perisur a buscar un paquete a DHL, está a mi nombre y ya saben que tú lo vas a recoger.

—Assh marciano, ¿te urge?, es que apenas iba a empezar a arreglarme.

—Odio tener que molestarte, pero es que ya van a cerrar

y ni volando llego, chiquita y la verdad el paquetito es muy urgente.

—¿Es una de mis sorpresas?

—Tal vez...

—No, ya, marciano, dime.

—Tú ve a buscar el paquete y ya veremos. Si quieres te veo allí.

—Orale, frente a Sears.

—Allí te veo.

Media hora después el marciano vio salir a la chiquita a bordo de su vocho. Dejó pasar unos diez minutos y luego se introdujo al edificio y la porqueriza de Yolanda. Notó que había hecho cierta limpieza, aunque no demasiada. Revisó minuciosamente todo el lugar y se llevó consigo las pólizas de los dos vejetes ajusticiados, así como las licencias de conducir emitidas por los gobiernos de Tabasco y Morelos. Se cercioró de que no hubiera nada que la relacionara con el Bonito y abandonó la pocilga.

Se le antojó una memela en una esquina, pero no deseaba apestar a cebolla, así que tomó el Chevrolet y se fue al centro comercial Perisur.

Estacionó el Chevrolet en el estacionamiento subterráneo de Perisur y una vez más folló la nariz del Bonito, ahora ya con gran experiencia. El comandante se dio cuenta de que el alcahuete, bien narcotizado, tenía una enorme

sonrisa en el rostro.

—Síguete riendo, culero.

Martínez subió por las escaleras eléctricas y no tuvo la menor dificultad en distinguir a Yolanda frente a la puerta principal de Sears. El comandante no pudo dejar de notar que todos los hombres que pasaban junto a ella se volvían a mirarla. Bueno... a mirarle las nalgas.

Yolanda no podía disimular su mal humor, sin embargo, venía más apetecible que nunca, enfundada en unos vaqueros blancos y blusa del mismo color que dejaba adivinar sus bellísimas tetas a la perfección, empezando por el perfil de los maduros pezones.

Sus carnosos labios parecían rajadas de durazno rojo cuando besaron al comandante en la boca. Ella quiso deshacerse pronto del abrazo, pero Martínez la pegó a sí y siguió besándola unos segundos más.

—Huy, ¿cómo está mi marciano?

—Muy bien, chiquita, ¿y tú?

—Bien. Pero para empezar, aquí no hay ningún pinche DHL, y para seguir, unos pendejos me dijeron de cosas.

—Es que estás muy buena, chiquita. Mejor vámonos.

—¿Y el paquete? ¿Mi sorpresa?

—Fue un malentendido, muñequita, pero ya lo arreglé. Vámonos.

Camino al coche, Yolanda no terminaba de contentarse y apenas hablaba. El marciano también guardó silencio, hasta que se acercó lentamente al Chevrolet blanco y le dijo:

—Allí está una sorpresa.

A Yolanda se le cayó literalmente la quijada y miró

alternativamente el automóvil y a Martínez. Unos segundos después, cuando pudo articular palabra, exclamó con el tono propio de una niña:

—¡No es cierto!

—¡Claro que sí! ¿Con quién crees que andas?

—No, mi marcianito, ¡no es cierto! Me vas a matar, mi vida. ¡Está divino!

—Échale un ojo al permiso de circulación.

Yolanda leyó un par de veces los datos y luego espontáneamente se colgó del cuello del marciano y le colmó el rostro de ruidosos besos.

—Te amo, te amo, te amo, pinche marciano, cómo te quiero, cabrón.

Martínez estaba desconcertado, ya que el tono de la mujer sonaba absolutamente sincero, ¿qué estaba sucediendo? Tal vez sí era inocente y estaba siendo manipulada de alguna forma. Su mente revivió en milésimas de segundo aquella escena de Yolanda en la playa, con el niño vestido de tirolés y por un instante se sintió pleno, feliz. Pero de pronto volvió a sentir el hierro de la traición clavándosele en la espalda con mil veces más fuerza que la puñalada real que le habían asestado años atrás.

—Qué bueno que te gustó, chiquita, pero ya vámonos, todavía no termino de darte tus sorpresas.

—¿Hay más?, ¿vendiste muchas salas?, ¿te sacaste la lotería?

—Nomás contigo.

—¿Me lo vas a cambiar por el vocho?

—Para nada. Te quedas con los dos, así tienes uno de

reserva. Una princesa no se merece menos.

—Yolanda le pidió las llaves y estuvo un rato explorando el coche por todos lados. Ya iba a abrir la cajuela, cuando el marciano la atajó:

—¿Está contenta mi reina?

—Feliz, marcianito. De veras que no te mides.

—Bueno. Si no te importa, yo manejo. Vamos a un lugar donde podamos estar solos.

—¿Como al principio? ¿A un hotel de paso?, ¡qué romántico!

—Exactamente. Allí te voy a dar otras sorpresas, ¡ya verás!

40

Martínez escogió como escenario un hotel cercano a la telefónica, lo conocía perfectamente y tenía puertas de madera individuales, para guardar el coche y tener acceso directo al cuarto.

—¿Hasta allá? —se quejó la chiquita—, vamos a uno por aquí. Por aquí hay un chingo, y varios buenos, con jacuzzi y todo, si quieres te guío.

Sin prestar mucha atención al cinismo de la chiquita, el marciano habló como vendedor de salas:

—Mejor no muñequita, es que luego del hotel quiero llevarte a los bisquets de Obregón y además así nos queda más cerca tu casa.

—¿Y el vocho?

—Dame las llaves, mañana vengo por él en un taxi y te lo llevo a tu casa y ya me dices dónde guardarlo.

Yolanda abrió su bolso y le entregó las llaves del miniauto y el boleto del estacionamiento.

—Está en el segundo sótano, cerca de los elevadores. Y mientras, ¿en qué voy a andar, marcianito?

—Te quedas con éste, chiquita, por supuesto. Yo me voy en un taxi al centro.

—Órale, me cae que eres muy chingón, mi marciano. Piensas en todo.

Para no tener que hablar con ella en el trayecto —que era largo—, encendió el aparato de sonido, para que Yolanda viera qué bueno era. Le dijo que escogiera la música y la puso a volumen alto, aprovechando que las bocinas eran de primera calidad.

Martínez sabía que el Bonito estaba prácticamente en coma, así que el volumen alto, lejos de despertarlo, ayudaría a ahogar cualquier posible ronquido o quejido inconsciente, provenientes del portaequipaje.

Llegaron al hotel a eso de las diez, Martínez ingresó el Chevrolet, el lugar se encontraba muy discretamente iluminado, por no decir a oscuras, y los faros del Chevrolet de Yolanda alumbraron a un hombre con una cubeta, corriendo no muy rápido, delante de ellos, haciéndoles señas para que lo alcanzaran.

Una vez que lo alcanzaron —Martínez vio que la cubeta llevaba sábanas y toallas—, hizo señas de que se adelantaran mientras, sin voltear la cara siquiera, decía:

—Buenas noches, Jefe —y, sin dejar de correr junto al

vehículo, agregó—: sígale a la izquierda, el primero que vea abierto, allí clávese.

Martínez siguió las órdenes del cubetero al pie de la letra y literalmente se clavó. El cubetero se acercó a la ventanilla y dijo:

—Son doscientos, Jefe.

Martínez pagó, añadiendo cincuenta pesos de propina al cubetero, quien, mientras se dirigía a la puerta de madera del garaje, agregó:

—Si se le ofrece algo del bar, marque el 20.

A continuación, sin mayor protocolo cerró por completo la hoja de madera con ruido ostensible, anunciando intimidad.

—¿Ya se fue?

—Ya, mamita.

—Este hotel no lo conocía —comentó putamente la chiquita.

—Es casi nuevo.

—Bueno, bájate, porque yo también ya me quiero bajar, pero aquí papito —dijo, apretando el pantalón en la zona del pene del marciano.

Bajó primero y luego le abrió la portezuela a ella—como a una princesa— y entraron al cuarto adjunto. No había gran cosa: una mesa con dos sillas, una gran cama con un buró a cada lado y una cómoda con un amplio espejo.

Yolanda lo besó apasionadamente. Marciano se dejó hacer y respondió al abrazo prendiendo sus manos delicada pero firmemente en la mezclilla que cubría las hermosas nalgas.

—¿No traes calzones?

—De los chiquitos, mi rey. Me quise poner guapa para ti. Ya sabes que no me gustan, porque se te meten en el culo y como estoy bien nalgona, pus... pero bueno, orita te los enseño, nomás dame un minuto para ir al baño. Si quieres vete encuerando, orita salgo.

Martínez sabía que aquello era un ritual tardado e ineludible, pero en este caso, le sirvió para salir al Chevrolet, abrir la cajuela y follar la nariz del Bonito. Tomó la maletita y volvió a entrar en la habitación. Por supuesto, Yolanda todavía no salía del baño. Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo, pensando en ella. Yolanda era un demonio disfrazado de ángel. Eso era. Aquella criatura había sacado de él todo tipo de emociones, desde las más puras hasta las más sucias y bajas. Por un lado, lo había rescatado de la nada en que vivía y lo había llevado por primera vez en su vida a hacerse grandes ilusiones, al grado de llegar a pensar en tener hijos con ella. De la misma forma, le había asestado la peor de las puñaladas traperas.

Aunque no se hacía pendejo, sabía que a final de cuentas, no era toda la culpa de Yolanda. Él había aceptado desde un principio engañarse a sí mismo, ¿o acaso no se había preguntado muchas veces qué veía la diosa en él? No era guapo, ni joven. Tenía otros atractivos, desde luego, pero ninguno que pudiera lucir con ella. No podía impresionarla bailando danzón, no podía lucir su puntería con la Magnum en el campo de tiro o describir sus proezas en el campo de la investigación. Ni siquiera podía impresionarla sexualmente, pues en este campo era una experta consumada.

Y lo que más le dolía era el orgullo profesional. Era precisamente él, el policía por excelencia, el perro, quien no solamente había permitido que aquello sucediera, sino que lo había fomentado con su voluntaria ceguera, por el maldito complejo de macho. Por haber pensado con la cabeza del pito, en vez de la otra, cuando sus tripas ya le habían avisado que tuviera cuidado con tanta belleza.

De cualquier manera, habría una última oportunidad para ella. Independientemente de lo sucedido, Yolanda había sido la persona más importante en toda la vida de Martínez.

En eso salió del baño:

—¿Todavía no te encueras?

Yolanda llevaba un sostén completamente transparente y sensual, pero, por alguna razón, al marciano los pezones atrapados dentro se le hicieron como animales enjaulados. El calzoncito trataba inútilmente de controlar la voluptuosa vulva de Yolanda. Lenta y grácilmente se dio una vuelta completa, para que el marciano la admirara. El hilito del calzón se perdía entre las succulentas nalgas con un erotismo de locura. Sin embargo, Martínez no estaba de humor para erotismos.

—‘Pérate tantito, muñequita, es que quiero enseñarte algo.

Abrió la maletita y sacó un sobre de papel manila, con el logo de la compañía de seguros impreso al frente.

—¿Qué es, marcianito?

—Otra sorpresa, chiquita.

Ella estiró la mano, pero el marciano retuvo el sobre:

—Déjame decirte algo antes, chiquita.

—Sí mi vida, pero dime qué es. —Primero escúchame un par de minutos. Es muy importante lo que quiero decirte.

Sin dejar de mirar el sobre codiciosamente, Yolanda asintió:

—Dime, marciano.

—Mira, chiquita, no te voy a hacer el cuento muy largo. La verdad es que nunca había pensado en la muerte seriamente, ni cuando tuve el accidente —dijo, señalándose la espalda—. Pero ahora con lo del seguro, he llegado a pensar que la vida es muy breve y quiero compartirla contigo, chiquita.

—Yo también, marcianito.

—Sólo que soy un vejete inseguro y últimamente me han entrado unos celos espantosos, chiquita, no sabes cómo sufro.

—No tienes por qué mi vida, ya sabes que yo te amo.

—¿De veras, chiquita? ¿Tendrías un hijo conmigo?

—Claro que sí, marcianito.

Mientras hablaban, la miraba directamente a los ojos y por más que se esforzaba, Martínez no podía detectar el brillo de la mentira en ellos. Era una mentirosa nata, de no conocer toda la verdad, el comandante hubiera jurado que Yolanda era sincera.

A continuación, le extendió el sobre a Yolanda, quien casi se lo arrebató de las manos, pero rectificó su actitud y con una sonrisa, empezó a abrirlo fingiendo cierta timidez.

Cuando estaba a punto de abrirlo, Martínez la detuvo:

—Yolanda, antes de que veas la póliza déjame pedirte algo, chiquita.

Ella se notaba fastidiada ante la nueva interrupción, pero

dijo dulcemente:

—¿Sí?

—Sólo júrame por Dios que no hay otro hombre en tu vida.

—¡Ashhh marciano!, ¿qué mosca te picó? Ya te dije que...

—Sólo júramelo por Dios.

Sin desviar la mirada de los ojos de Martínez, la chica fabricó la señal de la cruz con los dedos, la besó y aseveró:

—Te lo juro por Diosito santo. ¿Ya?

—Sí, mi vida, ya me dejas tranquilo. Ahora sí, mi amor, échale un ojo al sobre.

La muñequita lo abrió rápidamente y extrajo la póliza. Su mirada reflejó una extraña luz y después de unos segundos, exclamó:

—¡Mi vida!, ¡no te hubieras molestado!

—No fue molestia, chiquita. Adivina de cuánto es.

—¡Ay, marciano!, no sé...

—¡Adivina!

—¿Cien mil?

—No. Una princesa no vale eso. Todavía no te das cuenta de cuánto te he querido. ¡Adivina!

—¿Doscientos?

El marciano lo dudó un momento y dijo, poniéndose un dedo en la barbilla:

—Acertaste, sí, son doscientos mil, pero...

Yolanda se alarmó de pronto y preguntó ansiosamente:
Pero, ¿qué?

—...pero... doscientos mil... ¡dólares!, chiquita.

—¡¿Dólares?! —Yola no pudo ocultar su agradable

sorpresa. Una enorme sonrisa le llenó toda la cara y sus ojos revelaron esa alegría que sólo el billete verde es capaz de provocar.

Martínez no la perdía de vista un segundo. Estaba extasiada. Como si el marciano en vez de la póliza le hubiera entregado el dinero en efectivo.

Yolanda rápidamente se recuperó y como si no le prestara atención al bienvenido sobre, dijo coquetamente:

—Bueno, ahora déjame darte las gracias, bonito.

El «bonito» sonó como una bofetada en los oídos del comandante.

41

—Permíteme tantito, nena, es que quiero hacerte algo nuevo, algo que leí en una revista.

—¿Algo nuevo? De veras que sí me estás llenando de sorpresas, marcianito.

—Ya verás chiquita. ¡Encuérate!

Con gracia digna de una bailarina de ballet, Yolanda se deshizo de las ligeras prendas.

Una oleada de sensualidad golpeó a Martínez de frente, pero lo que menos deseaba era distraerse con el deslumbrante cuerpo.

—Acuéstate en la cama, boca abajo, con dos almohadas bajo el vientre, para que levantes bien las nalgas.

—¿Me la vas a meter por el culo, marcianito?

Desde la primera vez que la había visto desnuda,

Martínez había descubierto en el ano de Yolanda un grave error de la naturaleza. No le parecía razonable que aquel hermoso y erótico esfínter hubiera sido diseñado solamente para defecar. No para él. El marciano lo había besado, acariciado, lamido. Su verga se había extraviado varias veces allá dentro, en el colmo del deleite y la lujuria.

Pero ahora era diferente. Ese ano y todo el cuerpo pertenecían al Bonito. Ya no eran suyos. Nunca lo habían sido.

—No te voy a dar por el culo, sólo acuéstate como te digo y relájate.

La mujer obedeció, muchas veces le habían pedido aquello antes. Siendo sus nalgas su mayor atractivo, todos los hombres deseaban disfrutarlas al máximo. Elevó el culo exageradamente y luego reposó sobre las almohadas.

—¿Así estoy bien?

—Muy bien, sólo abre más las piernas chiquita.

—¿Qué me vas a hacer?

—Ya verás. Relájate.

Como un estudiante de anatomía, Martínez se concentró en el cuerpo de Yolanda, localizándole rápidamente el clítoris y midiendo la distancia entre éste y el ano. Posó sus dedos índice, medio y pulgar en el punto medio, tal como indicaba la sencilla técnica, y comenzó a acariciar muy levemente, apenas un ligero roce.

—Ay sí, marcianito, allí me gusta mucho...

Los dedos del marciano siguieron las indicaciones de memoria, a la izquierda dos veces, a la derecha tres, luego cuatro a la izquierda...

—¡Aayyyy, marcianito...!

Martínez siguió aplicando la técnica que tan bien había aprendido de memoria, pero se sentía un poco incrédulo, no estaba convencido de que fuera a dar resultado, pero seguía adelante...

—¡Sííí... Asííí... sííí...!

—¿Te gusta, chiquita?

—¡Ay, mi vidaaaa!, ¡ino paaaares...!, ¡me estás encantando, papacito...! ¡SÍ, sísí! ¡Aasííí...! ¡Ahhh! ¡Allí voooooy...!

Yolanda descargó un enorme orgasmo, el marciano pudo ver cómo escurrían sus calientes fluidos y siguió adelante, entusiasmado.

A pesar del placer que le provocaba a la mujer, Martínez no estaba excitado, por lo menos, no sexualmente, se sentía más bien como un científico en un laboratorio, tratando de probar sus locas teorías.

—¡Putra madre! ¡Allí estoy otra vez, cabroncito!
iaaaaayyyyyyyy...!

Martínez consideró que había llegado el momento y con los dedos de la mano izquierda presionó el muslo en el lugar donde la nalga empezaba. Notó cómo Yolanda se relajaba ostensiblemente, pero movía las caderas en busca de los dedos y su ritmo.

—¡Ay, papito lindo!, ¡¿ora qué me haces, cabrón?!

—SSShhhhhh.

—¡Huuyyyyy!, ¡qué delicia!, ¡ai' voy de nuevo!... ¡puta! ¡qué venidotas me estás sacando! Nunca me había gustado tanto, padrote lindo...

Sin soltar el muslo ni dejar de mover los dedos, el marciano dudaba en seguir adelante.

¿Para qué matarla?

Sería todavía mejor dejarla así, se quedaría completamente enamorada y ése sería su peor castigo. Nunca más volvería a sentir aquello y su vida se convertiría en un infierno. Sobre todo para ella, para quien todo era sexo.

—¡Síguele, nene!, isígueme chaqueteando, papi!,
iaaayyy!, isiento taaaan rico!

Martínez continuaba indeciso, pero había aumentado la velocidad de las rotaciones.

—¡Allá voy de nuevo!, isííí...! iasíí...! iasí!, ite amo *mi bonito...!*, *imi bonito precioso...!* ¡Asíííí!, *imi bonito lindooo...!*

La mención del Bonito fue como un batazo en el cerebro de Martínez. ¿Estaba Yolanda pensando en él, la muy puta? No sólo le quería quitar su dinero y su vida para entregárselos al insecto, sino que ¿ahora también deseaba compartir aquel grandioso momento, único, con su Bonito?

Muy bien.

Martínez invirtió el orden de la combinación y soltó de golpe el muslo. Yolanda comenzó a arquearse y contraerse alternativamente y ya no pudo hablar más. Se puso a temblar como afiebrada y al mirar su rostro, Martínez fue viendo cómo se le dibujaba la sonrisa, y cuando llegó la mirada de sorpresa, el comandante sintió lo que bien habían dicho Onofre y el padre Tomás: una sensación absolutamente indescriptible. Tuvo que cerrar los ojos y sintió como si se hubiera dado un fuerte golpe en la cabeza, pero sin dolor y con una intensidad infinitamente mayor. Sentía como si tuviera el cuerpo lleno de chispas. Una serie de destellos se le

agolpaba en los ojos y latían al mismo ritmo que las palpitaciones en las puntas de sus dedos. Luego sintió claramente como si en vez de sangre trajera algo muy caliente y muy espeso dentro, pero para nada desagradable. En un momento determinado, sintió como si no estuviera tocando el piso, que se iba.

Entonces Yolanda paró de moverse.

42

Martínez abrió los ojos.

Sentía todos los cabellos del cuerpo erizados y una gota de sudor le recorrió lentamente toda la espalda. Martínez la fue sintiendo hasta que se perdió en alguna parte de la camisa. Estaba engarrotado, completamente pasmado.

Se quedó sentado unos minutos, con la mente en blanco, sólo sintiendo una rara sensación en toda la piel, y hubiera podido seguir en ese estado durante horas, pero su yo de policía lo ayudó a regresar a la realidad. Se puso de pie con dificultad y observó el cuadro: era exactamente igual a los que conocía: la sonrisa, la posición y el enorme orgasmo, empapando las sábanas. La chiquita también había abrazado una almohada, como las demás víctimas. Pero ya habría tiempo de sobra para analizar aquella increíble experiencia. En ese momento lo que importaba era ser profesional, para que las cosas salieran de acuerdo con lo planeado.

Comenzó por volver a reemplazar el permiso de circulación original, guardando el falso en la maletita. Luego

dedicó un rato al bolso de la difunta. Entre envolturas de chicle, limas para uñas y un sinfín de barnices y pinturas para labios y cara, lo único importante que logró encontrar fue una carterita color marrón y el teléfono móvil. La carterita solamente contenía una licencia para conducir a nombre de Yolanda, expedida en el Distrito Federal, con el domicilio cercano a la embajada rusa, así como cuatrocientos cincuenta pesos en billetes de cincuenta, nuevecitos todos, perfectamente acomodados. Devolvió la carterita al bolso, puso el teléfono celular en su maletita y guardó allí mismo la póliza del seguro. Ya un poco más repuesto físicamente, fue a buscar al Bonito. Al retirar la colchoneta, parecía casi un bebé: bien dormidito, con su pañal, el rostro apacible y una gran cantidad de mocos resbalándole por la nariz. Por lo menos, no se había cagado.

Martínez fue por una toalla húmeda, quitó el pañal y limpió suavemente los restos de chis del nene, sin frotar, para no dejar marcas. Con la misma toalla le limpió la nariz y le humedeció y acomodó un poco el cabello. A continuación — siempre con extremo cuidado—, lo sacó del portaequipaje y lo metió a la habitación como si fuera una novia. Con sumo cuidado también, lo depositó sobre la cama, al lado de la sonriente y sorprendida Yolanda. Fue a buscar la ropa del Bonito y acomodó las prendas de manera que pareciera que se había encuerado para coger. Revisó entre sus cosas que no hubiera nada que lo vinculara con Yolanda. No encontró nada. Traía doscientos pesos, muy arrugados, una docena de tarjetas de sitios de *table dance* y una credencial de elector, casi nueva, con un domicilio en el Estado de México. Martínez

metió la credencial en la maletita y de uno de sus compartimentos laterales sacó una nota de tintorería —con copia y todo— y la llenó por un pantalón para lavar y planchar, negro, a nombre del Bonito, con fecha de dos días atrás, anotando el domicilio en la calle de Sevilla. Al terminar, contempló un par de segundos su trabajo, arrancó el original y lo guardó en la maletita y metió la copia en el bolsillo trasero del pantalón del comatoso padrote.

Metió en bolsas de plástico el pañal usado y cada una de las colchonetas y acomodó todo en la maleta, junto con el resto de los pañales nuevos.

Revisó a la perfección el automóvil por todos la dos, hasta que estuvo seguro de que no se olvidaba de ningún detalle y volvió a la habitación.

El Bonito ni siquiera se había movido y Martínez se quedó unos segundos fascinado ante la expresión del rostro de Yolanda. Después, revisó toda la habitación como sólo Martínez podía hacerlo.

Cuando estuvo satisfecho, llenó el fuelle, esta vez con cocaína pura y folló al Bonito varias veces en la nariz, hasta que sus carótidas registraron una taquicardia seria.

Una vez más, el comandante revisó el automóvil y la habitación. Luego regresó al Bonito y le aplicó otra buena cantidad de coca pura.

Revisó que tuviera las llaves en su pantalón, revisó de nuevo el bolso de Yolanda y volvió al lado del Bonito. Sus carótidas parecía que iban a estallar. Martínez aplicó la dosis definitiva y el Bonito sufrió un paro respiratorio, unos segundos después, estornudó expulsando una gran cantidad

de mocos, suspiró hondamente y entregó el alma al Señor. Martínez aguardó un minuto, antes de asegurarse de que las carótidas no palpitaban. El Bonito había muerto sin dolor, como un santo. El comandante se preguntó si le hubiera gustado torturarlo y asesinarlo de manera diferente. No. Con haber sido la alimaña que había sido era más que suficiente tortura.

Espolvoreó cocaína sobre la colcha, el cuerpo de Yola y la alfombra y armó una línea sobre el mueble del lavabo del baño y le sopló ligeramente, para que pareciera usada. Luego volvió al Bonito.

Aun para él, como policía —a primera vista, desde luego—, el escenario resultaba perfecto.

Volvió a revisar mentalmente todo, cerró su maletita, se dirigió al teléfono sobre el buró y marcó el número veinte.

—Bar —dijo una voz completamente desganada. Fingiendo que arrastraba la lengua, como borracho o drogado, Martínez pidió:

—¿Me puedes mandar dos cubitas?

—¿Blanco, o añejo?

—Blanco.

—Van para allá.

Martínez le echó un último vistazo a la habitación y cuando sus ojos se posaron en las nalgas de Yolanda, simplemente no sintió nada, ni rencor, ni amor, ni celos. Ni nada. Yolanda había muerto.

Dejó la habitación, con la puerta ligeramente entreabierta, levantó la hoja de madera del garaje, salió y volvió a cerrarla. En uno de los múltiples rincones del mal

iluminado patio, se agazapó y esperó pacientemente.

Cinco minutos después, un mesero apareció, portando una charola y con gran habilidad levantó la puerta del garaje, sin derramar las cubas.

Desapareció en la penumbra unos segundos y volvió a salir rápidamente, sin charola.

«Este no es necrófilo», se dijo Martínez.

Unos instantes después, Martínez vio venir a varios empleados, guiados por el mesero. Todos juntos desaparecieron por la puerta del garaje.

Mientras seguramente todos se fascinaban con el culo de Yolanda, Martínez aprovechó y se desapareció con su maletita en la mano.

43

Martínez caminó un par de manzanas y en el trayecto se deshizo de las colchonetas y los pañales y efectuó una llamada al bíper de Vivanco. Dejó el mensaje de que se presentara en el hotel de marras y lo remitió como si fuera un mensaje urgente de Asignaciones.

Después tomó un taxi y se fue a la guarida.

No quiso pensar en nada. Prefería que se le fueran acomodando las tripas primero, además, debía tener la mente alerta para lo que seguiría.

Desde luego, lo primero que hizo en su madriguera fue servirse un vaso colosal de tequila con limón y lo vació en

unos cuantos tragos, se estaba sirviendo el siguiente cuando vibró su bíper.

Revisó el mensaje:

«Hotel Palomar... urgente... muy urgente... Vivanco.»

Vació el trago en su garganta y se marchó a la calle.

Gracias a la hora, no tardó en llegar. Los uniformados todavía no aparecían y lo recibió el gerente del hotel, también español, pero éste se veía bastante *dezente*.

—Buenas noches, *ofizial*, permítame acompañarlo, un colega suyo ya ha llegado.

—¿Qué pasó?

—Una pareja, *ofizial*, idrogadictos, hombre! y al *parezer* se les han pasao las cucharadas...

Llegaron al garaje, el español abrió la hoja de madera y Martínez lo despidió allí mismo:

Gracias, puede irse.

—Sí, perdón *ofizial*, pero déjeme *dezirle*... Ya le he dado dinero al capitán Vivanco, dijo que él se mocharía con todos vosotros...

—Martínez no pudo evitar sonreír. ¿Capitán? ¡Pinche Vivanco!

La puerta estaba cerrada con llave y hubo de tocar.

Vivanco abrió un poco como para ver de qué se trataba:

—Ah, es usted, qué bueno.

Martínez entró en la habitación como si nunca hubiera estado allí.

—¿Qué pasó, mi doc?

—No se la va a terminar, comandante.

Se hizo a un lado y Martínez vio los dos cuerpos, desde

luego, el Bonito prácticamente ni existía. Las nalgas de Yolanda dominaban todo el panorama.

Martínez se acercó a los cadáveres sin decir nada y los observó detenidamente, concentrándose más en el de Yolanda.

Vivanco lo dejó hacer y después de un par de minutos preguntó:

—¿Qué le parece, comanche?

—Está cabrón.

—¿Verdad que sí?

Este güey es un pinche escuincle, ¿de dónde pudo haber sacado sus chingaderas?

—Estos cabrones saben todo, mi com, con el *internés* y eso, no hay quién los pare a los ojetes.

Martínez volvió a revisar el cuerpo de Yolanda detenidamente, llevando a cabo una gran actuación.

—¿Ya revisó bien a la mujer?

—Más que bien, comandante.

—¿Es la misma técnica? ¿Lo mismo?

¿Qué no lo está viendo, mi com?

—Y él, es que yo... me imaginé otra cosa... me imaginé que sería un vejete.

—Pus ya ve que no.

—¿No cree necesario hacer la autopsia?

—No, mi com. Resígnese, cayó solo el pobrecito, de un pasonzote, no hay duda; además, si llevo este par a la procu todo mundo se va a volver loco, los dos estaban bien pinches guapos, pero ella... ¡Qué bruto, mi com!

Vivanco se volvió a mirar el cadáver de Yolanda y añadió

de puritito corazón:

—¡Putra madre!, ¡qué nalgas! ¿Se imagina lo que ha de haber sido meterle la riata a esta muñeca?

—No me quiero imaginar.

—Bueno, y como le decía, comandante, mejor sin autopsias; si llevo estos dos cuerpos a la morgue, van a llamar un chingo la atención y se los van a querer coger hasta los que no son necrófilos. Nunca había visto dos cuerpos tan perfectos juntos.

—Ni yo. ¿Va a llamar a los carroñeros entonces?

—Ya los llamé, mi com, al colgar con usted. En cuanto lleguen los uniformados con su alboroto, mis muchachos se llevan los fiambres y listo.

Unos tímidos toquiditos en la puerta distrajeron su atención.

Debe ser mi yerno, lo bipié también hace rato. Efectivamente, se trataba de Sampedro.

En voz baja, como si se encontrara en un velorio, Sampedro saludó:

—Suegro, buenas noches, ¡mi com!

Sin embargo, su atención fue capturada de inmediato por el culo de Yolanda.

Abrió bien los ojos y como hipnotizado se acercó al cadáver. Después de unos segundos levantó la vista y preguntó:

—¿Hay putas como ésta?

Martínez contestó sin pensar:

—Sí señor, y más baratas de lo que te imaginas.

—¿Cómo la ves, yerno?

—Está... increíblemente... buena. ¡Qué bruto!, ¡qué nalga!

—Me refiero al diagnóstico, m'hijo.

Sampedro se puso serio, profesional. Estudió el cadáver de Yolanda y en unos cuantos segundos se volvió a mirarlos y sentenció:

Mismo *modus operandi*, yo creo que el patrón...

—¿Lo ve, comandante?, no hay pierde.

—Ya entendí, no necesita repetírmelo, doc. Pero me siento defraudado.

—Sé cómo se siente, pero anímese comanche, todavía no terminamos.

Se metió la mano en el bolsillo del saco y extrajo las escasas pertenencias del Bonito.

—No trae identificación el culero, pero aquí está un recibo de la tintorería. Usté' dice si nos descolgamos al rato.

—Ya lo creo que sí. ¿Ya revisó el coche?

—Sí, mi comanche. Es nuevecito, pero el permiso no coincide con ninguno de los nombres de este par. Martínez salió con Vivanco al garaje e inspeccionó concienzudamente el automóvil.

—Nada. Está limpiecito.

Volvieron a la habitación y encontraron a Sampedro revisando el cadáver del Bonito:

Con respecto a este cadáver, me atrevería a sugerir que murió de un paro respiratorio y consecuentemente de infarto, intoxicado, seguramente con cocaína.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Vivanco, burlonamente, mientras probaba con un dedo en la lengua la línea de coca

sobre el mueble del baño:

—¡Putra madre! ¡Está cabronsísima! Está sin rebajar, con razón se cuajó este pendejo.

—Sin embargo, qué manera de morir... —dijo Sampedro.

—¿A qué te refieres?

—Parecen felices, mi com. Sólo hay que verles los rostros.

Con todo el ajetreo, Martínez no se había fijado mucho en el Bonito, pero cuando le miró bien la cara se dio cuenta de que estaba sonriendo.

En eso llegaron los uniformados. Vivanco trató con ellos rápidamente. Repartió parte del dinero que había recibido del gerente, revisó ambos cadáveres para hacer la finta y luego firmó los certificados de defunción, en el mismo instante en que llegaban los carroñeros, debidamente caracterizados de camilleros de la procu.

Martínez vio partir a Yolanda y al Bonito en bolsas de plástico. Unas horas después estarían descuartizados y a la venta.

El agente del Ministerio Público llegó exactamente cuando se habían marchado los carroñeros.

¿Y los fiambres?

Vivanco lo tomó del brazo y lo llevó aparte, entregándole su parte de los billetes. El recién llegado se persignó con ellos y luego se sentó a levantar el acta, con los datos que le iba proporcionando Vivanco, al final, dos uniformados firmaron como testigos, al igual que el gerente del hotel.

Vivanco se despidió:

—Bueno, señores, ai' se ven.

—Lo acompañamos —dijo Martínez, tomando a Sampedro del brazo y llevándolo con él.

Partieron los tres rumbo a la calle de Sevilla, a bordo de un Chevrolet antiquísimo, propiedad de Sampedro. En el camino, Vivanco y su yerno trataron de consolar un poco al comandante Martínez:

—Ya quite esa cara, comanche.

—Sí, mi com. Lo vencimos.

—No vencimos a nadie, se venció él solo.

—¿Y eso es lo que le arde?

—Por supuesto Vivanco. Quería atraparlo yo, personalmente. ¿O no lo sabía?

Pus sí, pero véalo de otra manera. Yo no se lo había querido decir, pero en los últimos días se nos estaba usted avejentando bastante, comanche. Como médico, creo que es mejor que haya terminado, aunque sea de esta manera.

—Sí, mi com, anímese. Además, de cualquier forma, usted descubrió todo y organizó una especie de servicio de inteligencia, para...

—Es mejor que haya terminado, comanche. Créame.

—Lo entiendo, pero me siento un fracasado. Sampedro le dio unas cariñosas palmaditas en el hombro, sin decir nada.

Entraron al edificio y al apartamento con las propias llaves del Bonito. Encendieron las luces y Vivanco exclamó:

—Ya me embargaron a este hijo de la chingada...

Martínez no comentó nada y se concentró en el campo de acción, como si no lo conociera. Sampedro, al no encontrar gran cosa, rápidamente se fue a buscar por todo el inmueble.

Vivanco abrió el pequeño refrigerador, descubriendo la

mariguana. Sacó un poco de la bolsa y la observó entre sus dedos.

—Pinche loco.

—¿Cómo dice, mi doc?

—Pinche loco, fumaba mota barata y aspiraba coca cara. Entonces Sampedro regresó con ellos y en voz baja les

dijo:

—Vengan a ver lo que encontré.

Se dirigieron a la habitación y Sampedro señaló el jarrón de barro:

Echele un ojo, mi com.

Martínez se asomó y vio las tarjetas y la carterita que él mismo había sembrado, así como la coca y las navajas.

Sacó las tarjetas y leyó el nombre en una de ellas:

Huila Güilson...

Después, abrió la cartera y leyó:

—María Angélica de los Milagros...

—¡Son dos de las asesinadas! —intervino rápidamente Sampedro, sin elevar el tono de voz y concluyó—: Yo mismo hice las autopsias.

Vivanco confirmó:

—Es cierto.

En silencio, con el comandante aparentando todo el tiempo estar molesto y decepcionado, revisaron las maletas y confirmaron el nombre en la boleta de la tintorería con el del pasaporte.

Vivanco se atrevió a hablar:

—Pus pa' mí que el caso está cerrado, mi comanche.

Martínez asintió tristemente.

Antes de salir del apartamento, Vivanco se apropió de la bolsa con la mariguana del Bonito:

—Es pa' unos cuates. Vámonos, les convido una birria.

44

Habían devorado dos platos de birria cada uno. No se volvió a mencionar el caso y Vivanco se dedicó a contar chistes groseros, que llegaban a escandalizar a Sampedro:

—¡Ay suegro!... ¿De dónde saca tanta cosa?

—Mejor pregúntame dónde meto tanta cosa...

A final de cuentas había sido una celebración, pues el comandante tampoco deseaba sobreactuarse.

Vivanco insistió en liquidar la cuenta y el comandante notó que la pagaba con billetes nuevecitos, de a cincuenta.

«El capitán Vivanco», pensó, sonriendo.

Ya en la puerta de la cantina, para despedirse, Vivanco sugirió:

—Tómese unas vacaciones, comanche. Si quiere yo tengo un cuate en Pensiones y conseguimos que se las paguen bien.

—Gracias, mi doc, voy a pensarlo.

Sampedro lo abrazó, al tiempo que decía, visiblemente emocionado:

—Ha sido un honor trabajar con usted, mi com.

—Igualmente, Sampedro. Eres un hombre de primera, te felicito.

Vivanco interrumpió el romance:

—¿No me vendería el bíper, mi com? Ya no lo va a usar,

¿o sí? Lo quiero para una amiguita, ¿sabe? Quiero traerla controlada porque es medio putita.

—Se lo regalo mi doc, y a ti el tuyo, si lo quieres, Sampedro.

—¡Claro que sí! Lo guardaré como un recuerdo de esta misión, mi com. Desde chico guardo cosas, ¿sabe? Cuando iba a los escauts, por ejemplo...

Había sido el día más largo de una prolongada temporada de caza. Martínez se quitó la sobaquera y los zapatos y se acostó a dormir.

Estaba tan cansado que ni siquiera se tomó un tequila.

45

Martínez despertó a las dos de la tarde. Muy al contrario de lo que esperaba, se sentía muy bien. Vital. Como si todo el episodio le hubiera recargado las baterías.

Después de bañarse salió a comerse unos tacos de buche, tranquilamente, acompañados de su sabroso tequila con limón. Tomó un coche de alquiler hasta Perisur y no le llevó mucho tiempo localizar el Volkswagen de Yolanda.

Abrió la guantera —que también tenía chicles y envolturas, y no quiso hurgar más por miedo a una rata—, sacó la tarjeta de circulación, reemplazándola con la original, a su nombre, por supuesto.

Llevó el vocho a lavar, regresó al centro y lo aparcó en el

estacionamiento subterráneo y se fue caminando a su madriguera. Donde se dedicó a ingerir tequila con limón y regodearse con su extraordinario secreto.

A medida que se iba deslizando la tarde, Martínez recordaba —revivía— con mayor claridad aquel paso de luz en el momento de la muerte de Yolanda y, mientras más recreaba los hechos, mejor se sentía consigo mismo.

Y mejor aún con el secreto bien guardado. Sin libretas ni papiros, sólo archivado en los pliegues de su cerebro —y en sus manos.

Se le fue el tiempo pensando y repensando la fabulosa técnica y, en un momento de inspiración, pensó en la posibilidad de que existiera también una combinación para hombres. ¿Por qué no? Tal vez era igual, pero invirtiendo toda la fórmula.

Un universo de posibilidades se le fue presentando hasta que a eso de las once de la noche, eufórico, se bañó, se vistió de traje y corbata, ingirió unos centilitros de su verde brebaje y salió a buscar su vocho y de allí, a la telefónica.

A pesar de que era viernes y de la hora, no había muchos clientes. Alineó el vocho en la corta caravana y fue poco a poco atravesando la jungla de carne en renta, sin prestar mayor atención. Por un momento recordó al buen padre Tomás, que varias veces había realizado la misma operación.

Cada vez que la caravana se detenía, alguna chicase

acercaba a él con las ofertas de costumbre.

En la esquina de siempre, la chaparrita platicaba con una compañera. Martínez orilló el vocho y Gilda se acercó, todavía sin identificar de quién se trataba:

—¿Vas `ir mi rey?... ¿Comandante? ¡Qué sorpresa!
Súbete bonita.

—Sólo un momento comandante, porque es viernes y hay que aprovechar.

—Nada de eso, te voy a llevar a otra parte.

Orita no puedo comandante, me ha ido rete mal y necesito la lana.

—Desde ahora puedes, Gilda. Tengo planes para ti. Martínez sonaba tan convincente que Gilda lo dudó sólo un instante y, despidiéndose de su compañera, subió al auto.

Martínez alcanzó a ver por el espejo retrovisor cómo la colega de Gilda anotaba las matrículas del vw y no pudo evitar sonreír.

—¿Adónde vamos, comandante?

—Es sorpresa.

Cuando llegaron al salón de baile ya iba a empezar su segundo turno la danzonera.

Durante casi una hora bailaron sin parar. No hablaron ni nada, sólo se miraban y bailaban.

Al terminar la danzonera comenzó el merengue y Gilda susurró al oído de Martínez su deseo de bailar otros ritmos más íntimos.

Martínez se la llevó a la guarida.

Empezaron por tomar una ducha juntos. Martínez enjabonó el pequeño y delicado cuerpo con gran ternura y

rápidamente se dio cuenta de algo que hasta entonces no había notado: a Gilda le habían puesto la mano encima muchos hombres, pero pocos la habían tocado.

Sentía cada tímido poro de la bella mujer llenarse del resbaloso jabón. Sus nalgas eran firmes y tersas. Martínez cayó en la cuenta de que nunca había tocado unas nalgas más tersas que aquéllas.

A Gilda se le había corrido el maquillaje con el agua de la ducha y el rímel resbalaba diluido entre sus tetas de quinceañera. Martínez observó por vez primera que sus pezones eran virginales y adorables.

Al terminar de bañarse la secó perfectamente, con dos toallas, y le quitó el exceso de agua a su cabello, cepillándoselo cuidadosamente a continuación.

—Me vas a echar a perder, comandante. Primero el danzón, ahora esto...

—Y lo que te espera, mi vida.

Martínez terminó de cepillarla y comenzó a lamerle el cuello y detrás de las orejas mientras sus manos jugaban con los pequeños y endurecidos pezones.

A pesar de ser prostituta de profesión, en aquel momento Gilda era mujer y se resistía tímidamente a las calientes caricias de su comandante.

Las manos de Martínez se pusieron a jugar con el ombligo, que era perfecto, y luego se deslizaron lentamente hasta el vello púbico, aún húmedo por el baño... y el danzón.

Acarició sus muslos y luego la recostó en la cama, donde se dedicó a lamer las finas tetas en círculos concéntricos hasta llegar a los pezones y allí se quedó unos momentos deliciosos,

amamantándose de placer mientras Gilda le acariciaba el cabello dulcemente.

La lengua de Martínez realizó una accidentada expedición hasta llegar al pubis. Delicadamente levantó y abrió las graciosas piernas y se internó en su vulva, lamiéndola suave, lenta, rítmicamente; en ciertos momentos, la lengua enloquecía y se dedicaba al ano, volviendo después a los labios menores y al excitado clítoris, mientras sus manos no se saciaban de manosearla toda con instinto y pasión desenfrenados.

Gilda respondió bien pronto, colocándose de forma que pudo también besar y lamer el crecido pene del comandante.

Después de un par de minutos ya estaban demasiado calientes para seguir con aquello. Martínez la puso de perra y la fue penetrando poco a poco, con una mezcla del enorme placer —anterior al placer— y una cierta, instintiva cautela.

Su sensibilidad no deseaba que ella notara la menor falta al enorme respeto que le tenía. Más aún en aquellas deliciosas circunstancias.

Sus manos jugaban con las breves y generosas tetas y las dulces cerezas en que se habían convertido sus pezones. Manoseaba su panza, su vulva, besaba el cuello, lamía las orejas. Siempre penetrándola, bien controlada. Completamente abandonada a su macho. Levantaba exageradamente las nalgas y pegaba sus muslos a los de él, queriéndose frotar toda con él, fundirse con él. *En él.*

El comandante la tomó del cuello delicadamente y la volvió lentamente a sí, para besarle la engolosinada boca.

A diferencia de Yolanda, Gilda no hablaba, solamente

pujaba indicándolo todo. Todo lo decía con pujaditos que solamente contribuían a inflamar cada vez más el pene y todo el ser de Martínez.

Cogía delicioso. Era obvio, de eso vivía, pero ahorita estaba cogiendo con la mujer, no con la puta, y eso le quedaba muy claro.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo estuvieron enganchados de esta forma, hasta que de pronto, sin dejar de besarse, enloquecidos de gozo, lograron coordinar un colosal orgasmo.

Se quedaron unos minutos respirando con dificultad, sudorosos, hasta que Gilda se desprendió y se dirigió al cuarto de baño.

Mientras escuchaba correr el agua, el comandante pensó que acababa de aventarse uno de los mejores palos de toda su vida.

Gilda regresó y comenzaron a besarse nuevamente, cuando ya estaban otra vez a punto, Martínez le dijo al oído, mientras se lo lamía:

—Te voy a hacer algo nuevo, nena, ponte boca abajo, con dos almohadas bajo tu pancita, para que levantes bien las nalgas...

Martínez se despertó muy desubicado. La habitación se encontraba ya perfectamente iluminada por la luz del sol, pero el comandante había tardado en comprobar dónde se

encontraba. Había vuelto a la realidad sudoroso y con el pulso demasiado acelerado. Había tenido una horrible pesadilla, muy vívida; en ésta, aplicaba la combinación en Gilda, con los resultados previsibles.

Respiró hondo cuando terminó de darse cuenta de que todo había sido un mal sueño.

Sin embargo, casi le dio un infarto al descubrir a su lado el cuerpo de Gilda, con una enorme sonrisa en el rostro... pero con los ojos cerrados... y respirando uniformemente.

Martínez la observó agradecido. Nunca se hubiera perdonado asesinar aquel tesoro.

Se había acostado muchas veces con ella antes, muchas, y habían bailado danzón y todo eso, pero Martínez nunca había querido comprometerse más allá. Y no porque fuera prostituta. Para nada. Eso le sumaba puntos como ser humano, a los ojos del comandante. Sino que prefería no lastimarla. Su trabajo era peligroso y sin horarios, con dificultad le podría ofrecer una relación estable. Pero por otro lado, nunca la olvidaba y antes de Yolanda había sido la mujer más completa para él.

Tenía una historia de absoluta locura y sin embargo sabía reír a pierna suelta y sus ojos siempre estaban llenos de luz —por lo menos, cuando no estaba chambeando—, Martínez admiraba muy pocas cosas en la vida. Entre ellas, estaba Gilda.

El comandante conocía muchas historias de prostitutas, por razón natural, pero la de Gilda era punto y aparte. Una noche que habían danzado, la llevó a cenar y se le pasaron los margaritas y vomitó, física y verbalmente y le había contado al

comandante toda su pinche y miserable vida, con aliento a ácido clorhídrico.

Gilda era la hija de una mujer de cascos muy ligeros, que se había quedado preñada de un tío suyo, hermano menor de su padre, quien en realidad no la había seducido, sino simplemente ya se había cansado de que la niñita se sentara a jugar en sus rodillas y en una de éstas le dejó ir el pene a la escuincla. Y le había encantado. El tío habría de suicidarse poco después de que nació Gilda, con una escopeta.

Huérfana de padre —y de tío abuelo al mismo tiempo—, su madre la había enviado a vivir con la abuela cuando Gilda tenía apenas tres años, pues la adolescente madre deseaba putear a gusto. La abuela materna era una señora muy amargada, viuda de un panadero, retirada, con una buena pensión, pero con la desgracia de que sus seis hijas —y algunas de sus nietas— le habían salido bien putas, así que había varios niños en la casa, todos producto de la calentura más básica.

Cuando Gilda tuvo edad de trabajar, como a los diez años, su abuela la había despachado a casa de su madre, donde bien pronto comenzó su padrastro a abusar de ella y a los trece ya la violaba frecuentemente.

En una de éstas, se quedó embarazada y cuando no pudo ocultarlo más y su madre se enteró, la sabia señora le había sacado el hijo a chingadazos, para después echarla de la casa por puta, en medio de una gran hemorragia.

Se había refugiado de nuevo en casa de su abuela, pero no duró mucho porque la vieja, que vivía en una casa de tres habitaciones, la explotaba al grado de hacerla pulir a mano los

ladrillos de todos los pisos.

A Gilda le siguieron creciendo las chichis y un buen hijo de la chingada la sedujo y la metió a trabajar de puta. A partir de entonces, había ascendido, sobre todo porque no era tonta y además porque no se había dejado padrotear como otras pobres mujeres.

No era precisamente un premio Nobel, pero no estaba tan mal informada. Su cuerpo, desde luego, no era el de Yolanda, pero su alma tampoco.

El amor que le había hecho a Gilda —que se habían hecho— la noche anterior, Martínez lo había disfrutado como nunca y, curiosamente, lo había excitado más que Yolanda, pues con la difunta —aun antes de conocer la verdad—, siempre había tenido una relación sexual artificial, ya que el marciano siempre había tratado de satisfacerla a ella primero que nada, al grado de olvidarse de sí mismo, y con Gilda había sido completamente diferente, como el danzón, los dos bailaban al mismo tiempo, al mismo son. Entre ellos, el placer se reciclaba y aumentaba a cada instante.

Cuando terminaron de coger por segunda vez, el comandante estaba tan acelerado que sintió de veras que se le paralizaba el corazón.

Y ahora la contemplaba muy contento, muy liberado y sin sentirse para nada un vejete, al lado de esta bella mujer.

No, la vida de Gilda no había sido placentera. Sin embargo, era una niña, se reía fácilmente y tenía un humor primario. Pero en el otro extremo Martínez sabía que era capaz de jalar el gatillo de su diminuta .22 de quince tiros fácilmente.

Y también tenía dos formas sexuales: una ajena, sucia, maldita y otra tan limpia y pura como la de una niña en su primera experiencia. A veces hasta se asustaba de sentir tan rico, y anoche... casi se había vuelto loca, pero desde luego que su comandante nunca oprimió el muslo ni mucho menos invirtió la combinación, vamos, ni siquiera llegó a un treinta o cuarenta por ciento del ejercicio. Gilda había tenido varios orgasmos deliciosos que, proviniendo de una mujer como aquélla, resultaban de un valor incalculable.

Martínez la seguía observando, con su sonrisa de satisfacción en el rostro, y pensó que ya era hora de que algún hijo de la chingada fuera compensando aquella vida de prostitución y miseria.

Tenía planes para ella.

La dejó dormir y se fue a tomar un tequila mañanero.

Cuando se servía el segundo, apareció en la cocineta, llevando la camisa del teniente puesta. Nada más. Era muy pequeña pero igualmente bella. Además, a la piel de Martínez le gustaba mucho la de ella y eso era muy importante.

—¿Quieres tomar algo, mi vida?

—No, comandante, ya me tengo que ir. —¿Adónde?

—Tengo que hacer unas cosas y luego dormirme otro rato, hoy es sábado y hay que chambear.

—Quédate, Gilda.

—¡Ay comandante!, me encantaría pero es que me duelen los pies de tanto bailar y hasta las nalgas de la cogidota que me pusiste. Si no me duermo un rato no voy a aguantar hoy en la noche y si fallo dos noches seguidas, aparte de pagar mi cuota, me cambian de esquina a una más barata.

—Ya nadie te va a cambiar de esquina ni nada de eso.

—¡Ah! ¿No?

—No Gilda, pero antes de seguir adelante quiero que me digas algo.

—Sí, comandante. Sírreme un trago, pues.

—Salud, Gilda.

—¡Por nosotros, comandante!

—Por el gran placer de conocerte y tenerte aquí.

—Me la voy a creer. ¿Qué quieres que te diga, papá?

—Nunca me habías dicho papá.

—Nunca me habías bailado y cogido como anoche, papá. Cuando bailabas parecía que flotabas y en la cama parecía que un ser invisible te tenía agarrado de las nalgas y te movía como un muñeco.

—¿Y te gustó que te acariciara?

—También. Todo me gustó, papá. Y ahora sí, qué querías decirme, si no me paso todo el día aquí.

—Dime algo que me es importante: ¿Tienes algún compromiso? ¿Algún novio?, ¿amante?

—No, comandante. Ni siquiera padrote tengo. A veces salgo con hombres, aparte del trabajo, digo, pero los compromisos no me gustan y además hay un hombre al que amo hace mucho, pero no me pela.

—Ah, caray, entonces sí hay alguien.

—Pero no me toma en serio.

—¿Y crees que podrías olvidarlo, digamos, conmigo?

—No creo.

—¿Por qué?

—Porque eres tú, comandante. Y ni cuenta te has dado.

Cuando te veo hasta me tiemblan las piernas y se me antoja de inmediato sentirte muy dentro.

—¿De veras? ¿Me estás hablando en serio?

—No te lo digo para que te sientas comprometido ni nada...

—Me encanta la idea. ¿Qué más?

—Te amo, comandante.

—¿No tienes ningún compromiso?

—Nada. Hasta vivo sola y, como bien sabes, mi familia no existe para mí, ¿por qué tanto interés?

—Pura curiosidad. Y déjame decirte que ni te apures. Ya no vas a ser prostituta.

—Ay, comandante ¿y a qué me voy a dedicar?, si no sé hacer otra cosa.

—A ser mi mujer, por ejemplo.

—Ya, comandante, en serio, me tengo que ir. Si quieres nos vemos el lunes, que no trabajo.

—Siéntate un momento.

Martínez subió al cuarto piso y bajó unos minutos después con un par de sobres en la mano.

Abrió el primero que contenía la factura del vocho —la de a de veras— y la endosó a nombre de Gilda. La volvió a poner en el sobre y se lo entregó.

—Es el Volkswagen en el que vinimos. Es tuyo.

Ella lo miraba muy sorprendida, como si se hubiera vuelto loco o algo.

—En este sobre hay cien billetes de cien dólares. Diez mil dólares, con eso puedes dejar de trabajar una temporada. — También le extendió el sobre, con billetes auténticos.

Ella tardó unos segundos en entender tanta generosidad y su dignidad repuso:

—No, comandante. Muchas gracias, pero no.

—¿Por qué no?

—Porque no me lo merezco, además, yo nunca he querido nada tuyo, comandante.

—Ya lo sé, por eso te lo regalo. Es tuyo. Te lo mereces.

—No sé qué decir.

—No digas nada. Quédate con eso y cuando te empiece a hacer falta, me dices.

—Ay, comandante, qué pena...

Por toda respuesta, la abrazó cálidamente y le selló la cara de besos.

—De cualquier manera, para que estés aún más tranquila, pienso sacarme un seguro de vida y ponerte de beneficiaria. Sólo por si acaso, ya sabes que la pinche muerte siempre anda por allí. No me vaya a pasar algo y te quedés volando...

—¡Eso sí que no! —atajó Gilda—, esas mamadas son de mal agüero, comandante. Además a ti no te va a pasar nada.

—¿Estás segura?

—Ni lo menciones. Te lo suplico. Y no sé qué decirte de esto. Bueno, sí, para empezar, tú guárdamelo todo porque yo no tengo dónde. ¿No te importa?

—Para nada, Gilda. Por cierto, ¿conoces Puerto Arista?

—No, ¿dónde es?

Martínez comenzó a explicarle y, mientras lo hacía y ella se llenaba de emoción ante tanta belleza, el comandante dejaba de sentir el enorme vacío de la soledad.

EPÍLOGO

Por supuesto, hubiéramos deseado terminar esta historia diciendo que todos vivieron muy felices, pero mentiríamos, pues no lo sabemos. Tan sólo conocemos algunos datos sueltos de los participantes y los proporcionamos a continuación:

Gómez continuó siendo el hombre fuerte de la PGR, en el anonimato, y seguía como siempre, del carajo, pero bien.

El general había muerto en el baño, se le había atorado el excremento y por alguna razón murió asfixiado. Pensamos que, como siempre, de la vil chingada.

Como siempre también, Vivanco siguió con su mismo estilo de vida, sólo que otro de sus yernos llegó a un buen puesto en Pemex y le pasaba estupendos negocios a su suegro. Se convirtió en un hombre muy rico, pero nunca dejó de cobrar sus cheques en todas las dependencias en las que dizque trabajaba. Según sabemos, años después de este episodio, realizaba las autopsias uno de sus sobrinos, mecánico electricista.

Sampedro revalidó lo que sabía de medicina y muy pronto se recibió también de médico, ayudado

por un cuate de Vivanco de la rectoría de la UNAM. Entró también a trabajar a Pemex, con su concuño, y fue ascendiendo vertiginosamente, pasando luego a Salubridad, llegando a oficial mayor, para terminar nada menos que de ministro, pero de Comunicaciones y Transportes.

De Martínez no sabemos nada. Ignoramos si finalmente terminó embarazando a Gilda y se fueron a Puerto Arista o si pudo soportar estar lejos de la procu. Tampoco sabemos si ha utilizado su nueva arma, o si ha descubierto alguna fórmula para aplicarla en hombres.

En cuanto a Elvira, nunca le pagó a Martínez los doscientos pesos que le había prestado para el vestido de madrina.

Hasta la fecha —que se sepa—, los de Control de Vehículos todavía no encuentran las matrículas que Martínez les había solicitado.

© 1999, Javier Valdés Abascal

© de la edición en castellano para todo el mundo: 2002, Random House Mondadori, S. A. Travessera de Gracia, 4749. 08021 Barcelona

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 8497591933

Depósito legal: B. 42.437 2002

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>